
jazmín
los más bellos
romances del mundo
¿Cómo podía
la ira y el odio
transformarse
en un instante
en un amor
tan profundo?
Novelas
con
corazón
DIGNO DE AMARLO
Alison Fraser
75
0
37657 13491

Digno de amarlo

Alison Fraser

Digno de amar (1987)
En Harmex: **Digno de Amarlo**
Título Original: A Man Worth Knowing (1986)
Editorial: Harmex S.A.
Sello / Colección: **Jazmín 592**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Van Fitzgerald y Kate Gregory

Argumento:

¿Cómo podía la ira y el odio transformarse en un instante en un amor tan profundo?

Kate pensaba que Van Fitzgerald era un hombre al que valía la pena conocer. En su primer encuentro, él creyó que ella era una meretriz de categoría. En el segundo, la chantajeó para besarla y en el tercero, le tendió una trampa.

Por consiguiente, Kate no deseaba conocerlo mejor… y en cuanto a Van, parecía decidido a conocerla. El, detrás de su humor bromista y su indolencia, era, descubrió Kate, un hombre resuelto cuando se proponía algo.

Capítulo 1

Kate Gregory miró su reloj y dejó de juguetear con la comida.

—Voy a cambiarme de ropa —informó.

—Mmm —murmuró su hermano.

Se levantó de la mesa sin esperar más. Cuando Johnny se enfrascaba en una novela, olvidaba al resto del mundo.

Caminó hacia la otra habitación; en el extremo que daba al jardín, había una pequeña alcoba que tenía un armario, una cómoda y una cama doble. Los muebles no hacían juego, y el hecho de que la señora Karovski, la casera, los llamara antiguos los hacía más incongruentes, pero Kate no quería contradecir a la casera. Doce meses antes dio gracias por encontrar un lugar que pudiera pagar.

Corrió las cortinas y encendió la luz; un vestido estaba extendido sobre la cama; era de seda verde claro, de corte sencillo y adecuado para su esbelta figura… pero a Kate no le preocupaba su aspecto. La fiesta de esa noche era un deber.

Con el cabello en lo alto de la cabeza, se maquilló. Sus pestañas eran oscuras como su pelo y no requerían de rímel para llevar la atención a los grandes ojos de color café.

En menos de media hora terminó de examinarse en el espejo; antes, habría usado ese tiempo sólo para elegir el vestido. Su vida había cambiado.

—*Tres chic* —dijo Johnny cuando ella volvió al saloncito.

—*Merci* —contestó con una mueca al escuchar su terrible pronunciación—. Espero que hayas aprendido más que eso en el verano, o *monsieur* Cardin no estará *tres enchanté* contigo.

—*La plume de ma tante a goteé sur mon écris* —dijo Johnny como una prueba de que había estudiado durante las vacaciones.

—Magnífico… para un principiante —dijo Kate con tono seco—. Temo preguntar qué significa *a goteé*.

—Ha goteado —contestó Johnny y Kate lo miró, exasperada.

—Ahora comprendo a qué se refería *monsieur* Cardin cuando habló de tu *inventiva*. ¿Cómo puedes ser tan listo en matemáticas y ciencias, y tan malo para el francés?

—No lo sé. Creo que mi CPU[1] no vino equipada con los circuitos de

idiomas. —¿Tú qué?

—Mi Unidad Central de Informática. Es el núcleo de la computadora que controla…

1 CPU = siglas en inglés de Central Processing Unit.

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió sonriente. Johnny le había explicado ya el funcionamiento de la computadora de su escuela… con lujo de detalles—. Sin embargo, parece que no tienes problemas para aprender el lenguaje de la cibernética.

—No es lo mismo, Kate. Las computadoras son algo preciso y lógico, mientras que el francés es…

—Algo que necesitarás en la universidad —terminó ella.

—No *tengo* que asistir a la universidad.

—No, no *tienes* que hacerlo —aceptó sin discutir, pues Kate reconocía el desafío del adolescente. Era sólo seis años mayor que él, y reconocía las limitaciones de su autoridad sobre su hermano.

Pero, casi siempre era un buen chico; nunca se quejaba del cambio de su situación y era más responsable que muchos de su edad.

Cuando Kate empezó a recoger los platos de la cena, él insistió en que lo haría más tarde. La acompañó a la estación del metro en Holland Park… compró un boleto y entró con ella.

—Toma un taxi para regresar a casa —ordenó.

—Sí, Johnny —Kate imitó el tono grave de su voz, reprimiendo una sonrisa; no era la primera vez que se preguntaba quién cuidaba a quién en esa relación.

—¡Y diviértete en la fiesta! —agregó su hermano en el momento en que el tren llegaba a la estación.

—Es un compromiso de trabajo. Howard me pagará para que supervise que su fiesta sea estupenda.

—Eso significa que tú…

—Tengo que irme —dijo Kate, y besó su mejilla.

Antes de que se cerraran las puertas del tren, Johnny gritó:

—¡Que conozcas a alguien simpático! —con una sonrisa de oreja a oreja, él dijo la última palabra.

Kate se ruborizó cuando vio que otros pasajeros se volvían a mirarla; por fortuna, el interés fue breve y pronto volvieron a sus diarios y revistas. Kate se sentó en un extremo del vagón y pensó en Johnny; él creía que lo que hacía era una causa noble.

El recordaba otras vacaciones, cuando hubo un continuo desfile de admiradores, y sin duda pensaba que ella extrañaba aquellos tiempos. Pero no era así.

Kate se había acostumbrado a vivir en el pequeño apartamento, y añoraba a veces algunos aspectos de su vida anterior, pero los jóvenes que la pretendieron, ahora sólo eran recuerdos de otra vida.

Se apeó en Lancaster Gate, tres paradas después. Howard Carson, su jefe, vivía en la mansión que alquilaba un diplomático que se encontraba en el extranjero. Era

una hermosa casa, con toda la elegancia y encanto del pasado… mas Howard, por desgracia, carecía de las dos cualidades.

—Llegas tarde, Kate, cariño —la saludó tan pronto como la vio.

Ella contó hasta diez, se quitó el abrigo y contestó:

—Sí… lo siento.

Esa era su última noche de trabajo con el escritor americano, y consideraba que merecía una medalla por haberlo tolerado durante doce largos meses.

—Vigila a esos malditos proveedores, Kate, ¿quieres? —pidió con cortesía—. Me parece que son unos inútiles.

Esos "malditos proveedores" eran los mejores en Londres, y ambos lo sabían, pero Howard estaba nervioso, así que Kate cumplió con la orden recibida.

Era una fiesta formal, la mesa del *buffet* estaba perfecta, y tenía una magnífica variedad de manjares, luego volvió al salón.

—¿Todo bien? —preguntó al encargado del bar.

—Sí, señorita —contestó sonriente—. Siempre que no pidan algo muy complicado.

—Si eso sucede, deje que el invitado se atienda solo.

Recibirían a los amigos de Howard, casi todos estadounidenses, algunos escritores que vivían en Londres y otros, oficiales menores de la embajada.

—Todo está en orden —informó a Howard cuando se reunió con él en el vestíbulo. Vestía un traje de etiqueta que lo hacía parecer más delgado; era un hombre de facciones toscas que algunas mujeres encontraban atractivo, aunque ella no.

—¡Bien! —contestó sonriente—. Arréglame esto, ¿quieres, Kate? —ella arregló su corbata negra y él continuó—: Quiero que esta noche no te separes de mí.

—¿Y Silvia? —su actual amiga, una actriz, protestaría.

—Es por ella que quiero que estés conmigo.

—Oh —Howard iba a utilizarla para que lo defendiera de otra de sus "amigas".

—Tú tienes más clase, querida —acarició su mejilla y ella se puso tensa—. A pesar de tu mojigatería inglesa. No me explico por qué una chica tan linda como tú se empeña en ser secretaria.

"Tampoco yo", pensó Kate exasperada, pero dijo:

—Me gusta mi empleo, Howard.

Ella esperaba que cumpliera su promesa de ayudarla a encontrar un empleo con alguno de sus amigos. Y no había mentido; cuando Howard se concentró en su libro olvidándose de ella, la investigación que él le confió fue muy interesante.

—Eres muy eficiente —repuso con seriedad—. Y has organizado esto muy bien. ¿En dónde aprendiste?

—Mis padres acostumbraban ofrecer fiestas —contestó, cortante. Las fiestas de su madre formaban parte de sus primeros recuerdos… elegantes ocasiones que le parecieron fascinantes, vistas desde el balcón en *Elmsfield Hall*.

—¿Y qué pasó después?

—Dejaron de organizar fiestas —contestó Kate.

Howard, incómodo por su sequedad, rió y cambió de tema:

—¿Has pensado en el ofrecimiento que te hice?

—Lo siento, pero es imposible —la oferta que mencionaba era generosa… su boleto de avión, un incremento en el sueldo y un apartamento en Nueva York… mas no sabía qué esperaba Howard a cambio—. De todos modos, gracias.

—Tus *compromisos*, ¿eh? —repitió la excusa que ella había dado—. Bien, cariño, es tu decisión, pero por lo que veo… este *compromiso* no te hace feliz.

Kate pensó en hablarle de Johnny, pero en ese momento sonó el timbre y Howard fue a abrir.

—Escucha, en cuanto la fiesta haya empezado, quizá tengamos tiempo de seguir hablando, porque me gustaría que vinieras conmigo la semana próxima, si sabes a qué me refiero.

Si Kate tuviese alguna duda, la forma como él se comportó esa noche aclaró la situación. Durante las dos primeras horas, tuvo que esquivar sin cesar al brazo que alargaba para rodearle la cintura.

Cuando por fin llegó Silvia, Kate decidió de inmediato que el arrogante Howard y la desagradable mujer eran la pareja ideal.

Deseosa de escapar del calor, encontró que el balcón estaba vacío y fue a sentarse, agotada, en un rincón. Quería marcharse, pero no debía ofender a Howard si era cierto que iba a recomendarla como secretaria con uno de sus amigos escritores.

Después de unos minutos, su aislamiento fue interrumpido por una voz masculina que preguntaba:

—¿Le molesta que me siente aquí?

No contestó porque de todos modos, su inoportuno acompañante se había acomodado ya en una silla, junto a ella; lo vio estirar las largas piernas para posarlas en la silla que estaba frente a él.

—Póngase cómodo —murmuró con ironía, y continuó con la vista fija al frente. Estaba bastante cansada e irritable, y no tenía humor para hablar.

—Fascinante, ¿verdad? —comentó el recién llegado.

—¿De qué habla? —inquirió Kate, intrigada.

—No sé… dígamelo usted —contestó el estadounidense—. Nada veo además de la oscuridad.

A pesar de sí, Kate sonrió y se volvió a mirar a su acompañante. Aunque sus facciones le eran desconocidas, pensó que reconocía su sonrisa. Ese hallazgo borró toda expresión de su rostro.

—No hablo con extraños —repuso con frialdad, y de inmediato deseó no haberlo dicho. Hablaba como una niña de doce años.

—Ya nos conocemos —aseguró él, con ironía.

—No lo recuerdo —mintió después de volver a examinar su rostro. Recordaba muy bien esos ojos.

Eran azules y luminosos, la rubia barba que llevaba la semana anterior había sido afeitada para revelar unas facciones fuertes y bien delineadas, así como un bronceado profundo.

—Y yo pensé que el… impacto fue mutuo —dijo, y rió cuando ella le dirigió una severa mirada—. ¿Quiere que le dé algunas pistas para estimular su memoria?

—No, gracias —contestó con indiferencia.

—Le mostraré mis cicatrices, si me enseña las suyas —sugirió él con una sonrisa maliciosa, y Kate supo que haría eso precisamente cuando lo vio doblar una pierna.

—Está bien, ¡lo recuerdo!

Se había retrasado para una cita con el dentista y bajaba corriendo por los escalones de la casa de Howard, cuando cayó en los brazos de ese desconocido, en la calle. Había sido un accidente, pero lo que pasó después no lo fue.

—Es sólo que no deseo conocerlo mejor —agregó con altivez—. Y no creo haberlo lastimado.

—¿No lo cree? Pues puedo asegurarle que no necesita tomar lecciones de karate para defenderse.

Kate evitó su irónica mirada, incómoda. Eso era ridículo; estuvo en su derecho al propinarle el puntapié. Habían conversado un poco, él la sostuvo y ella se disculpó. Luego se miraron con fijeza, avergonzados. Por lo menos ella se sintió así porque él, obviamente, no conocía el significado de esa palabra. Lo demostró con sus acciones.

—Fue sólo un beso —se disculpó él, con sarcasmo.

—Entonces, ¿sería posible que no dijera más al respecto? —demandó con frialdad, aunque sus ojos lanzaron chispas cuándo recordó ese "beso". ¡Fue casi un asalto!

—Creo que me entusiasmé un poco, pero había un atenuante.

—¡No me diga! La luna llena lo convirtió en lobo, o tal vez se vuelve loco cuando hay una " " en el nombre del mes…

—No eres muy dulce, Kate —murmuró.

Ella frunció el ceño al oír que la llamaba por su nombre. Howard le preguntó el día siguiente si se topó al salir con un hombre alto y rubio; dedujo que hablaron de ella.

—Pero eres muy bonita —agregó él.

—¿Perdón? —el inesperado cumplido parecía fuera de lugar.

—El atenuante —explicó.

—¿Es eso?… ¿Que soy bonita? —balbuceó, incrédula.

—Muy bien, eres hermosa —corrigió con malicia—. Excepcionalmente hermosa, en mi humilde opinión.

—¿Y debo sentirme halagada por lo que ha dicho?

—No. Creo que el espejo te dice eso todas las mañanas.

Sus ojos se deslizaron desde su rostro a los hombros desnudos, y siguieron hasta el escote de su vestido, deteniéndose en los pequeños y firmes senos. Kate enmudeció, no podía creer que un hombre fuese tan descarado al demostrar su interés. Ya su mirada llegaba a las piernas cuando pudo hablar:

—¿Podría devolverme el vestido?

—Lo siento, ¿fue tan obvio? —levantó la cabeza y Kate pensó que nunca había visto una sonrisa más insolente—. Howard tiene hermosas pertenencias.

—Espero que ésa sea una conclusión errónea —dijo furiosa.

—Opino lo mismo.

Kate percibió la influencia de Howard en el comentario; no sería la primera vez que diera una impresión errónea a sus amigos.

—¿Quieres saber lo que me dijo Howard acerca de ti? —preguntó él con voz baja.

—No, pero supongo que me lo dirá de todos modos.

—Comienzas a conocerme —dijo divertido—. Es mejor que te cuente lo que nuestro mutuo amigo me dijo, antes que tu curiosidad te abrume —adoptando el exagerado acento de Howard, continuó—: "Se llama Kate. ¿No es endemoniadamente preciosa, muchacho?"

Kate empezaba a decidir que el comentario no era tan desagradable como anticipó, cuando de pronto una mano se cerró sobre la suya, y lo escuchó añadir:

—¡Ah, sí! Y dijo que no manoseara su propiedad… o algo así.

La ira hizo presa de Kate. ¡Maldito Howard Carson y su necesidad de alimentar su ego a costa de ella!

—En ese caso, debe obedecer a mi amo y señor —replicó con un tono sarcástico y miró con fijeza la mano que atrapaba la suya.

Para su sorpresa él obedeció al instante. ¿Habría tomado en serio lo que ella dijo? Por el comentario que hizo a continuación, supo que no fue así.

—Me gustaría conocer al hombre que llegara a dominarte, dulce Kate. Algo me dice que el viejo Howie no llegará ni a la primera base contigo, de no ser en su imaginación.

Kate arrugó el ceño ante aquel extraño comentario.

—¿Significa eso que no cree lo que Howard sugirió? —y cuando él asintió con la cabeza, ella preguntó—: ¿Por qué no?

—Bueno —comenzó a decir a pesar de su actitud brusca—. Estaba yo atrapado por un chico maravilla de la embajada, cuando de casualidad miré hacia donde estabas…

—¿Y?

—Y parecías poco complacida con las atenciones que te prodigaba nuestro anfitrión —terminó muy divertido.

—¿De veras?

—Te daré un consejo… Si quieres desanimarlo, no seas sutil.

Tenía razón. Empezó a preguntarse a qué categoría de los amigos de Howard pertenecía; tenía la apariencia de un actor, pero poseía las aptitudes de un diplomático. Y si fuera escritor, ya habría mencionado su último libro. En realidad, por la piel curtida y el cabello alborotado y decolorado por el sol, parecía la clase de hombre que gustaba de vivir al aire libre.

Vestía de manera informal: camisa blanca de algodón y jeans, lo que contrastaba con los demás invitados. Y ella dudaba que le molestara ser diferente; la seguridad en sí mismo no era sólo una fachada, como en el caso de Howard.

Se dio cuenta de que lo miraba fijamente cuando lo vio sonreír, divertido:

—¿Es usted amigo de Howard? —preguntó, ruborizada.

—De cierta forma —contestó—. Lo conozco desde hace mucho tiempo… cuando era un hombre pobre, pero mejor. Y como pertenecemos al mismo sexo, no usa conmigo las mismas técnicas.

—¿Técnicas? —repitió Kate.

—Su labia… tratando de…

—No siga; ya entiendo —le interrumpió.

El se inclinó hacia adelante y apagó el cigarrillo que había encendido. Kate pensó que se preparaba para marcharse, pero no fue así. Al contrario, se acercó más a ella.

—Así que, ¿qué referencias más te dio Howard? —preguntó. La miraba con interés—. No muy buenas, desde luego.

—No pregunté —confesó Kate.

—Veo que no eres curiosa —murmuró incrédulo—. O quizá tienes el hábito de besar a los desconocidos.

—Así es —contestó con indignación.

El rió y el sonido fue tan agradable, que Kate cedió un poco y sonrió. Era imposible permanecer seria con él.

—Si vamos a ser amigos, debo presentarme.

—No lo seremos —contestó Kate, pero él la ignoró.

—Michael Sullivan Fitzgerald, puedes llamarme Van.

—Gracias —contestó con ironía. Luego miró como tonta la mano que él le tendía, hasta que la estrechó.

El apretón fue breve, pero firme, y Kate se desconcertó por la repentina formalidad de su actitud; se dijo que estaba un poco loco, y se preguntó qué hacía sentada allí, cuando debía estar adentro con Howard.

Se puso de pie, deseando que él no la siguiera, pero Van la imitó. Kate notó que era más alto de lo que recordaba.

—¿Vamos a regresar a la fiesta? —preguntó él.

—Yo sí.

—Lástima. Pensé que llegaríamos a conocernos mejor.

—¡Qué raro! Yo pensé lo contrario.

Esa fue su despedida, pero al pasar junto a él, Van atrapó su brazo.

—De acuerdo… yo iba demasiado aprisa —le dijo antes que ella pudiera soltarse.

—¿Eso es una disculpa?

—Sí, creo que sí —aceptó Van. Por el tono de su voz era evidente que no tenía la costumbre de disculparse.

—Pues la acepto —repuso Kate.

Se miraron durante un momento, y ella sintió que la soltaba, que acariciaba su brazo con los dedos. No era una sensación desagradable, pero de cualquier modo se estremeció.

—Tienes frío. Es mejor que entremos.

La guió con la mano en su brazo, y no fue sino hasta que llegaron a la puerta que Kate observó que cojeaba con la pierna izquierda. Imaginó qué su sentido del humor sería más ingenioso.

—Eso no me parece gracioso —informó y vio que él fruncía el ceño para indicar que no entendía; eso la irritó más—. En primer lugar, yo tenía todo el derecho de darle un puntapié, en segundo, no debía fingir esa cojera, y en último lugar… ¡fue la otra pierna!

El había cruzado los brazos en actitud paciente, y cuando ella terminó, contestó con brevedad.

—Primero, tenías todo el derecho. Segundo, no necesito fingirlo, y tercero, fue la otra pierna.

—¿Está de acuerdo conmigo? —preguntó, desconcertada.

—Sí, pero no quiero que ésta sea una característica de nuestra relación —contestó, imitando el mal humor de ella, pero cuando vio que Kate comenzaba a perder la paciencia, agregó con seriedad—: Temo que mi cojera es real.

—Oh —fue lo único que pudo contestar, mortificada.

—No te rindas, Kate. Apenas empiezo a disfrutar de la pelea.

—Yo… yo… —bajó la vista.

—No dejes que esto te preocupe.

—No me preocupa —contestó con precipitación—. Sólo es sorpresa. Parece muy atlético.

—No permito que esto me estorbe —murmuró él, insinuante.

—Ya lo he notado —contestó ella, y de pronto los dos sonrieron. Y entonces Kate se sintió más atraída hacia él, lo que la alarmó.

Tuvo la sensación de que Van estaba a punto de tomarla entre sus brazos, pero por fortuna, el caprichoso clima inglés los interrumpió, pues empezó a caer una ligera llovizna que los obligó a volver a la fiesta.

Capítulo 2

—Dios, esto está peor que antes —dijo Van al entrar de nuevo—. Podríamos regresar al balcón… correré el riesgo, si quieres.

Bromeaba de nuevo, o por lo menos eso supuso Kate al ver el brillo malicioso de sus ojos.

Ocultó una sonrisa e iba a responder cuando Van agregó:

—Demasiado tarde… parece que tendremos compañía.

Ceñuda, Kate vio que Howard se abría paso entre la gente… seguido de Silvia.

Antes que pudiera reaccionar, una mano tomó la suya y cuando se dio cuenta, caminaba hacia el vestíbulo vacío. No tuvo oportunidad de protestar hasta que Van cerró la puerta del salón.

—¿Qué hace? —demandó después de rescatar su mano.

—Supongo que te estoy rescatando de Howard.

—¡Pues supone mal! —estalló cuando lo vio sonreír—. Primero, no me gusta que me arrastren a través de un cuarto lleno de gente, y segundo, puedo manejar a Howard sin que usted actúe como un caballero armado y empeore las cosas.

Habló con tanto sarcasmo que cualquier otro hombre le habría contestado a gritos, o se hubiera retirado de inmediato; pero no Van Fitzgerald. El se quedó allí, escuchándola fascinado.

—Sabes, para ser una fría dama inglesa, tienes un carácter muy apasionado, Kate, cariño.

—¡No me llame cariño! ¡Y retírese de mi camino!

—Muy bien, muy bien —dio un paso atrás—. Y no volveré a llamarte cariño; pero cálmate, Kate, por favor…

Su voz suave era tan razonable, tan condescendiente que Kate deseó gritar. Pero se contuvo y se volvió para dirigirse hacia el teléfono del vestíbulo.

Estaba harta de la fiesta de Howard y de sus amigos; regresaría el lunes para cobrar su gratificación, y si Howard la recriminaba de haberse marchado temprano, podría decirle que Fitzgerald la estuvo molestando. Después de todo, era la verdad. Cuando hubo pedido un taxi, vio que Van estaba sentado en la escalera.

—¿Te vas a casa? —preguntó sonriente.

Insinuaba que huía, pensó Kate. ¿O estaría ella interpretan do mal su pregunta? Se limitó a ignorarlo y cruzó el vestíbulo para tomar su abrigo.

Salió a esperar frente a la casa, pero la lluvia se había intensificado.

—Este agradable clima inglés —comentó Van cuando ella volvió a entrar. Seguía sentado en la escalera.

Le habían prometido que el taxi pasaría a recogerla en media hora, pero después de diez minutos de permanecer parada junto a la puerta, sintiendo que él la observaba con detenimiento, sus nervios estallaron.

—¿Por qué no regresa a la fiesta? —le preguntó, y se arrepintió de haber hablado al ver el brillo de satisfacción en sus ojos.

—Me disgusta esta clase de fiestas.

—¿Cuál clase de fiestas?

—Ya sabes… todo falsedad…

Kate no estaba en total desacuerdo, pero preguntó, seca:

—Entonces, ¿por qué vino?

—Pues porque pensé que asistiría una cierta chica inglesa, quien me permitiría invitarla a otro lugar…

—Fue mucha arrogancia de su parte —replicó ella.

—En realidad, no. Digamos que sólo fui optimista.

—¡Demasiado! No soy esa clase de chica.

—¿Qué clase? —preguntó divertido.

—De la clase que acepta que la lleven a "otro lugar" después de una fiesta.

—Entiendo —Van inclinó la cabeza, imitando su tono altivo.

—¡Me alegro!

—Pero sólo pensaba en un bar tranquilo donde pudiéramos hablar —agregó con voz suave y volviendo a sonreír, continuó—: ¿En qué pensabas? Suena mucho más interesante.

Kate no supo qué decir; él se las había arreglado para que ella apareciera como la arrogante al suponer que él hacía una proposición indecorosa.

—De acuerdo, me conformo con el bar —murmuró él.

—No estoy segura.

—Me portaré bien —prometió Van con una sonrisa maliciosa.

"Es incorregible", pensó Kate, "pero tiene todo el encanto que a Howard le falta".

No tuvo que tomar una decisión. Mientras Van Fitzgerald esperaba con paciencia una respuesta, Howard, furioso irrumpió en el vestíbulo. Al verla allí, cerró la puerta, y cuando ella lo miró suplicante, él respondió con una sonrisa perversa.

—No te marchas, ¿verdad, Kate, preciosa? —caminó hacia ella—. Íbamos a tener una pequeña charla, ¿recuerdas?

Kate estaba confundida. Lo recordaba bien, pero por la forma en que Howard la miraba, fue claro que no era "hablar" lo que deseaba. No se atrevería a intentar algo en presencia de Van, ¿o sí?

Miró sobre el hombre de Howard al otro americano, quien descansaba en los escalones, sonriente.

—¡Howard! —exclamó, ansiosa.

—Oh, vamos, Kate. Sé amable, ¿sí? Después de todo, he sido muy bueno contigo.

—¡Howard, por favor! —Kate estaba arrinconada y trató de distraerlo—. ¿En dónde está Silvia? Debe estar preguntando por ti.

—¿Silvia? ¿Estás celosa de ella, querida Kate? Sabes que la única que me interesa eres tú.

Kate empezó a forcejear cuando Howard se inclinó hacia ella, con olor a *whisky* en su aliento.

—Claro que lo sabes —continuó, arrastrando las palabras; y logró abrazarla y continuó—: Quizá te gusta un poco el viejo Howie… pues te deshiciste de Van, ¿verdad?

—Temo que no —una tercera voz se escuchó cuando Kate luchaba para apartarse, más asqueada que asustada.

Fue casi cómica la forma en que Howard se quedó inmóvil boquiabierto y tambaleante.

—¡Van! No te vi… —balbuceó, nervioso.

—Me di cuenta —replicó Van, levantándose despacio—. Pensé que era mejor interrumpirte antes que fueras demasiado lejos. No has cambiado mucho, ¿verdad Howie?

Howard no notó el desdén en la voz de su amigo, y sonrió.

—Todavía me gustan las mujeres bonitas.

—Kate no es bonita… es hermosa. Y en realidad quise decir que todavía eres tan delicado como un elefante.

—Sí… pues… —murmuró Howard, sonrojándose—. La damita pudo haberme dicho que estabas aquí en vez de incitarme.

Kate abrió mucho los ojos. ¡No podía creer lo que escuchaba!

Pero guardó silencio para no empeorar la situación. Por desgracia, Van no tenía esas reservas:

—¿Incitarte? —repitió con ironía—. Desde donde yo estaba, me pareció que se defendía. ¿Por qué no la dejas en paz?

El rubor de Howard se acentuó. No estaba tan ebrio para no darse cuenta de que había hecho el ridículo, pero sí lo suficiente para resentir la actitud casi posesiva de Van hacia Kate.

—Dejarla en paz para que tú me sustituyas…

—Eso sería decisión de ella, siempre y cuando entiendas que ella no corresponde a tu interés… ¿Verdad, Kate?

—Yo… —Kate miró, nerviosa, de uno al otro. Van sonreía, confiado en que tenía la razón, pero Howard la veía con una dureza que le advertía de su interés.

Pensó en las cuarenta libras que debía recibir, en la recomendación que le daría Howard para uno de sus amigos, y suplicó, humillada:

—Por favor, señor Fitzgerald, no se entremeta en esto.

—Ya escuchaste a la dama —dijo Howard con satisfacción.

—Sí, la escuché —dijo Van, mirando con fijeza a Kate.

—Es obvio que ella tampoco corresponde a tu interés, amigo —se burló Howard—. Ya no eres el de antes, no sólo en un aspecto.

Kate respingó al escuchar las crueles palabras pero Van sólo se acercó a él dos pasos para hacer evidente su cojera.

—Tal vez te gustaría averiguarlo, Howard.

—Vamos, Van… —Howard extendió los brazos—. Sólo bromeaba, viejo.

—No estoy riendo, Howard —se acercó más y Kate comprendió que hablaba muy en serio. Tenía los puños apretados y sus ojos azules lanzaban chispas. No sabía por qué quería pelear… por orgullo propio o por el de ella… pero de cualquier modo, era una locura. Sin contar su desventaja física, debía pesar veinte kilos menos que Howard.

—Howard —Kate asió su brazo—. Escucha, tengo que ir a casa. Volveré el lunes, si lo deseas, pero ¿podrías darme el dinero ahora… por favor?

Howard no parecía muy feliz con su petición, pero cuando miró a Van, algo en su expresión lo hizo cambiar de opinión.

—Claro, querida —sacó su billetera y sacó unos billetes de a diez libras—. Cuarenta, como acordamos, y otras diez por haber hecho un buen trabajo.

—Gracias, Howard —trató de parecer agradecida, pero él no le dio el dinero de inmediato.

—¿Trabaja para ti? —preguntó Van—. No me lo dijiste.

—Vamos, Van, hay ciertas cosas que uno no debe publicar.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué imaginas, Van? —dijo con una sonrisa.

Van Fitzgerald movió la cabeza, negando la insinuación.

—Temo que sí, muchacho —continuó Howard, que había recuperado la confianza—. Como dijiste, no he cambiado mucho.

Van miró a Kate, quien estaba perpleja. Miró el lustroso cabello oscuro, la refinada belleza de sus facciones, y murmuró:

—Mientes.

—Tiene clase, ¿verdad? Kate es la mejor anfitriona de los alrededores, ¿verdad, linda?

—¡Mientes! —repitió Van con los dientes apretados.

—Tal vez —Howard le mostró los billetes que tenía en la mano—. ¿Por qué no le preguntas si paga impuestos por lo que recibe?

—¡Howard! —suplicó Kate, desconsolada.

—¿Es cierto? —le preguntó Van.

—Yo… —titubeó; después del primer mes de trabajar para él, Howard sugirió que le pagaría en efectivo y así ambos se ahorrarían la molestia de llenar las formas de declaración de impuestos.

—¿Es cierto? —repitió Van al ver que ella guardaba silencio.

—Yo… Es verdad —dijo con voz muy baja.

—Estoy seguro de que sabes sacar conclusiones, Van… —dijo Howard muy divertido—. Toma, cariño —le dio el dinero a la joven.

—¡Maldición, Kate! —exclamó Van cuando ella tomaba el dinero—. Dime que este desgraciado miente.

Ella lo miró, ruborizada por la ira; parecía dispuesto a atacarla si tocaba el dinero. Murmuró avergonzada:

—No es algo que a usted le incumba —y perdió la poca compostura que le quedaba cuando Howard se echó a reír.

Tomó el dinero y corrió… salió dejando la puerta abierta. Se detuvo al pie de los escalones y luego corrió por el pavimento mojado por la lluvia, escuchando el ruido de unos pasos detrás de ella.

Cuando Van la alcanzó y la atrapó, estuvieron a punto de caer.

—¡Suélteme! —gimió mientras él la hacía volverse.

Durante unos momentos él no habló ni se movió. La miró con fijeza mientras la lluvia caía sobre ellos.

—¿Por qué diablos no me lo dijiste antes? —le gritó.

—¿Decirle qué?

—Acerca de esto —apretó con tanta fuerza su muñeca que ella abrió la mano.

—¡Mi dinero! —lo vio caer al suelo mojado.

—Serías capaz de recogerlo del arroyo, ¿verdad? —se burló, pero le impidió moverse.

—¡Lo necesito! —gritó, pero ya era tarde para salvar los billetes. Se los había llevado la corriente hasta la alcantarilla más cercana.

—Eso dicen todas —la atrajo de nuevo hacia sí—. Sólo que tú no eres una ramera barata que no sabe lo que hace.

—¿Ramera? —repitió incrédula.

—Anfitriona, prostituta… ¡No importa cuál sea el nombre que usen para venderse!

—Es usted un… —ciega de furia, Kate lo abofeteó, lo golpeó y lo pateó… hizo todo para lastimarlo.

El no utilizó su fuerza más que para contenerla, hasta que finalmente la soltó, con un gemido de dolor. Sin pensarlo, Kate lo empujó y corrió a la calle. Un auto se dirigía hacia ella, vio el letrero de "taxi", y lo detuvo.

—Creo que soy su pasajera —dijo y antes que el chofer pudiera contestar, suplicó—. ¿Puedo subir?

El hombre la observó con curiosidad, vio que las lágrimas rodaban por sus mejillas y accedió a llevarla.

—A Elgin Terrace —dijo Kate.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien. Dése prisa, por favor.

El chofer se encogió de hombros y obedeció. Kate posó la cabeza en el respaldo, y no miró hacia atrás.

La ira no detenía sus lágrimas, así que buscó un pañuelo en su bolso. El auto se detuvo en un semáforo y Kate vio los ojos del chofer en el espejo.

Al llegar a casa se limpió la cara antes de entrar. Sintió alivio al ver que las luces estaban apagadas y caminó de puntillas en la oscuridad al otro extremo del cuarto.

Johnny dormía, era un chico grande, pero a los ojos de ella todavía era vulnerable. Por él valió la pena cada día que trabajó para Howard Carson. Su hermanito… a veces necio pero siempre adorable. Bueno, quizá no siempre; sonrió al recordar la primera vez que lo vio.

En su cuarto, una criatura pequeñita con un mechón de pelo negro y la cara arrugada. Era más pequeño que su muñeca favorita, y mucho menos interesante, pues no hablaba como Amanda, y ni siquiera abría los ojos. Sólo sabía llorar; acababa de decidir que le disgustaba cuando entró su madre… Crujir de seda, fragancia de jazmín.

—¿No es lindo tu hermano, Katerina? —preguntó emocionada.

—Sí, mamá —Kate siempre estaba de acuerdo con mamá.

—¿Le gustaría alimentarlo, *madame*? El biberón está listo —sugirió la niñera.

—Seré franca, los nenes me aburren un poco.

Al escucharla, Kate preguntó:

—¿Te aburro yo, mamá?

Su madre rió.

—Tonta —mamá la besó—. *Je t'aime, ma petite*.

Kate sonrió; sabía lo que eso significaba. Con frecuencia, mamá decía cosas linda en francés; a veces le contaba de su infancia en París y de sus padres rusos, quienes habían muerto en el exilio.

—Tu madre dijo que te quiere mucho —explicó la niñera cuando mamá salió. La niñera no le agradaba, y murmuró:

—Mamá no dijo "mucho". Eso sería *je t'aime bien*.

El nene dejó de llorar después que comió. La niñera le permitió que lo tomara en brazos. Decidió que él no le desagradaba tanto, porque ahora sabía que mamá no lo quería más que a ella…

Años después, Kate comprendió la ironía de los pensamientos de aquella niña… pues recordó que Yelena St Gregory había sido superficial, egoísta y vacía. Una mujer hermosa, pero incapaz de dar el amor que su hija anhelaba.

Con su cabello castaño y sus ojos oscuros, como los de su madre, Kate fue mimada y exhibida ostentosamente a los invitados de la casa durante las vacaciones, pero en los períodos en que estaba en la escuela, fue ignorada por completo. En una ocasión casi la había dejado de amar, y fue cuando la esperó durante tres horas, olvidada en el andén de una estación un frío día de diciembre. Pero su madre la compensó: a los once años Kate creía que los regalos eran prueba de amor.

Pero aunque Kate pudo perdonarle todo a su madre, no hizo lo mismo con su padre. El hermano que dormía tenía las mismas líneas fuertes que moldearon el rostro de Charles St Gregory. Fue un hombre apuesto, y ella imaginaba que su madre lo amó en algún tiempo, pero ella nunca pudo quererlo.

Su madre fue voluble en su interés por ella, mas su padre no se interesó en absoluto. Cuando llegaba al final de su adolescencia, había escuchado muchas veces las palabras "muy ocupado".

Salió de la escuela como cualquier hija de padres ricos… sin plan definido, y sin que alguien le hubiese proporcionado una guía. Así aceptó que, como su madre, debía ser feliz revoloteando entre caprichos, fantasías y fiestas. Al principio, lo intentó, y tuvo éxito si debía contar las invitaciones a fiestas, los acompañantes complacientes, y las ardientes proposiciones de matrimonio de jóvenes adecuados. Debía estar feliz, pero al transcurrir un año y el principio del siguiente, se sintió más y más insatisfecha. Los días pasaban, los jóvenes le parecían todos iguales, y no era feliz.

Fue una tontería buscar el consejo de su padre, pero él era un hombre inteligente, un mago de las finanzas. El comenzó a prestarle atención en ese segundo año, confiándole que actuara como mensajera suya y como era característico en él, nunca se le explicó qué contenían los paquetes que la llevaban a Europa; y ella pensó que, al menos, aquello era importante para él.

Y así, un día entró en su estudio y esperó con paciencia frente al escritorio a que la atendiera. El levantó la vista de sus papeles, y la sorpresa se convirtió en irritación. Kate recordaba cada palabra de aquella conversación:

—Padre, quiero hacer algo con mi vida —le dijo. Esperaba que, aunque fuera una sola vez, él tuviera alguna reacción… silencio—. Quizá podría ayudarte más… en el negocio —insistió.

—No —su sugerencia provocó, una respuesta, una palabra terminante que a ella le dio ánimos para continuar, con terquedad:

—Entonces, buscaré un empleo. Estoy aburrida.

—Creí que irías a París con tu madre la próxima semana —repuso el para finalizar aquella conversación.

—No puedo asistir a desfiles de modas el resto de mi vida.

Eso sí provocó una reacción de su padre… una mirada fría.

—Katherine, ¿tratas de ser graciosa?

—No, padre —contestó, desanimada.

—Esa ocurrencia no tiene sentido. El año entrante te casarás.

¿Casarse?, pensó Kate, y observó que él volvía su atención a los papeles del escritorio. La discusión había terminado.

No estaba comprometida, ni siquiera tenía una relación formal con alguno de los chicos con quienes salía; sin embargo, se casaría el año próximo. Su padre era un mago, ¡podía adivinar el futuro! Se echó a reír, casi histérica, y volvió a obtener la atención de su padre:

—¡Katherine! —exclamó entre sorprendido e irritado.

—No me lo digas, estás ocupado, no volveré a molestarte. ¡Jamás!

Y cumplió su palabra. No fue muy difícil, pues mientras ella permanecía en casa, su padre marchó a París con su madre… y ambos murieron víctimas de un incendio en el hotel donde se hospedaban, sólo cuatro días después del arrebato de Kate.

El deseo de que se efectuara un cambio en su vida, se cumplió.

Capítulo 3

Kate gimió cuando las cortinas se abrieron.

—Es una mañana preciosa —anunció su hermano.

—Disfrútala si quieres, hermanito —repuso con tono seco.

—Buena fiesta, ¿eh? —Johnny se dejó caer en el sofá-cama y ella murmuró algo entre dientes—. ¿Eso es sí, o no?

—Ninguna de las dos —Kate abrió los ojos de nuevo para ver su amplia sonrisa—. Fue sólo una protesta contra la vida en general, y en particular, contra los hermanitos escandalosos.

—Gruñona.

—¡Salvaje! —hizo una mueca—. ¿Qué hora es?

—Las doce —repuso su hermano y sonrió al ver el efecto deseado.

—¡Imposible! —exclamó Kate, sentándose en la cama.

—No; pero en realidad no son las doce —añadió cuando se alejaba hacia la puerta—. Iré a buscar la leche. Trata de levantarte por el lado correcto de la cama.

Kate le lanzó una almohada y él salió riendo. Ella buscó el reloj despertador y vio que era poco más de las diez.

Se vistió con un pantalón rojo de pana y una blusa de verano, preguntándose cómo iba a pasar el día. Por la tarde Johnny tomaría un tren para regresar a su escuela, cerca de Ipswich. Quería llevarlo a almorzar a un restaurante y a hacer un recorrido en barco por el Támesis, pero ahora, sin trabajo y con el dinero justo para sobrevivir una o dos semanas, eso era imposible. ¡Aquellas cincuenta libras lo habrían cambiado todo!

—¡Maldito! —dijo al recordar la imagen de un alto americano rubio.

—Afortunadamente, el espejo ya tiene una grieta —comentó su hermano al regresar, notando su expresión ceñuda.

—Eres encantador —contestó ella y terminó de cepillar su cabello. Tomó la botella de la leche de manos de Johnny, lo dejó con la nariz enterrada en una revista y se fue a luchar contra la estufa de gas.

Kate estaba irritable esa mañana, había perdido el sueño la noche anterior y no quería pensar más en ello; no podía cambiar lo sucedido. Había sobrevivido a cosas peores… mucho peores, y tal vez el propio Fitzgerald se sentía un poco mal debido a su error. ¿O se habría reído cuando Howard confesó la verdad?

—¡Maldita sea! —exclamó al percibir el olor del pan que se quemaba. Furiosa consigo se concentró en lo que hacía.

Después, sentada con una taza de café en la mano, le fue difícil no pensar en el futuro. Si no encontraba un empleo en quince días, no podría pagar el alquiler del

apartamento, y no podía pedir ayuda al Estado. Su evasión de impuestos se lo impedía. Era demasiado tarde para lamentarse, y se preguntó si la falta de honradez sería hereditaria. ¿Qué podía hacer para conseguir dinero?

—¿Qué te negarías a hacer? —le preguntó su hermano y Kate se dio cuenta de que había estado pensando con voz alta.

—Nada. Hablaba sola.

—Esa es la primera señal de…

—Sí, lo sé. Empieza a preocuparte cuando escuches que me contesto.

—¿En qué pensabas? Parecías de verdad enojada.

—En cosas —replicó.

—¿Qué clase de cosas?

—Oh, en esto y aquello.

—¿Acerca de anoche? —sugirió Johnny, dejando la revista.

—¿Anoche?… Quieres decir, ¿en la fiesta?…

—¿Cómo estuvo?

—Regular —contestó sin interés.

—¿Conociste a alguien… interesante en la fiesta?

—Algunos escritores, no tan importantes como Howard, naturalmente —se burló—. Oh, y algunos actores americanos que están trabajando en Londres.

—¿Conociste a alguien… especial? —insistió. Johnny era aún muy joven para fingir indiferencia. Kate sonrió ante sus decididos esfuerzos.

—Temo que no. Robert Redford no pudo asistir —dijo con un suspiro—, y Sylvester Stallone tuvo el mal gusto de preferir a las rubias.

—¡Sylvester Stallone!

—Te tomé el pelo, hermanito.

—¡No es cierto!

—Sí, te engañé.

—No, tú…

—Bueno, basta ya. Vamos a dar un paseo.

—¿A dónde?

—No sé —dijo, encogiéndose de hombros. El sol entraba por las ventanas y resaltaba cada uno de los defectos del apartamento—. Al parque.

—Hyde Park —dijo él.

Kate había pensado en un tranquilo paseo cerca de Holland Park, y no en una marcha forzada por Bayswater Road, sin embargo, accedió.

—De acuerdo, aunque tenemos que vigilar la hora.

El se detuvo cuando iban camino a la puerta y dijo:

—Espera un segundo. Olvidaba algo.

Lo esperó en el vestíbulo y gimió cuando vio lo que llevaba.

—Oh, no, no irás a llevar el disco.

—Te divertirás cuando le encuentres el gusto —aseguró Johnny y ella lo miró, dudosa.

Subieron a *Notting Hill Gate*, había mucha actividad aun en domingo y cruzaron por *Kensington Cardens* hasta *Serpentine*. Kate habría pasado allí todo el día, pero su hermano nunca permanecía en un mismo lugar.

Se habían adentrado en Hyde Park cuando por fin encontraron un lugar tranquilo y se puso a jugar con Johnny con cierto entusiasmo. Después de una hora de recoger el disco donde cayera… nunca en sus manos, por supuesto… estuvo dispuesta a rendirse. En especial cuando vio que el público había aumentado… un chico japonés que se había acercado a observarlos. Kate recogió el odioso disco, lo lanzó al recién llegado y se retiró a sentarse a la sombra de un árbol, donde se quedó dormida.

—¡Despierta, perezosa! —dijo Johnny, sacudiéndola, poco después.

—¿En dónde está tu amigo? —preguntó con un bostezo.

—Se fue con sus padres.

—No importa, ya es hora de que regresemos —informó después de consultar su reloj—. Tenemos que hacer tus maletas.

—Eso no llevará mucho tiempo.

—Con tu método, tal vez. ¿Tienes hambre?

—Oh, puedo aguantar hasta la hora de la cena en la escuela —Kate rió—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Pensaba comprarte hamburguesa y patatas fritas, pero como no tienes hambre…

Johnny tenía apetito… pero deseaba comer algo que no prepara Kate. Ella no se ofendió, pues reconocía que cocinaba mal.

—Tengo un poco de apetito —confesó el chico.

—¿Un poco?

—Bueno, mucho. Lo que pasa es que no quería que te molestaras.

—¡Qué considerado! Ve a comprarla, y alcánzame en Lancaster Gate.

Kate caminó despacio; hacía mucho calor y salió de los senderos principales buscando la sombra de los árboles. Apenas salía de entre los árboles cuando apareció una pelota a sus pies. Se agachó para recogerla y oyó que gritaban:

—¡Tírala, cariño! ¡Por aquí!

Levantó la vista y vio una figura que gesticulaba al mismo tiempo que jadeaba. Aunque llevaba ropa de adolescente, era un hombre calvo, de edad madura y obeso. Aquel aspecto incongruente retardó las reacciones de Kate y cuando lanzó la pelota el hombre había caído de rodillas.

Escuchó silbidos en la distancia y se acercó para ver el campo. No era *cricket* lo que jugaban, sino otro violento juego de hombres. El hombre logró ponerse de pie y se marchó, arrastrando los pies.

Al contrario de Johnny, Kate tenía muy poco interés en los deportes, pero se quedó a observar el juego improvisado de béisbol. Aquello era un espectáculo cómico y delicioso, los jugadores eran de varias edades, de los seis a los sesenta años.

Sólo había uno cuyo cuerpo era atlético. Llevaba puesta una camisera sin mangas y *jeans*, y los poderosos músculos de sus hombros se contraían al lanzar la pelota.

Kate pensó que no era justo que él tuviera el trabajo más fácil, pero cuando lo vio caminar, tuvo que cambiar de opinión porque cojeaba notablemente, lo cual lo excluía de un papel más activo.

Cuando regresó al lugar del lanzador, el consejo que le dio al chico que bateaba fue bueno, pues golpeó la pelota con tal fuerza que la envió muy lejos y puso a correr a los jugadores que guardaban el campo. Kate se unió al aplauso sin darse cuenta de que un par de ojos ya no miraban al chico que corría.

Van Fitzgerald tenía toda la ventaja sobre Kate cuando ella lo vio; sorprendidos por aquella coincidencia, ninguno de los dos movió un músculo, hasta que uno de los jugadores reclamó la atención de él:

—¡Eh, Van! —gritó al americano con tono divertido—. ¡Deja de estudiar las bellezas naturales del parque y lanza la pelota!

Aquel comentario fue recibido con risas que hicieron reaccionar a ambos. Avergonzada, Kate imaginó que Van reanudaría el juego, pero él recogió la pelota y la lanzó al que había hablado, diciéndole que ocupara su sitio.

Con todas las miradas puestas en ella, Kate estuvo a punto de correr, pero el orgullo la dominó y se alejó caminando.

Cuando él la alcanzó, Kate ni siquiera le dirigió la mirada. En silencio, caminó a su lado, su cojera se acentuó cuando ella aceleró el paso. Kate estaba furiosa por esa persistencia, y su absurdo sentimiento de culpa… cuando sujetó su brazo, obligándola a detenerse.

—Hasta aquí es suficiente.

Kate trató de escapar, pero antes que pudiera decir una palabra, él la llevó hasta la sombra de un árbol, lejos de la vista de sus amigos!

—¡No me toque! —estalló cuando él la apresó contra el tronco.

—Tranquilízate, esta conversación terminará cuando yo quiera ¿Por qué no me lo dijiste?

Kate escuchó la misma pregunta que le había hecho la noche anterior, pero supuso que ahora tenía otro significado.

—No tengo la culpa de que usted se haya puesto en ridículo —replicó con arrogancia—, pero si tiene intenciones de disculparse por la forma en que se comportó, señor Fitzgerald, le aseguro que usted tendrá la última palabra esta vez.

—¿Disculparme? ¡Bromeas!

—No, sólo olvidé que usted no es caballero.

—Por lo que yo recuerdo, señora yo fui el agredido sólo por decir unas cuantas verdades.

Kate entrecerró los ojos.

—¿No le dijo nada Howard cuando volvió a la fiesta?

—¿Volver a la fiesta? —repitió, incrédulo.

—No regresó —concluyó Kate.

—Difícilmente —replicó él con sarcasmo—. Bayswater será una zona muy exclusiva, pero la basura que hay allí, apesta como en cualquier lugar.

Y la mirada que le dirigió a Kate fue muy insinuante. ¡Era obvio que no había entendido aún la broma de Howard!

—No lo lastimé ¿verdad? —preguntó, irónica.

—En tu lugar, yo no tentaría a la suerte.

—¿Suerte? Encontrarme de nuevo con usted, no lo fue, pero dicen que la mala suerte va de tres en tres.

—¿Lo cual significa?

—Lo que significa… que espero que este breve encuentro complete mi cuota.

Van ni siquiera intentó contestar. Se quedó inmóvil mirándola con fijeza. Ella trató de marcharse, pero él la atrapó de nuevo contra el árbol. Van no volvió a moverse. Sus ojos eran fríos por la furia.

Kate tuvo la impresión de que él actuaría con violencia y retrocedió cuando Van levantó la otra mano, pero segundos después la posó con suavidad en su mejilla y sonrió con satisfacción ante su miedo. Furiosa, Kate apartó esa mano de su mejilla, pero él apenas comenzaba a humillarla:

—¡Tanto orgullo! Lástima que tenga un precio de cincuenta libras.

—¡No para usted!

—Tal vez no —aceptó, y agregó—. Me quedó la impresión de que la cantidad sería mayor para mí.

—No fue eso lo que quise decir, ¡y usted lo sabe!

—Aunque estoy de acuerdo —dijo después de estudiarla con lentitud.

—¿Con qué? —preguntó Kate, aturdida.

—Acepto que vales más, dulce Kate. Por lo menos, cien libras.

—¡Es usted un… desgraciado! —estalló con rabia.

—Supongo que eso significa no —le interrumpió—. Muy bien, tal vez pueda mejorar la oferta.

—¿Oferta? —repitió Kate, sorprendida y se preguntó si era posible que él hablara en serio.

—¿Te interesa?

—¡Usted sabe muy bien que no! —negó y decidió que ya había aguantado suficiente, así que agregó cortante—: No soy la clase de mujer con quien usted tiene que asociarse.

—Tratas de decirme que no eres una prostituta.

—No trato… lo afirmo —replicó entre dientes.

—¿De veras? —la miró con cinismo.

—No me cree, ¿verdad?

—¿Eso importa?

—Oh, piense lo que guste —replicó, fastidiada.

—No… no me gusta, pero no aceptaré tu ridícula historia; y no llamaré a la Brigada contra el Vicio, así que no finjas inocencia.

—Es muy generoso de su parte.

—No soy un reformador; tu vida es asunto tuyo.

—Esa no fue su actitud anoche —le dijo, herida por su indiferencia.

—Sí, bueno… creo que me disgusté un poco cuando descubrí lo que había entre Howard y tú. El debió advertirme desde el principio; aunque conociéndolo, no me sorprendería que hubiese planeado todo esto para hacerme una broma.

—Estoy segura de que así fue —repuso con tanta ironía, que arrugó el ceño, receloso.

—¿No lo habrán planeado entre los dos?

—¿Planear, qué?

—Howard sabía que yo estaba interesado en ti, y es probable que me haya visto cuando te seguí al balcón. ¿Por qué nos dejó solos si se suponía que tú debías estar… adornando su brazo?

—Temo que no le entiendo, señor Fitzgerald —replicó ella, seca.

—Quizá él tenía la esperanza de que yo perdiera la cabeza por ti.

—Es una posibilidad —murmuró, e imaginó una afilada guillotina que cortaba el bronceado cuello.

El debió adivinar lo que Kate pensaba, pues sus labios se curvaron en una sonrisa divertida.

—¿Por qué habría él de desear eso? —preguntó ella, con sequedad.

—Así es Howard; como broma, habría sido maravillosa. Un hombre que se enamora de una mujer sin saber que es una…

—¡Está loco si piensa que yo quería que usted se enamorara de mí! En caso de que no se haya enterado, señor Fitzgerald, me disgusta todo lo que es grosero, vulgar o estadounidense, y usted encaja en las tres categorías.

—También Howard —le dijo sonriendo con diversión.

—¡Eso es diferente!

—Sí, me doy cuenta.

Kate arrugó el ceño. No sabía cómo tomó Van su comentario y no quiso exigir una explicación de él. No podía creer lo que sucedía. ¡No era real! Luego recordó que Johnny la esperaba.

—Debo encontrarme con alguien.

—¿Con John?

—Sí, pero ¿cómo?… —su voz se desvaneció, asombrada al darse cuenta de lo que acababa de confirmar… un *John*, para un estadounidense, era un "cliente"

—Eres una chica muy solicitada.

—No. No quise decir… El es mi…

—Es asunto tuyo —la interrumpió, cortante, y continuó—: Te esperará; yo lo haría…

—Podría venir a buscarme —insistió ella.

—¿Y? —contestó, como retándola.

—Y nada. ¿Puedo irme… por favor?

—Aún no he terminado.

—No tenemos más qué decirnos, señor Fitzgerald.

—Te equivocas, dulce Kate ¿Qué te parecen mil libras?

—¿A cambio de qué?

—No te preocupes —él rió con ironía—. Nada complicado, soy un hombre muy sencillo a ese respecto.

—Usted me daría mil libras sólo por… por…

—Porque te acuestes conmigo —terminó por ella.

Kate lo miró fijamente, buscando una señal de locura. Van sonrió, divertido, como si jugara con ella.

—¿Por qué hace esto? —murmuró herida.

—Tal vez caí en la trampa —repuso él con sarcasmo.

—Obviamente cayó de cabeza si espera que le siga el juego.

—¿Seguirme el juego? ¿Dudas de que tenga dinero?

Kate lo miró, encolerizada.

—Dudo de que me pagaría mil libras por acostarme una vez con usted.

—¿Dije "una vez"? No lo recuerdo —contestó con una sonrisa maliciosa—. Pero *soy* más rico de lo que aparento.

—La mayoría de la gente es más rica de lo que *usted* aparenta, señor Fitzgerald.

—Es un milagro que tengas clientes, dulce Kate, si a todos los tratas así. Pero no te hagas la difícil conmigo —le advirtió casi con amabilidad—. Ambos sabemos cuánto necesitas el dinero.

—Yo jamás le dije…

—No fue necesario —la interrumpió Van—. Vi cuan importante era para ti el dinero de anoche, ¿recuerdas?

Se refería a su actitud, cuando estuvo dispuesta a arrodillarse para recoger el dinero. Ese fue el primer comentario de él que le dolió de veras. Nada dijo, estaba muy resentida.

—¿Para qué necesitas el dinero? —inquirió Van y cuando ella no contestó, le continuó con sorprendente tono de compasión—: ¿Para sostener a un niño?

—¡No! ¿Por quién?… —se interrumpió, pensando en lo ridículo que sería preguntarle por quién la tomaba. ¡Era obvio!

—Entonces, ¿para satisfacer algún vicio? —insistió él.

—¿Vicio?

—Eres demasiado inocente o muy buena actriz.

—No sé de qué habla —replicó indignada.

—¿No? —Van se había puesto serio de nuevo—. Muéstrame tu brazo.

—¿Qué?

—Muéstrame tu brazo —repitió.

—¿Por qué? —estaba de veras confundida.

—¿Por qué no? —preguntó él, acercándose.

Kate estuvo segura de que se había vuelto loco. De pronto él atrapó su mano y levantó la manga de la blusa hasta donde pudo llegar. Hizo lo mismo con su otro brazo, como si buscara huellas de algo, y entonces comprendió.

—¡Es un atrevido! —rescató su brazo. Temblando de ira bajó las mangas de la blusa y él suspiró.

—Fue sólo una idea. Muchas prostitutas tienen problemas con las

drogas. —¡Esta no!

Pensando en la forma de escapar, miró sobre el hombro de Van y vio a su hermano, sentado a cierta distancia. Era evidente que fue a buscarla y decidió no interrumpir.

—Tengo que marcharme, y si trata de detenerme… pediré auxilio —él se acercó un paso más y ella alzó la voz, amenazándolo—: ¡Lo haré!

—Adelante —invitó Van con voz provocativa.

Estaba tan seguro de que podría tratarla como deseara que alargó los brazos para rodearla y cuando Kate retrocedió, él la estrechó.

—¿Qué está haciendo? —demandó, angustiada.

—Creo… No lo sé —contestó al inclinarse hacia ella.

Kate reaccionó en dos segundos y sólo porque su hermano estaba cerca, no dio rienda suelta a su agresividad, pero su rechazo fue evidente. Al principio pudo eludir su boca, pero cuando él le puso una mano en la nuca, ya no pudo mover la cabeza, aunque no se sometió a su beso.

—¡Maldita, responde! —gruñó Van, después de unos momentos.

—¿Por qué debo hacerlo?

—Responde, y luego podrás irte con tu "John".

Estaba a punto de rechazarlo, pero vaciló. Su hermano podía acercarse en cualquier momento si veía que sucedía algo raro. ¿Y qué explicación le daría? Tomó en cuenta las posibilidades y decidió besar, pero, ¿podría fingir una reacción que satisficiera su ego?

—¿Me lo promete? —no logró ocultar su repugnancia, pero él pareció más calculador que enojado. ¿En qué pensaba?

Van asintió y de nuevo inclinó la cabeza hacia ella. Kate se puse tensa cuando él tocó sus labios. Durante unos segundos, sólo hizo eso… rozarlos con suavidad, pero fue una extraña sensación.

Luego, con una mano le acarició el cuello y volvió a besarla con ternura, de forma desconcertante. De repente se dio cuenta de que no le disgustaba lo que él le hacía; el deseo despertó en ella y tembló.

—Rodea mi cuello con tus brazos —murmuró él.

—No creo… —dijo, pero él la hizo callar con otro beso.

Después, no logró explicarse por qué obedeció, sólo supo que deslizó sus brazos por la húmeda piel de sus hombros y abrió los labios.

El la besó entonces con hambre, exigente, destruyendo su resistencia. La acercó más a sí, casi levantándola del suelo cuando ella se apretó contra la dureza de su cuerpo, como si hicieran el amor de pie.

Fue él quien se apartó primero. Lanzó una maldición y Kate lo miró, asombrada. Luego comprendió al ver su gesto de dolor mientras se apoyaba en la pierna sana.

—¿Está bien? —le preguntó con voz baja.

—¡Sí, maldición… sólo es cuestión de acostumbrarse!

Kate se sintió ridícula por haberse expresado así; nada había cambiado. Ruborizada, esquivó su mirada penetrante y no tuvo que esperar mucho para saber lo que ahora pensaba de ella.

—Como dijo Howard, nena, eres una actriz de primera. Es difícil decidir cuál fue tu mejor papel… si el rechazo o la invitación.

—Yo… yo no…

—¡Al diablo con eso! —gritó—. ¿Es así coma lo haces… dejas que el tipo crea que eres frígida y en cuanto te enciendes, el pobre tonto empieza a arder?

—Usted me obligó —protestó en un ahogado murmullo.

—¿De veras? Toma… ve a encontrarte con tu hombre.

Observó, asqueada, que sacaba su billetera de un bolsillo y contaba el dinero. Vio que lo alargaba hacia ella.

—Yo no tomaría…

—Olvida esa rutina; no tengo intenciones de pagarte por ese privilegio. Estas son las cincuenta libras de Howard, nada más. No quiere llevar eso en mi conciencia.

Agitó los billetes frente a ella como lo hiciera Howard la noche anterior, y Kate deseó decirle lo que podía hacer con su dinero, pero reconocía la necesidad que tenía de aquellas cincuenta libras. ¡Y él lo sabía!

Van asió su muñeca cuando ella comenzó a retroceder.

—¡Vamos, tómalo! ¡Es un seguro contra tu mala suerte!

Kate miró el dinero que él puso en su mano.

Esos billetes le pertenecían… él tuvo la culpa de que perdiera las otras cincuenta libras, mas le parecía que vendía algo de sí.

Tal vez fue una locura, una estupidez, pero en esa ocasión abrió la mano, deliberadamente; no esperó para ver si él recogía el dinero del sitio donde ella lo dejó caer.

Capítulo 4

Johnny sonrió al verla aproximarse.

—¿Quién es?

Ella miró sobre su hombro y vio que Van Fitzgerald la observaba.

—Nadie —se volvió y siguió caminando—. Vamos, ya es tarde.

—Nadie, ¿eh? —dijo él, sonriente.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué lo besabas?

—No lo besaba.

—Lo que yo vi…

—Sí, lo que viste. Era él quien me besaba.

—¿Quieres decir que no querías que te besara? Te obligó —dedujo su hermano y se detuvo, furioso—. ¿Quién era? ¿Lo conoces?

—Por supuesto que lo conozco —le contestó y lo asió del brazo para impedir que regresara—. Es un estadounidense que conocí en la fiesta de Howard. Nos encontramos después que te fuiste y hablamos un rato, es todo.

—Te estaba besando —insistió Johnny, indignado.

—Sí; parece que le gusto —dijo poco convencida, y al ver la mirada escéptica de su hermano, rió—. No te asombres, no soy tan repulsiva, ¿o sí?

—Pero a ti no te gusta.

—No mucho —repuso con indiferencia y volvió a caminar. Para su alivio, Johnny la siguió, aunque no olvidó el tema.

—¿Por qué no?

—¿Y por qué habría de gustarme? —inquirió, frívola.

—No sé, me pareció… agradable.

Pensó en otros calificativos, como: arrogante, ofensivo, vulgar… una lista interminable en lo que no figuraba el término "agradable".

—¡Ya está! —anunció satisfecha al cerrar la segunda maleta—. Creo que es todo.

Así lo esperaba, las dos maletas estaban repletas.

—Sería más fácil viajar con un baúl —comentó Johnny.

—Quizá —dijo su hermana.

—Kate…

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Eso no augura nada bueno. ¿Acerca de qué?

—¿No te enojarás?

—¿Qué te preocupa, Johnny?

—Bueno, es sólo que con nadie has salido desde hace años.

Quería decir que desde la muerte de sus padres, y Kate se preguntaba cómo debía contestar. No podía decirle que la responsabilidad de cuidar de él le dejaba poco tiempo para tener vida social.

—No he conocido a alguien atractivo —murmuró.

—Antes salías con varios chicos, Kate.

—Tal vez, pero recuerdo que ninguno te agradaba.

—Entonces yo era sólo un niño, pero si ahora salieras con alguien, sería distinto.

—Distinto, ¿eh? —repitió Kate, sonriente—. Lo tendré en cuenta.

Más que una promesa era un intento de tranquilizarlo, pero cuando lo dejó en la estación, Johnny parecía tan alegre que Kate pensó que todo lo había tomado a la ligera.

Al regresar al apartamento se preguntó si Johnny tendría razón en lo que comentó acerca de su vida social. En realidad, se sentía muy sola cuando él estaba ausente, pero no le era fácil hacer amigos. Ya no era la joven que salía con "distintos chicos", como decía Johnny, sólo para probar su popularidad. Había madurado, y al hacerlo se volvió más dura y exigente desde el día en que supo de la muerte de sus padres.

La mañana en que ocurrió el incendio fueron a verla dos desconocidos. Ella se desmayó cuando le dieron la noticia y cuando volvió en sí, estaba acostada en el sofá de la sala y uno de los hombres murmuraba:

—Nunca imaginé que una chica como ella se desmayara.

—¿Por qué no? A pesar de todo, St Gregory era su padre.

Pero ninguno de los dos demostraba compasión; ni siquiera se preguntó quiénes serían. Sólo deseaba estar sola para dar rienda suelta a su pena.

Dudaba que se lo permitieran, pues uno de ellos, llamado Osborne, dijo:

—Necesitamos hacerle algunas preguntas, señorita St Gregory.

—¿Preguntas? —repitió, perturbada.

Quizá el mayor de los dos, llamado Styles, se dio cuenta, pues sugirió que se acostara un rato antes de la entrevista. Ella accedió y casi había olvidado a los hombres cuando llegó a su alcoba, donde lloró hasta que no le quedaron más lágrimas.

Era tarde cuando el ama de llaves le recordó que la esperaban abajo. El llanto la había dejado insensible y eso aparentaba cuando regresó a la sala.

Recordó, con esfuerzo, la conversación anterior.

—Deseaban preguntarme algo.

—Sí, señorita St Gregory —confirmó Styles—. ¿Podríamos ir a algún lugar más privado?

—Como gusten —los llevó al estudio de su padre y cuando estuvieron instalados, preguntó—. ¿Son policías?

—No exactamente, somos oficiales del Servicio de Información —Styles le mostró una tarjeta de identificación y esperó su reacción.

Kate la miró con desconcierto; no entendía por qué la muerte de sus padres tenía que ver con lo que mencionaba la tarjeta: División de Seguridad Exterior.

—No comprendo. ¿Investigan el incendio?

—Indirectamente —replicó Styles, y Osborne explicó:

—El fuego se inició debido a un dispositivo incendiario colocado en la *suite* de su padre. Queremos descubrir al responsable.

—¿Quieren decir que alguien quería matar a mi padre? ¡Eso es imposible! —exclamó, horrorizada.

—Cualquier persona que está en el negocio de su padre, puede ser víctima de los terroristas —contestó Osborne.

—No entiendo. Mi padre es… era economista.

—Señorita St Gregory, estamos enterados de cuáles eran los intereses de su padre —la interrumpió Osborne—. Y vender armas a organizaciones terroristas es un negocio peligroso.

¿Armas? Kate sacudió la cabeza con incredulidad.

—Sospechamos que alguno de esos grupos decidió no pagar —agregó Styles con un tono de voz más sereno.

Aún sorprendida, Kate miró fijamente a los dos hombres y se dio cuenta de que ellos esperaban que dijese algo. Pero, ¿qué?

Impaciente por su silencio, Osborne intervino:

—Le aconsejo que coopere con nosotros, señorita St Gregory.

—Pero es que yo nada sé —contestó, mirando a Styles. Instintivamente sentía que, de los dos, él era el más razonable.

—Vamos, señorita St Gregory —insistió Osborne—, no espere que le creamos; sabemos que ha actuado como mensajera de su padre durante los últimos cuatro meses…

Kate palideció, presa del miedo, horrorizada al darse cuenta de la forma en que su padre la había utilizado.

—Usted no lo sabía, ¿verdad? —le dijo Styles, compasivo.

—¿Qué llevaba yo? —gimió, angustiada cuando no contestaron, repitió casi histérica—. En esos viajes al extranjero, ¿qué llevaba yo?

Cuatro días después le dijeron cuál fue su papel en todo aquello.

Mientras tanto, en ese lapso les informó de cada detallé que pudo recordar de los viajes que hizo al extranjero. Estaba dispuesta a cooperar; les permitió que registraran la casa y aceptó no anunciar la muerte de sus padres cuando le aseguraron que sus nombres no aparecerían en los diarios.

Los tres primeros días a las únicas personas que vio, además de la servidumbre, fue a esos desconocidos de rostro serio con sus preguntas interminables.

Al cuarto día llegó con un tal coronel Lazenby, y Kate imaginó mil cosas. Aterrada, pensó en Johnny; no tenían parientes cercanos que pudieran encargarse de él si a ella le pasaba algo. Y creyendo que el coronel estaba allí para arrestarla, Kate lo miró aturdida cuando él se disculpó por las molestias causadas, y le agradeció su cooperación.

—¿No me van a procesar? —preguntó con incredulidad.

—¿Por qué, señorita St Gregory? —repuso Lazenby con una sonrisa—. Sería ridículo hacerlo por la participación que tuvo en esto.

Luego procedió a explicarle qué había entregado en nombre de su padre: Nada. En cualquier caso, nada relacionado con aquel asunto. Al parecer, su padre estaba enterado de que lo vigilaban y la usó como señuelo para despistar a quienes lo vigilaban.

—Su padre era un hombre listo. Dudo que algún día podamos probar algo —confesó el coronel.

Kate suspiró, aliviada. Por lo menos no tendría que decir la verdad a Johnny acerca de su padre.

—¿Han terminado con su investigación? —preguntó.

—Por ahora, señorita St Gregory.

Kate no hizo más preguntas; no le importaba quién mató a su padre ni por qué. Siempre que pensaba en él recordaba cómo la había utilizado y sentía que la había traicionado.

Cuando por fin se marcharon, Kate fue a la escuela de Johnny. Al principio él aceptó la noticia con calma, su rostro no revelaba emoción alguna cuando se encontraron en el estudio del Director de la escuela, pero en el instante siguiente, Johnny se lanzó a sus brazos, sollozando como un niño. Lo llevó a casa, y aunque la asustaba la responsabilidad de cuidar de él, también eso le daba la fuerza que iba a necesitar en los días siguientes.

Primero recibió visitas de pésame después de publicar una pequeña esquela en el diario, luego apareció Pearson, el abogado de la familia. Se quedó rígida, perpleja, cuando él reveló que su casa figuraba como garantía de un enorme préstamo de una

compañía financiera, el cual debía pagarse para el Año Nuevo. Ese dinero había sido transferido a una cuenta en un banco de Suiza, pero el abogado no pudo encontrar pista de él.

Kate sabía que ese dinero sirvió para comprar un cargamento de armas que se habían extraviado en camino hacia África.

Después empezaron a llegar las facturas. Kate trató de cumplir con todas; vendió los autos de sus padres y todo lo que había en la casa, en subasta pública. Pero los cobros seguían llegando… el que más la preocupaba era una cortés solicitud de la escuela de Johnny por el pago de la colegiatura del período siguiente, una cantidad que reflejaba la categoría de la escuela.

Cuando se aproximaba la Navidad, tuvo que hacer frente a su incapacidad de cumplir con todas las deudas. Debía pensar en su hermano, en el futuro.

Esas vacaciones, Johnny regresó a una casa enorme y vacía. Se detuvo en el vestíbulo frío y silencioso y pareció desconsolado, pero aparentó valor. Y cuando Kate le explicó que había encontrado lugar para él en una escuela modesta, él insistió en que debía abandonar definitivamente el colegio para que pudieran ahorrar.

Kate anticipaba esa reacción y le dijo otra mentira; inventó que sus padres habían establecido un fondo para su educación, el cual cubriría por lo menos los pagos de cinco años en la nueva escuela.

Sin embargo, le dijo la verdad acerca de las deudas que nunca les sería posible pagar, con el objeto de que él entendiera que era necesario que fuese discreto acerca de quiénes habían sido sus padres, y por precaución decidió prescindir del "St" en su apellido. Dos días después de que lo dejó instalado en su nueva escuela, abandonó la casa en manos de la compañía financiera.

Durante seis meses, se mudó de hoteles baratos a albergues aún más económicos; pues el poco dinero que había podido guardar pronto quedó reducido a nada.

Aceptó el primer empleo que le ofrecieron, como camarera en un restaurante de hamburguesas e invirtió su salario en cursos intensivos de taquigrafía y mecanografía.

Fue un tiempo difícil y de mucha soledad para Kate, mientras se acostumbraba a vivir sola con el constante temor de que los acreedores la acosaran exigiendo el pago de las deudas.

En el otoño de aquel primer año, pareció que el futuro empezaba a aclararse para ella. Obtuvo un puesto de secretará a pocas semanas de haber terminado el curso.

Siempre supo que su apariencia fue el motivo por el cual Howard la eligió, pero para entonces se sentía lo bastante dura para poderlo manejar. Y cuando surgió el asunto de los impuestos, decidió que la educación de Johnny era lo más importante.

Y aún lo era, pensó, tendida en su cama aquella noche, preocupada por la urgencia de encontrar pronto un empleo. Ya habría tiempo para pensar en su vida cuando la educación de Johnny hubiese terminado. Tendría tiempo para aprender a volver a confiar en alguien… Pero si los acontecimientos de los dos últimos días eran una indicación de lo que podía suceder, no sería muy prudente que fuese demasiado confiada.

El lunes por la mañana, Kate recorrió las agencias de empleos en el West End, el barrio residencial de Londres. Confiaba en su apariencia, pero muy pronto se dio cuenta de que había tenido mucha suerte al obtener aquel empleo con Howard. Además de ser demasiado joven para puestos importantes, no conocía el manejo de un procesador de palabras, entendía sólo lo básico en cuestión de archivo y no contaba con experiencia comercial.

Y cuando casualmente encontró una agencia especializada en trabajo de secretaria social, descubrió que sus problemas apenas comenzaban.

—El conocido Howard Carson —repitió la entrevistadora, impresionada.

—Sí, el escritor —confirmó.

—He leído todas sus novelas… es maravilloso. Dígame, ¿cómo es él como jefe?

"Insoportable, tiránico, vulgar", pensó Kate, pero no lo podía decir.

—Muy agradable —contestó—. Lamento que haya decidido regresar a los Estados Unidos.

—Bien, no importa, querida —la mujer sonrió amablemente—. Estoy segura de que encontraremos algo para usted.

—¿En cuánto tiempo?

—Imagino que muy pronto; en cuanto hayamos confirmado sus referencias, por supuesto… ¿sucede algo?

—No, yo… —Kate pensó con rapidez—. Sólo que es difícil que puedan ponerse en contacto con el señor Carson. Viaja mucho.

—Mmm… comprendo. En ese caso, aceptaremos una carta de recomendación hasta que podamos hablar con él.

—¿Una carta de recomendación?

—Sí, de seguro que el señor Carson le dio una antes de marcharse.

—Bueno, en realidad, no…

—¿No? Pero si no podemos ponernos en contacto con él, ¿cómo espera que evaluemos su capacidad?

—No lo pensé. Quiero decir que olvidé pedírsela. Estuvo muy ocupado los últimos días… —Kate siguió balbuceando mientras la mujer la miraba con creciente escepticismo, sus preguntas se hicieron más concisas hasta que dio fin a la entrevista con unas cuantas palabras ásperas.

Más tarde, en una cafetería, trataba de reunir valor para hacer una llamada telefónica. ¿Qué podía decirle? "Lamento haber dejado tu fiesta, Howard. No te preocupes por la broma que hiciste, me gustó cuando entendí la intención".

No podría, las palabras se le quedarían en la garganta. Pero, ¿qué alternativa tenía? Howard se marcharía el miércoles.

Por fin se decidió, contestó una grabación y dijo:

—Habla Kate. ¿Podrías proporcionarme una carta de recomendación, por favor?

Deseó que Howard tuviera conciencia, aunque no lo creía por lo que había visto. Pensó tomar cualquier empleo y fue a una agencia de empleos temporales. Allí descubrió un problema mayor.

No fueron tan exigentes en cuanto a sus referencias después de hacerle una prueba, pero quiso morir cuando le dijeron que se comunicarían con la oficina de impuestos para que enviaran una reposición del certificado de impuestos que había "extraviado".

Caminó sin rumbo fijo durante una hora antes de regresar a casa. No había más que hacer, no tenía dinero para pagar los impuestos que debía; además, cualquier intento que hiciera para pagarlos podría perjudicar a Howard, y en ese caso él no le daría una recomendación. Mientras trataba de encontrar salida a su situación, llamaron a la puerta. Miró intrigada a la linda rubia que estaba afuera.

—Hola, soy la nueva inquilina del primer piso. ¿Tú eres Kate?

—Sí.

—Te llaman por teléfono. Creo que es un estadounidense. Ha llamado ya dos veces.

"Gracias a Dios", pensó Kate. Si Howard contestaba tan pronto su llamada, significaba que su suerte estaba cambiando.

—Gracias…

—Sally.

—Gracias, Sally —le dijo y corrió a contestar—. ¿Howard?

—Temo que no soy él —repuso una voz irónica y conocida—. Soy Van Fitzgerald, Howard acaba de ponerme al tanto de todo y, bueno, ¿qué puedo decir?

Se quedó perpleja y nada dijo por un momento, pero se recuperó enseguida y colgó el teléfono.

—Una llamada muy corta —comentó Sally cuando se encontraron en la escalera.

—Sí —replicó Kate, ruborizada. Al llegar a su puerta escuchó que el teléfono volvía a sonar.

—Kate —gritó Sally—. Creo que es el mismo tipo.

—Oh, ¿no podrías?…

—¿Decirle que has salido?

—Si no te molesta.

Sally, divertida, contestó:

—Lo siento, ha salido… Sí, fue repentino. Parece que acaba de recibir malas noticias por teléfono —una pausa—. De acuerdo. Le daré el recado… ¿Qué cosa? —Sally alzó las cejas—. ¿Ahora? Pero si ella… Muy bien, no cuelgue… —Sally cubrió la bocina con su mano y le dijo a Kate—. Creo que está loco.

—¡Así es!

—Quiere que sepas que está en el infierno, y que si no contestas vendrá aquí a humillarse en persona.

—¡No! —gritó Kate y subió corriendo por las escaleras. Luego tomó el teléfono y dijo—: ¿Sí?

—¿Kate? No imaginas lo mal que me siento. Después de la forma como te traté ayer… Debes pensar que soy un canalla de primera.

Kate resistió la tentación y no contestó.

—Háblame, Kate. Aunque sea para decir que estás de acuerdo.

—Muy bien… es usted un canalla de primera ¿Se le ofrece algo más, señor Fitzgerald?

—Kate… escucha, es imposible hacerlo por teléfono. Permite que vaya a verte para…

—¡No!

—¿Cuál es tu domicilio? —insistió—. O si prefieres, podemos vernos en otro lugar.

—No, yo… ¿Mi domicilio? ¿No lo tiene?

—No, Howard no quiso dármelo, pero si cuelgas ahora, seguiré llamando. Te lo juro.

—Como guste —murmuró, y cortó la comunicación.

Fiel a su palabra, el teléfono volvió a sonar de inmediato. Los cuatro pisos del edificio compartían el mismo número, así que no podía dejarlo descolgado. Pero no deseaba volver a escuchar su voz.

Aún pensaba en el problema cuando Sally reapareció en su puerta. Kate sonrió, avergonzada. Sally comentó:

—Un tipo persistente, ¿verdad?

—Entre otras cosas. Siento mucho que esté molestando.

—No te preocupes. ¿Por qué no entras a tomar una taza de té y así nos enteramos de cuánto tiempo sigue llamando? —sonrió y Kate aceptó.

A pesar de la diferencia de su origen, las dos chicas pronto charlaban con soltura. Mientras tomaban el té, Sally le hizo una breve biografía que se reducía al

hecho de que ella había crecido en Yorkshire, no aspiraba a casarse con el chico de la casa vecina y había ido a Londres para lograr fama y fortuna como modelo.

—¿Es difícil entrar en el modelaje? —preguntó Kate.

—La muerte —contestó Sally—. Mi apariencia es buena, pero el acento no me ayuda.

—No creí que eso importara.

—Parece que sí. Los tiempos han cambiado desde la época de Twiggy. La mayoría de las chicas de sociedad quieren ser modelos. Es más, creo que tú lo harías muy bien. Tienes clase.

Kate sonrió con ironía. Era la tercera vez en los últimos días que le decían eso; empezaba a considerarlo como un halago dudoso.

—Escucha, ya dejó de sonar —anunció Sally cuando el teléfono sonó por última vez—. Veinte minutos… debe estar ansioso.

—No creo que vuelva a llamar, pero si lo hace…

—¿Habrás emigrado? ¿Qué te ha hecho?

—Es una larga historia —dijo Kate, suspirando.

—Bien, si necesitas quién te escuche… —ofreció Sally.

No la presionaba para que confiara en ella, y tal vez eso fue lo que la hizo confesar lo suficiente para que Sally entendiera por qué no deseaba hablar con él.

—Mil libras sólo por… Debe estar loco por ti.

—Yo sólo diría que está loco —murmuró Kate—. Y no tenía intenciones de pagarme. Lo dijo después, con toda claridad.

—Fue cuando supo que no te interesaba —señaló Sally.

—El no es la clase de hombre que paga por ese privilegio —repitió las palabras de Fitzgerald.

—Te sorprenderías —dijo Sally con aire mundano—. Después de todo, no lo has descrito como un adonis. En opinión, es un miserable fanfarrón; si es tan poco atractivo…

—Te equivocas —aseguró—. Quiero decir… es un malvado, pero también muy atractivo.

—Oh. Es extraño que no hayas dicho eso antes.

—¿No lo hice? —inquirió Kate con un aire de inocencia que hizo reír a Sally.

—¿Es muy atractivo?

Kate no estaba dispuesta a hacer una descripción completa y sólo le contestó encogiéndose de hombros con supuesta indiferencia. Rally cambió el tema.

—Me parece que conocí a tu hermano la semana pasada; me ayudó a subir mis cosas. Parece un buen chico.

—A él también le agradaste, dijo que la nueva inquilina era una linda rubia.

—Gracias por decírmelo —Sally sonrió—. Es agradable escuchar un cumplido diferente de las insinuaciones que recibo en el club.

—¿Un club?

—*Genevieve's*, en Bayswater. Trabajo allí los fines de semana; no es tan malo si te asignan a las mesas de juego. Se gana buen dinero… y sin pagar impuestos. Oficialmente, no ganamos suficiente. Los clientes nos dan propinas y es allí donde está el verdadero dinero. ¿Horrorizada?

—No. Es más, ¿qué debo hacer para conseguir un trabajo así?

—¿Tú? —preguntó Sally con incredulidad.

—¿Por qué no? Sabes, ya he estado en un casino.

—¿No sería en Montecarlo? —inquirió Sally y cuando Kate asintió, rió—. Oh, cariño, el *Genevieve* bien podría estar en otro planeta, por lo que tienen en común. Yo, en tu lugar, me concentraría en obtener esa carta de referencia de tu ex jefe.

—Supongo que tienes razón.

—La tengo. ¿Y quién sabe?… Quizá él también está arrepentido.

—Tal vez —dijo Kate, pero sin muchas esperanzas.

Capítulo 5

La opinión de Kate acerca de uno de los estadounidenses sufrió un cambio al día siguiente, cuando a media mañana apareció de nuevo Sally para decirle que la llamaba Howard.

—Es mi antiguo jefe —explicó Kate—. Gracias por avisarme.

—De nada; iba de salida. Mándalo al infierno.

Kate deseaba poder hacerlo. Pero en cambio, contestó y dijo, con inquietud:

—¿Eres tú, Howard?

—Sí, Kate.

—¿Recibiste mi mensaje acerca de una carta de recomendación?

—Claro que sí, Kate; y no te preocupes. Después de lo que hice, mereces lo mejor. Sólo puedo decir que había bebido demasiado —continuó con el mismo tono de disculpa—. No es una buena excusa, desde luego. Van me lo ha aclarado.

—El me llamó.

—Lo sé; dijo que colgaste el teléfono.

—Howard, no le des mi dirección, ¿quieres?

—No se la daré si me lo pides… pero, Kate, ¿por qué no aceptas verlo? Sólo quiere disculparse.

—Ya lo hizo.

—Sí, pero dice… que no aceptaste sus disculpas.

—Howard, ¿está él contigo?

—No… ¿qué te hace pensarlo?

—Intuición femenina —contestó Kate—. Bien, Howard, en caso de que veas al señor Fitzgerald, dile que puede tomar sus disculpas y…

—De acuerdo, Kate; ya entendí. Aunque todo fue por mi culpa.

—El no estaba obligado a creerte, ¿verdad?

—No, pero… Existen motivos para que lo creyera. Es difícil de explicar por teléfono. ¿Podríamos almorzar juntos?

—No.

—Por favor, Kate.

—De acuerdo, pero, Howard…

—¿Sí?

—¿Irás solo?

—Te doy mi palabra —acordaron la hora y el lugar antes de colgar.

Kate se puso un vestido más formal. Almorzarían en el *Belvedere*, un restaurante que estaba en Holland Park, tan cerca de su casa que pudo ir caminando, mientras repasaba en su mente lo que pretendía decir. El buen humor de Howard desaparecería cuando mencionara el asunto de los impuestos, pero tenía que intentarlo.

Llegó a las doce en punto; Howard ya la esperaba y olvidó lo que pensaba decirle cuando vio su rostro.

—¿Qué… qué pasó? —le preguntó ansiosa, mirando horrorizada los cardenales que ostentaba—. Fitzgerald… —murmuró ella al sentarse.

—Y él no tiene ni una marca —aceptó Howard, sonriente.

—Pero, ¿por qué?

—Parece que no le agrada mi sentido del humor. Fue a verme ayer para pedirme tu número telefónico. Para entonces, yo estaba algo avergonzado y cuando me di cuenta de que Van aún tenía una idea equivocada de ti, decidí decirle la verdad.

—Y él te golpeó —concluyó Kate.

—Como puedes ver —confirmó Howard, con buen humor.

—¿Te pidió el número de mi teléfono antes que le dijeras que yo era sólo tu secretaria?

Howard asintió y al notar su disgusto, se apresuró a decir:

—Escucha, sé qué piensas, Kate, pero créeme, Van no es así. Yo, sí… Cuando estuvimos en el ejército, en Vietnam, yo me llevaba a cualquier chica que encontrara en el bar; muchos lo hacíamos, pero no Van. No le interesaba esa clase de sexo.

—Entonces, ¿por qué quería mi número?

—No estoy seguro, pero deseaba hablarte a pesar de lo que imaginaba de ti. En realidad… tal vez me mate por decírtelo, Kate… pero, tengo la idea de que está enamorado. Kate, dale una oportunidad. Es un hombre digno de conocerlo.

—Howard, creo recordar que al día siguiente de encontrarme con tu amigo, me advertiste que lo evitara como a la plaga.

—Sí, tal vez lo dije. Pero, ¡demonios, Kate! Ahora debes saber por qué lo hice. Yo estaba interesado en ti, y con Van en el panorama, supe que no tendría oportunidad. No es el *playboy* que inventé, pero parece que gusta a las mujeres.

—A algunas, Howard —dijo excluyéndose—. Y no comprendo por qué lo defiendes ahora, en especial después que te ha dado esa paliza.

—Que me haya dado un par de golpes no significa que me apaleara, Kate. Pudo haberme lastimado más si hubiese querido, pero normalmente es un tipo de muy buen carácter, y me gustaría que todo se arreglara entre ustedes. Si quisieras verlo, Kate; si tomaran una copa o algo, tal vez…

Kate frunció el ceño. Podía ver ya por qué Fitzgerald creyó las insinuaciones de Howard acerca de ella, pero su instinto le advertía que no se acercara a ese hombre.

—No, lo siento, Howard; quiero que le digas que se olvide de todo este asunto.

—Vamos, Kate, no seas tan dura.

—No, Howard, y si sólo has venido como intermediario, me olvidaré también del almuerzo.

—Muy bien… no volveré a mencionar su nombre —prometió cuando vio que ella tomaba su bolso—. ¿Por qué no ordenamos?

Se sentó de nuevo y de manera sorpresiva, él cumplió su palabra. Kate disfrutó de su compañía, tanto como del ambiente que los rodeaba.

—¿Has empezado a buscar trabajo?

—Sí, por eso necesito una referencia.

—La traje conmigo —sacó un sobre de su bolsillo interior y lo dio.

—Además, podría necesitar que tú la confirmaras personalmente —añadió, nerviosa.

—Muy bien; mi dirección en Nueva York está en la carta —Howard vaciló antes de agregar—: Tengo un amigo que necesita una secretaria, pero tal vez no te interese.

—¿Es escritor?

—Sí… y también estadounidense —observó que Kate perdía su entusiasmo inicial y sonrió con tristeza—. Imaginé que no querrías repetir la experiencia.

—No es eso —negó—. Es que… tal vez necesite el certificado de pago de mis impuestos.

—Entiendo; no hay problema, haré que mi contador te ponga al día en los pagos atrasados.

—Gracias, Howard —dijo con gran alivio.

—No me lo agradezcas, Kate. No debí sugerir ese arreglo con tus impuestos.

—Acerca de ese trabajo; ¿de qué se trata? —preguntó ella, interesada.

—Es más o menos lo mismo que hacías para mí. Pero quizá prefieras un cambio total.

—Hablas como si no fuese una buena idea.

—No estoy seguro de que te agrade. Peter Holstein es muy distinto a mí.

—Seré sincera, Howard; necesito hallar un trabajo lo más pronto posible. Ojalá que yo le agrade a tu amigo.

—Oh, de eso estoy seguro.

Y si Kate se sintió un poco incómoda por algo que intuyó en la manera de hablar de Howard, lo olvidó antes de terminar de almorzar. Se despidieron y ella volvió a casa más animada. Howard parecía seguro de que con su recomendación, la entrevista sería sólo una formalidad.

Recibió una carta de Peter Holstein dos días después, sugiriendo una entrevista el lunes a las nueve de la mañana, ella contestó confirmando la cita. No había ahorrado para la colegiatura de Johnny y debía el alquiler de varias semanas. Necesitaba trabajar, y si el amigo de Howard no le agradaba, pasarían semanas antes que se arreglara el asunto de sus impuestos para poder solicitar empleo en otro lugar.

La mañana del lunes tenía los nervios destrozados; durmió muy poco, estaba pálida y tensa, y no dejaba de bostezar.

Eso hacía cuando se abrió la puerta, respondiendo a su llamado.

—¿Sí? —una alta figura llenaba el umbral; llevaba un delantal floreado y una pañoleta en la cabeza.

Kate frunció el ceño. El domicilio del estadounidense era una vieja mansión de estilo georgiano, convertida en apartamentos. El portero la envió al tercer piso… pero no recordaba si le dijo que debía ir a la derecha o a la izquierda al salir del ascensor.

—Busco a Peter Holstein; vive en este piso.

—¿Holstein? —la mujer movió la cabeza—. No vive aquí.

—Pero… ¿Está segura? Es un escritor.

—Oh, por Dios, ¡se refiere a *él*! —la mujer sonrió, amistosa—. Cualquier día olvidaré mi nombre. Pero es él a quien usted busca, y usted debe ser la secretaria que él mencionó. Entre.

Perpleja, Kate la siguió por un largo y angosto pasillo hasta un cuarto que estaba al final, a la derecha.

—Soy la señora O'Reilly, su sirvienta. Le aseguro que es un verdadero placer lo qué la espera. El es un hombre adorable a pesar de ser desordenado. Es uno de los nuestros, ¿sabe?

—¿De los nuestros?

—Es irlandés, querida.

—Oh, sí —murmuró Kate, intrigada. El apellido Holstein, no evocaba imágenes de la verde Irlanda.

Kate se quedó en el cuarto mientras la señora O'Reilly iba en busca del "hombre adorable", preguntándose qué podía esperar.

Los muebles eran grandes y antiguos, y el conjunto resultaba muy atractivo. Era un acogedor estudio, y comenzaba a formarse la imagen de un académico de pelo canoso, cuando volvió la señora O'Reilly.

—Estará con usted en un segundo. Llegué tarde esta mañana y él se quedó dormido. Es un holgazán —continuó la irlandesa—, nunca escucha la alarma del reloj. Desde luego, tiene que ser así… con eso de las bombas y todo.

Desorientada, Kate sonrió con cortesía. ¿Bombas? O ese hombre tenía un gusto raro para las sirvientas; o a ella se le escapaban algunos detalles esenciales para entender lo que decía.

—Supongo que tiene razón —dijo al fin.

—Aún así, es de esperar que ahora se tranquilice un poco —ofreció la señora O'Reilly con un suspiro—. Ya es tiempo de que un hombre de su edad siente cabeza; es lo que yo pienso.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Kate.

—Treinta y siete, y nunca ha estado cerca del altar —contestó la señora O'Reilly con su pintoresco estilo—. Pero es mejor que no diga más. Me pidió que no la asustara antes que tenga la oportunidad de hablar con usted. No sé por qué imagina eso. Regresaré a la cocina —agregó—. ¿Qué desea tomar, querida? ¿Té o café?

—Lo que sea más sencillo.

—El señor Van siempre toma café —informó.

—En ese caso, tomaré… —se interrumpió a media frase, cuando su mente reaccionó violentamente—. ¿El señor quién?…

—Oh, así lo llamo yo. Al señor Fitzgerald no le gusta la formalidad. Pero no me parecía correcto utilizar sólo su…

Kate no escuchó el resto. Se dirigía rápidamente a la puerta cuando tropezó con el hombre que salía de una de las alcobas, con el pelo revuelto y sin afeitar. No había error, era Van Fitzgerald. Por un momento sólo se miraron y luego, increíblemente, él sonrió.

—Buenos días, Kate.

—¡Es usted despreciable!

—Espera un minuto, Kate. Siento mucho que… —empezó a decir, pero ella lo dejó hablando solo.

Llegó a la puerta, mas Van la atrapó antes que la abriera. Puso una mano firme en su brazo y la hizo volverse hasta ponerla de espaldas a la pared. Luchando inútilmente, lo amenazó:

—¡Quíteme las manos de encima o empezaré a gritar!

—Ya estás haciéndolo, Kate.

Soltó sus brazos y retrocedió un paso; la tenía atrapada pues estaba entre ella y la puerta.

—¿Qué te parece si dejo que me des una bofetada? ¿Te sentirías mejor?

—¿Qué le parece si se deja atropellar por un autobús? —contestó.

—¿Alguno en particular? —dijo él, pero la sonrisa murió en sus labios cuando la ira, el cansancio y la desilusión de pronto provocaron en Kate, una reacción involuntaria.

La primera lágrima había caído antes que ella se diera cuenta.

—Estás llorando… —murmuró Van, sorprendido.

—¿Qué le ha hecho? —demandó la señora O'Reilly al abandonar su papel de observadora imparcial.

—Nada.

—¡Nada!

—Lo explicaré después —dijo él con brevedad—. ¿Por qué no prepara una taza de té?

La señora O'Reilly regresó a la cocina.

Van puso una mano en el hombro de Kate, pero ella encogió los hombros y entre sollozos, dijo:

—No quiero su maldito té.

—Piensa que el té es de la señora O'Reilly.

—¡Deje de burlarse de mí!

—Y tú deja de hacerme sentir como un gusano. Ya dije que lo siento. ¿Qué más quieres? Vamos —esta vez no le permitió apartarse—. Por lo menos, discutamos esto.

Kate sabía que nada había que discutir, pero le temblaban las piernas y se dejó caer en una silla. Sacó un pañuelo de su bolso y secó sus ojos.

Fitzgerald la observaba desde el sofá opuesto y después de un largo silencio, murmuró:

—No te veo muy bien.

—Gracias.

—No, lo digo en serio. ¿Qué has estado haciendo? —le preguntó.

—¡Utilice su imaginación! Es usted muy bueno para eso, ¿recuerda? —contestó cuando entraba la señora O'Reilly con una bandeja con té y tostadas.

—Parece que se conocen —comentó.

—Lo acaba de escuchar —replicó Fitzgerald, y al ver que la mujer no se retiraba, agregó—: ¿Por qué no va a levantar una tormenta de polvo en una de las alcobas, señora O'Reilly? Kate gritará si la necesita.

La señora resopló en señal de desaprobación y dijo a Kate:

—Si me necesita, hágalo, querida.

Cuando se marchó, él comentó:

—Tengo la impresión de que ya no soy su niño consentido.

—¡Yo nada dije!

—No, supongo que echaste a correr en cuanto ella mencionó mi nombre.

—¿Cuál nombre? —preguntó airada—. El portero lo conoce por su alias.

—Se dice "seudónimo" —la corrigió con ironía—. Y estoy de acuerdo en que actué de forma no muy honrada, pero escribo bajo el nombre de Holstein. Si acaso te interesa…

—¡No me importa!

—… estoy buscando una buena secretaria —concluyó, ignorando su interrupción.

—¿Cree que yo trabajaría para usted?

—Podía ser peor. Después de todo, trabajaste para Howard, quien, a propósito, te envía sus disculpas.

—Usted lo obligó a… tenderme esta trampa, ¿verdad?

—Digamos que lo persuadí. —Ya vi sus métodos…

—Lo merecía —dijo Van con indiferencia y se levantó para servir el té— . ¿Leche?

Kate asintió con la cabeza.

—¿Azúcar? —preguntó él, sonriente.

—No… gracias.

—¿Tostadas?

Movió la cabeza negativamente. Estaba demasiado alterada para poder comer.

—Bueno, ¿qué opinas? —le preguntó de repente mientras ella buscaba la forma de escapar.

—¿Acerca de qué?

—De ser mi secretaria —repuso con paciencia.

—¿Su secretaria? ¡No habla en serio!

—¿Por qué no?

Kate lo miró sin encontrar una respuesta razonable. Era exasperante, no tenía escrúpulos, y no soportaba estar con él en el mismo cuarto… pero además de eso… ¿Por qué no?

—Harás algo de investigación, descifrarás mis notas y escribirás a máquina mi manuscrito.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más?

Ella recordó el incidente en el parque y se sonrojó. El sonreía como si leyera sus pensamientos, y tal vez así era, pues dejó de hacerlo en cuanto ella intentó ponerse de pie.

—Eso es todo —le dijo—. Y si aún te preguntas por qué deseaba obtener tu número telefónico la semana pasada, era para darte otra oportunidad de recoger las

cincuenta libras. Escucha, necesito una secretaria y, de acuerdo con Howard, eres más eficiente que cualquiera otra que pudiera encontrar por medio de una agencia. Te pagaré tres mil más de lo que él te daba… y me haré cargo de tus impuestos. Así no tendrás que preocuparte.

—No estaba preocupada —le dijo, indiferente.

—Me alegro. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué ocurrió con su última secretaria?

—No me era útil, así que la vendí a los tratantes de blancas.

—Muy gracioso —replicó con indignación.

—Lo siento —dijo él sonriente—, pero tuve la sensación de que esperabas algo horrible. En realidad serás la primera. Igual que el libro.

—Creí que ya había escrito historias de guerra —dijo Kate, intrigada y se preguntó si eso sería otro invento de Howard, como todo.

—Hasta este verano, fui corresponsal —repuso Van.

—¿Corresponsal? ¿Quiere decir que escribió?… —Kate se interrumpió recordando los comentarios de la señora O'Reilly.

—Historias de guerra —terminó con una sonrisa sarcástica—. De cierta forma, el libro tratará de eso. No eres remilgada, ¿verdad?

—No, no lo creo, pero…

—Bien. ¿Podrás empezar mañana?

—Bueno, yo…

—Perfecto. Estás contratada.

—Pero…

Capítulo 6

—Pero, ¿aceptaste el empleo? —preguntó Sally después de escuchar el relato de Kate.

—No lo sé. Ni siquiera me dio la oportunidad de contestar. Enseguida me presentaba con la señora O'Reilly como su secretaria.

—Debiste decir algo.

—Me dejó perpleja. ¡Es corresponsal de guerra! Parecía ridículo.

—No lo sé. De cualquier modo, tiene el valor suficiente para ello.

—¡Oh, sí, lo tiene! —aceptó Kate. Sus ojos brillaban de ira—. Pero los corresponsales son periodistas que tienen ideales, integridad. Yo dudo de que Fitzgerald haya tenido un pensamiento serio en toda su vida, y mucho menos que haya sentido respeto por la verdad.

—Quizá sea diferente en su interior —sugirió Sally—. Después de todo, si te engañó lo hizo con buenas intenciones.

—¿De veras?

—Claro… te ofreció un empleo. Fue muy amable, ¿no?

—¿Lo fue? —la expresión de Kate era escéptica.

—Podía haber conseguido una buena secretaria por ese sueldo.

—Gracias, Sally.

—No fue mi intención ofenderte, cariño —aseguró sonriente—. Sólo quiero decir que no tenía necesidad de contratarte, por eso digo que fue amable contigo.

—Es probable que sepa que estoy desesperada.

—Y si es así, ¿no te parece que su actitud es más amable por eso? —discutió Sally.

—No necesariamente. Apuesto a que ha entrevistado a una docena de chicas, sólo que ninguna estaba desesperada para aceptar trabajar con él.

—Oh, no sé. Puede desagradarte, pero me parece un personaje interesante.

—También lo era Ghenghis Khan —replicó Kate—, pero no creo que hubiese encontrado muchas voluntarias que escribieran sus memorias.

—Oh, Kate, no puede ser tan malo —Sally rió.

Iba a contestar que lo era, pero se contuvo. Hizo una mueca y sonrió, demostrando que conservaba su sentido del humor.

—Es un sueldo muy bueno para una secretaria,

¿verdad? —Eso temo —confirmó Kate. —¿Qué quieres

decir?

—¿Nunca escuchaste la expresión… "una oferta que no se puede rechazar"?

—Con frecuencia —contestó Sally—. Al menos es mejor que las ofertas que yo recibo en el club. ¿Lo aceptarás?

—Supongo que sí.

—¡Anímate! Creo que estás obrando con sensatez.

—Sí —aceptó Kate de mala gana.

Sus sentimientos no habían cambiado la mañana siguiente. La misma mezcla de resignación y disgusto la hizo presentarse a trabajar… aunque llegó muy tarde.

No había motivo. La alarma del reloj había sonado, el autobús que iba a Lancaster Gate llegó a tiempo y no encontró obstáculos en su camino a Kensington Gardens. Sin embargo, se las arregló para perder media hora caminando por el parque.

Aún así, no buscó excusa para su retraso; sólo imaginó una escena en la cual Fitzgerald, enfurecido por su evidente indiferencia, la despedía en el acto. Así no tendría que sufrir quién sabe cuántos días… horas… hasta descubrir que era imposible que trabajaran juntos.

Aún preocupada, llamó a la puerta y él abrió. La miró en silencio por un momento y luego sonrió al notar su incertidumbre.

—Buenos días, Kate. ¿Sucede algo malo?

—¡Llego tarde! —contestó.

—Te creo. La señora O'Reilly acaba de hacer café, entra.

Se sentía burlada mientras lo seguía a la cocina. ¿No sabría Fitzgerald cómo tratar a sus empleados? Van le indicó que se sentara frente a él a la mesa de la cocina, le sirvió el café y preguntó si quería leer el diario.

—Yo… er… —Kate titubeó.

—No irá a enterrar la cabeza en el diario, ¿verdad? —demandó la señora O'Reilly—. Ahora tiene algo que ver.

—No, creo que no —él dobló el periódico.

—No, de veras, no me molesta —ofreció Kate, nerviosa.

—No lo anime, querida. Desperdicia la mitad de su vida leyendo. No es bueno para el cuerpo.

—Ah, ¿y qué dice del alma, señora O'Reilly? —la retó Van.

—No lo es eso que usted lee.

Fitzgerald sonrió y Kate tuvo que ocultar una sonrisa. El diario era uno de los más respetables del país, y se preguntó cuál sería la lectura que la señora O'Reilly aprobaría. Pronto lo supo.

—Si leyera la Biblia… Esa sí es lectura para el alma.

—Amén —repuso Fitzgerald.

—Es un renegado, ¿sabe? —le confío a Kate, quien estaba desconcertada.

—Un católico renegado —explicó Fitzgerald y se puso de pie—. Voy a llevarme a Kate, antes que le revele mis malas cualidades.

—El día no es lo bastante largo —dijo la señora y él rió.

—¿Siempre le habla así? —le preguntó Kate cuando salieron de la cocina.

—Sí; la señora O'Reilly cree que parte de sus deberes es preocuparse por mi alma inmortal, así como del trabajo de la casa.

—¿Y a usted no le molesta?

—No lo hace con mala intención —Kate sonrió por primera vez.

Sin embargo, su sonrisa se esfumó cuando entraron en el cuarto contiguo, a la sala. Era el estudio y si el día anterior estuvo desordenado, esa mañana el cuarto era una zona de desastre.

—La señora O'Reilly no entra aquí —dijo él cuando la vio mirar alrededor.

—Eso veo.

—Cambia las cosas —agregó Van a modo de explicación.

Kate se preguntó si aquello sería una advertencia sutil.

Notó el pequeño escritorio en la esquina, cerca de la ventana. En contraste con el resto del cuarto, estaba muy ordenado, pero quedó muda al ver lo que había sobre él.

—¿Sucede algo? —preguntó el estadounidense.

Kate señaló el objeto que semejaba un televisor con teclado.

—¿Eso es para que yo lo utilice?

—Es una micro-computadora.

—Sé lo que es —replicó indignada.

—Me alegro —sonrió y dijo con aire de satisfacción—: La computadora tiene instalado un procesador de palabras y un corrector. La idea es que no tendrás que volver a mecanografiar mi manuscrito. Sólo haces un borrador, yo lo corrijo y tú sencillamente insertas los cambios que sean necesarios. De esa manera no te aburrirás con el libro… bueno, al menos, no te aburrirás mucho.

Sonrió en espera de sus comentarios, pero Kate seguía mirando con horror aquel equipo.

—Lo compré especialmente para ti… pensé que te agradaría —continuó en silencio.

—Supongo que no se le habrá ocurrido pensar que yo no sabría usarla —dijo al fin, al concluir que él sólo deseaba humillarla.

—Oh, eso no es problema —aseguró Van—. El vendedor dijo que era cosa de niños. Tú sólo escribes en el teclado y las palabras aparecen en la pantalla.

Kate ya sabía eso por las explicaciones de su hermano, y de pronto tuvo la clara impresión de que tampoco Fitzgerald sabía mucho del tema. El equipo ni siquiera estaba conectado, lo cual demostraba que él no había tratado de usarlo.

—¿Debo poner lo que escriba en eso? —indicó una caja pequeña que estaba junto a la impresora y cuando él asintió con la cabeza, ella tomó el cable—. ¿Y en dónde debo conectarlo?

—Creo que por allí —dijo él mirando detrás del tablero.

Había una fila de contactos que se identificaban con iniciales.

—¿En cuál? —insistió Kate, irónica.

—No será muy difícil acertar —replicó él con irritante seguridad.

—Bien —dijo ella y ocultó su mirada divertida cuando él alzó la cabeza. Esperó con verdadero placer a que Van hiciera el ridículo; él tomó el instructivo.

—Aquí tiene —le dio el manual—. ¿Por qué no me marcho y juegas un poco con esto?

—Pero… —protestó Kate.

—¿Sí? —él se volvió desde la puerta y ella notó que gozaba.

—¡Nada! —estalló, furiosa.

—Te veré más tarde. ¡Que te diviertas!

Tuvo que dominarse para no arrojarle el manual a la cabeza. Al principio, aquella jerigonza la dejó aturdida, sin embargo, después descubrió que había aprendido mucho con las charlas de Johnny sin haberse dado cuenta. Y agregando eso a lo que indicaba el manual, pudo por fin descifrar lo básico.

Conectó la pantalla y el teclado, y copió el párrafo preliminar del manual y observó, maravillada, que el texto aparecía en la pantalla; enseguida puso la información en uno de los pequeños discos.

Cuando él regresó, a medio día, el impresor reproducía lo que ella había mecanografiado.

—Te felicito —comentó con algo que a ella le pareció sarcasmo.

—Como usted dijo, no es tan difícil. Las computadoras suelen intimidar a las personas que no tienen experiencia, pero no son tan complicadas. Lo único que se necesita para entender lo esencial de su manejo es paciencia, y una pizca de inteligencia.

—¿Crees que yo pueda aprender? —le preguntó, muy divertido.

—No lo sé, señor Fitzgerald.

—Llámame Van.

—Prefiero no hacerlo.

—¿Por qué? Tuteabas a Howard.

—Sí, pero había trabajado con él durante algún tiempo.

—Espero que también trabajes para mí durante algún tiempo.

¿De veras?, se preguntó Kate dirigiéndole una mirada escéptica. Todavía pensaba que trabajar para él resultaría imposible.

—Yo no te contraté temporalmente, lo sabes —continuó, mostrando una vez más la molesta habilidad que tenía de leer su mente—. A diferencia de Howard, no tengo planes para regresar a los Estados Unidos en el futuro. ¿Quién sabe?… Si actúas de forma adecuada, tal vez sigas conmigo en los próximos años.

—En ese caso, quizá pueda darme algo de trabajo —replicó ella con una falsa sonrisa—, para poder impresionarlo.

—Oh, pero si ya lo has logrado —la miró de forma sugerente—. Eres hermosa, además de inteligente. ¿Qué, más puede pedir un hombre… de una secretaria?

—¡Paciencia infinita! —replicó Kate, quien sentía que su paciencia empezaba a agotarse.

—Muy bien, dulce Kate. Te daré mis apuntes.

Hurgó entre los papeles amontonados en el escritorio hasta que encontró una carpeta.

—Puedes empezar después del almuerzo —dijo Van dejándola sobre su escritorio—. Supongo que no almorzarás conmigo.

—Supone bien. Traje unos emparedados.

—De acuerdo —se encogió de hombros y salió.

Kate almorzó en veinte minutos y volvió su atención al manuscrito con el mismo interés que había puesto en la computadora. No deseaba que él creyera que estaría dispuesta a pasar años a su servicio, mas tampoco quería parecer incompetente. Era cuestión de orgullo.

Sin embargo, su confianza vaciló al pasar las hojas. Todas las páginas tenían la misma letra desordenada e irregular. ¿Cómo demostrarle su eficiencia si sólo interpretar su espantosa escritura le llevaría toda la vida?

Le tomó toda la semana familiarizarse, tanto con el procesador de palabras como con la letra de Van, antes de mecanografiar con alguna velocidad. Pero su lento progreso no molestaba a Fitzgerald. El sólo se encogía de hombros y decía que no tenía ninguna prisa.

Casi no lo vio durante la primera semana. El no acostumbraba dictar, como lo hacía Howard, sino que prefería trabajar por la noche, lo cual, de acuerdo con la señora O'Reilly, era la causa por la que se levantaba tarde por la mañana. Además, desaparecía por las tardes para una sesión de fisioterapia en una clínica de Londres, lo cual apoyaba la suposición de Kate de que su cojera era reciente. Sin embargo, la irlandesa decía muy poco acerca del accidente y cuando se refería a ello, lo hacía con voz baja y lo llamaba "la tragedia".

De cualquier modo, entre sus ausencias y el hecho de que se levantaba tarde, Kate sólo recibía alguna visita ocasional de él; las cuales eran bastante molestas, pues entraba en el estudio, se inclinaba sobre el escritorio de ella y hacía comentarios cada vez más provocativos, hasta que Kate no podía conservar su aparente indiferencia. Y cuando la irritaba lo suficiente para estallar, se marchaba de nuevo, sonriente. Era como un juego… un juego en el que ella nunca dominaba.

Van Fitzgerald la desconcertaba, podía parecer un jefe bondadoso, pero ella no olvidaba algunos incidentes que hablaban de un lado distinto del hombre… una naturaleza cruel y dura que tenía muy poca similitud con el "hombre encantador" que la señora O'Reilly elogiaba. Y era difícil juzgar la verdad a medida que se adentraba en el tema de su novela.

Al principio le pareció muy distinta de una historia de guerra, los primeros capítulos giraban en torno a la infancia de dos muchachos estadounidenses, uno de ellos procedía de una granja en una región apartada de Tennessee, el otro era hijo de un banquero prominente. Nada había de romántico en la pobreza de Billy y su familia, en una vida dura que no había cambiado durante generaciones. Y si Patrick estaba en el extremo contrario, pues creció en un ambiente de abundancia en Nueva Inglaterra, había algo malsano en la estricta disciplina que ejercía un padre ambicioso. Kate se interesó tanto en aquella fuerte caracterización que continuó leyendo durante la hora del almuerzo.

Y mientras los muchachos llegaban a la adolescencia en mundos tan distintos, y los Estados Unidos se veían envueltos en la guerra de Vietnam, Kate se dio cuenta de que todo aquello era deliberado, como el hecho de que debía parecer un acto de locura total que los dos fueron llamados al servicio a miles de kilómetros de distancia, a un país del que Billy apenas había oído hablar.

Por lo menos, esa fue la forma como Kate interpretó la escena en que los dos jóvenes se encontraron en el mismo campo de entrenamiento. No sabía si lo había leído correctamente, pues al contrario de Howard, Fitzgerald no deseaba comentarios acerca de su trabajo, y si eso significaba que no le interesaba la opinión de ella, mejor. No podía haberle mentido, y tampoco se imaginaba ofreciéndole una opinión objetiva. Por lo contrario, sospechaba que ella haría evidente su incredulidad y le preguntaría si de veras él había escrito aquella prosa sensible y emotiva.

Después de la segunda semana ya había producido una gran cantidad de pruebas para que él las corrigiera y Van le preguntó si deseaba hacer algo de investigación. Por primera vez Kate respondió con entusiasmo, confesó saber muy poco de Vietnam y él le proporcionó una lista de datos para que los verificara.

Pasó los días siguientes recorriendo Londres, consultando las bibliotecas y hemerotecas. Cuando Van le preguntó cómo iba todo, pudo presentarle una lista ordenada de respuestas muy extensas. Y no pudo evitar la satisfacción que sintió cuando él dijo:

—Eres una joven muy inteligente, Kate Gregory.

Tuvo otra oportunidad de impresionarlo cuando él comenzó a cruzar correspondencia con un profesor de historia en la Sorbona, un experto en los años del

dominio francés en Vietnam. Van le había escrito, pero era evidente que el francés no dominaba el inglés y por eso contestó en su idioma. Cuando Van le pidió que buscara un traductor, ella se ofreció a hacerlo y borró de sus ojos la mirada de duda al traducir de inmediato la primera página de la carta.

Empezó a descubrir que no era imposible trabajar para él; ni siquiera desagradable. Sin embargo, después de un mes todavía le tenía desconfianza. Van Fitzgerald podía salir riendo de situaciones embarazosas, apoyado en su encanto, pero también era capaz de escribir la conmovedora historia de Patrick y Billy, cuyas vidas cambiaron y fueron destruidas por algo que nunca debió suceder. Kate dudaba que él quisiera tener como empleada a la hija de un hombre que había hecho su fortuna traficando con armas, así que, aunque llegó a admirar su trabajo, decidió mantener sus reservas.

Pero él no parecía ansioso de hacer que su relación cambiara. Por eso, no estaba preparada para la invitación que le hizo mientras le dictaba una carta. Ella lo tomó todo en taquigrafía antes de darse cuenta de que no era posible que le pidiera al profesor en París que lo acompañara a una cena-baile.

—¿Que si aceptaría qué cosa? —preguntó.

—Acompañarme a una cena-baile —dijo él con una sonrisa.

—Lo siento… tengo un compromiso este fin de semana.

—De no ser así ¿aceptaría?

—Quizá —murmuró.

—Entonces, tengo suerte, porque no es este fin de semana.

"Espléndido", pensó Kate preguntándose cómo iba a salir de ésta con diplomacia.

—¿Cuándo será? —preguntó con fingido interés.

Y él fingió creerle:

—¿Cuándo estarás libre?

—Para ser sincera, preferiría que conserváramos nuestra… asociación en su situación actual —dijo con firmeza. Sin embargo, el silencio de él la obligó a continuar—: Y, no creo que sea conveniente que nos tratemos socialmente, si deseamos conservar una relación apropiada entre un jefe y su secretaria.

Kate pensó que aquello sonaba muy anticuado y él pensó igual:

—Cielos, señorita Gregory —imitó su tono altivo—. ¿Qué cree que le propongo? Sólo la invitaba a que me acompañara como mi secretaria.

—¿De veras?

—Sí. E intentaba pagarle por su tiempo extra.

¿Querría tentarla?, se preguntó Kate y se sintió ofendida. Recordó la impresión equivocada que Van recibió de ella sobre los deberes sociales que había desarrollado para Howard.

—¿No le resultaría más económico invitar a una de sus amigas?

—¿Amigas?

—Recuerde que yo recibo sus llamadas —además de Bárbara, había una Aimi, una Jill y una Ellen… hasta ese día.

Cierto era que Ellen resultó ser su hermana, quien también vivía en Inglaterra, con su marido inglés.

—Son sólo amigas —dijo sonriente—. Y aunque quisiera invitar a algunas de ellas, no creo que se divertirían. Es una cena de premiación para la Asociación de Periodistas de Política y Economía.

—No creo que sea tan aburrida si se trata de una cena-baile.

—Tal vez no lo sea para algunas personas —aceptó—, pero olvidas que ya no bailo.

Kate lo había olvidado… por completo. Pasaron semanas sin que notara su cojera. Era una parte insignificante de él, eclipsada por otras características tales como su exasperante sentido del humor.

—En realidad, lo había olvidado —confesó—, y no creo que sea importante.

—Exactamente… tú no lo crees. Es más, estoy seguro de que bailar conmigo sería un inconveniente para ti. Por eso te invito como mi secretaria *social*, en lugar de alguien que esperara divertirse.

—Comprendo —dijo con indignación—. Me paga para que me aburra.

—Si quieres tómalo así —replicó entrecerrando los ojos—. Escucha, lo único que deseo es tu compañía para una ocasión muy formal. Pero si es mucho pedir, estoy seguro de que podré soportar las miradas de los curiosos que me vean asistir solo.

¿Tenía que plantearlo así?, pensó Kate notando la tristeza en su voz. Nunca lo había escuchado así antes, y sabía que la manipulaba con el objeto de que lo compadeciera. Tuvo éxito.

—¿Traje de etiqueta?

—Sí —confirmó él.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche. Sé que te aviso con poca anticipación, pero yo mismo no estaba decidido a asistir.

"Ya somos dos", pensó Kate, pero asintió con la cabeza cuando él le preguntó si estaría libre la noche siguiente.

Capítulo 7

—¡Estás fabulosa! —exclamó Sally—. Es el vestido más hermoso que he visto en mi vida.

—¿No te parece pasado de moda?

El vestido era un diseño exclusivo y suntuoso, con el corpiño de terciopelo azul oscuro y una falda de tafeta, larga y de amplio vuelo, en azul más claro, con hilos de oro intercalado… pero tenía más de dos años.

—¡No seas tonta! —Sally rió—. Tiene una elegancia sin tiempo. Y esa gargantilla de terciopelo es muy adecuada… mejor que cualquier alhaja.

—Sí, es muy bonita —reconoció Kate y tocó la cinta de terciopelo azul que hacía juego con el vestido—. Pero me siento casi desnuda. Quizá debía soltarme el cabello.

—¡Ni lo pienses! —gritó Sally, defendiendo la forma en que había apilado su cabello en lo alto de la cabeza—. El objeto de un traje sin tirantes, como éste, es mostrar los hombros.

—Sí, pero…

—Por Dios, Kate, cualquier hombre estaría orgulloso de que lo acompañaras. Y aunque tu jefe esté loco, no será la excepción.

—Gracias por tu apoyo moral Sally… y por prestarme el chal. Es precioso.

—Sólo te pido que no te ocultes bajo él toda la noche —le dijo en broma.

—Podría tener frío —dijo Kate.

—¿En el *Royal Maitland*? Kate, es uno de los lugares más lujosos de la ciudad… Y demasiado respetable para que tu jefe intente atacarte.

—Sally, ¿cuántas veces te he dicho que me invitó sólo porque no quiere obligar a sus amigas a pasar una noche aburrida?

—Oh, me lo has dicho como diez veces —replicó Sally—. ¿A qué hora pasará a recogerte?

—No vendrá por mí. El hotel queda cerca de su casa, así que es más sencillo tomar un taxi y encontrarlo allá.

Pero el destino y el tráfico entre *Notting Hill* y el *Royal Maitland* fueron la causa de que llegara con más de veinte minutos de retraso.

Por fortuna, cuando el portero la guió hasta el bar, cerca del salón de fiestas, vio que Van se abría paso entre la gente.

—Kate, pensé que no…

—Sé que estoy retrasada, pero…

Comenzaron a hablar al mismo tiempo y sonrieron.

—Usted primero —pidió Kate, pero Fitzgerald olvidó cualquier cosa que intentara decir cuando el chal se deslizó de los hombros de Kate. Guardo silencio tanto tiempo que ella creyó que la expresión de su rostro era de horror.

—Me dijo que se requería traje de noche, y éste es el único que tengo. Lamento que no le parezca adecuado.

—¿Adecuado? —repitió él—. Diablos, estás… ¡devastadora!

El lucía un traje de etiqueta; estaba tan atractivo que tuvo que hacer un esfuerzo para no mirarlo boquiabierta.

—Gracias. Y usted parece… muy distinguido, señor Fitzgerald.

—¿Distinguido? Creo que es lo más amable que me has dicho, dulce Kate —bromeó. Mientras caminaba a su lado entre la gente, lo saludaron muchas personas; llegaron al bar donde se encontraron con una pareja de mediana edad—. Ella es Kate —dijo como si ya la hubiese mencionado a sus amigos.

—Encantada de conocerlos —dijo, consciente de sus miradas de interés.

—Barbara Davies —la señora se presentó, sonriente, y dirigió una mirada irónica al hombre que estaba a su lado—. Y este monstruo es mi marido Owen… Owen, deja de mirarla así y saluda.

—Lo siento. ¿Cómo la miraba?

—Como un buitre —repuso su esposa, divertida—. No te avergüences, Kate. Ya sabes cómo son estos hombres maduros.

—¡Maduros! Eso me ofende —protestó Owen, fingiendo indignación.

—Owen era mi editor —explicó Van a Kate.

—Sólo uno de tantos —aclaró Owen—. Este hombre trabaja de forma independiente, lo cual me parece muy bien, pues por lo que sé, ha reñido con todos los editores en una o en otra ocasión.

Kate lo creía, pero Barbara se apresuró a salir en su

defensa. —Sólo porque son muy egoístas, ¿verdad, Van? —

Megalómanos —confirmó Van.

—Esa es la palabra —Barbara miró de soslayo a su esposo quien parecía divertido.

—No les hagas caso, Kate. Yo soy el más bueno de los hombres. Y dime, ¿desde cuándo conoces a nuestro amigo yanqui?

—Hace un mes que trabajo para el señor Fitzgerald —replicó Kate.

—¿Señor Fitzgerald? —Owen alzó las cejas, divertido.

—Kate cree en guardar las formas —intervino Van, irónico.

—Oh, pero pensé… —Owen miró a Kate, sorprendido—. Entonces, tú eres sólo…

—Mi secretaria —aclaró Van.

—Dios, pensé…

—Sí, Owen —interrumpió su esposa—, sabemos qué pensabas.

Lo dijo con mucha seriedad, pero Van continuó.

—Cuando ustedes insistieron en que asistiera a esta fiesta, tenía problemas para encontrar quién me acompañara y Kate se apiadó de mí. ¿No fue así, Kate?

—Sí —confirmó. Van hacía que la verdad pareciera ridícula.

Así le pareció a Owen quien rió y dijo:

—Apenas lo puedo creer, Van. Recuerdo que antes…

—Owen querido —volvió a interrumpir Barbara—. ¿Por qué no nos llevas a nuestra mesa?

Kate y Van los siguieron; el escritor murmuró:

—Ahora que has dejado bien clara la base de nuestra relación, ¿qué te parece si te relajas un poco?

—¿Qué quiere decir?

—Que si pudieras omitir ese respetuoso "señor Fitzgerald", te lo agradecería mucho.

A pesar del sarcasmo, Kate comprendió que tenía razón. Pero no le iba a decir que su tensión se debía a sus nervios. Y se quedó callada mientras él la llevaba al salón donde servirían la cena.

Como Sally dijo, era un ambiente en extremo lujoso; su mesa estaba puesta para seis parejas y ellos fueron los últimos en llegar. Kate se sentó entre Owen y un hombre más joven llamado Tom. La animada charla indicaba que la mayoría ya se conocía y recibieron a Van de forma muy cálida.

Era obvio que lo estimaban y Kate supo por qué. El nunca dominaba una conversación, pero su encanto y buen humor eran contagiosos.

Además, era un acompañante atento; tal vez tomó la reserva de ella como timidez y la incluyó en la conversación para que se sintiera cómoda con sus amigos. Aún cuando ambos hablaban con otras personas, de vez en cuando él la miraba y poco a poco, a Kate no le fue difícil responder a sus sonrisas.

La ceremonia de premiación tuvo lugar después de la cena. La entrega de premios resultó menos larga que otras, y los discursos de aceptación, en general, fueron interesantes. Por lo menos le fue posible escuchar con atención hasta que llegó la segunda entrega, seguida del discurso de un ostentoso periodista en economía que fue tan largo como aburrido. Conteniendo un bostezo, Kate notó la sonrisa de Fitzgerald y casi a un tiempo alzaron los ojos y sonrieron.

No obstante, volvió a verlo cuando por fin concluyó el discurso y murió el aplauso. El ya no sonreía, y la observaba con una expresión profunda que nada tenía que ver con la ceremonia.

Eso fue evidente, pues no hubo vacilación en su mirada cuando el maestro de ceremonias decía:

—… quizá el de más prestigio en el periodismo británico, aunque este año se otorga a un extranjero, quien se ha hecho merecedor de él por sus reportajes de la guerra civil en Bowchasa… en realidad, por una década de periodismo excepcional me refiero a…

Van Fitzgerald no fingió asombro cuando escuchó su nombre. Durante unos segundos, mientras resonaba el aplauso en todo el salón, pareció no entender qué sucedía.

Owen se inclinó hacia él y tomó su mano para felicitarlo.

—"El Mensajero", hombre. Una verdadera sorpresa, ¿eh?

Era evidente que para Owen no era una sorpresa. Y, consciente de ello, Van murmuró.

—Cuando regrese aquí, te voy a asesinar, Owen —se levantó para recibir el premio.

—Creo que lo dijo en serio —rió el editor.

—Usted lo sabía, ¿verdad? —dijo Kate.

—Me pidieron que asegurara su asistencia este año. Si él hubiese sabido del premio con anticipación, no habría venido.

Kate se preguntó por qué. Lo vio estrechar la mano del magnate del periodismo que le entregaba el premio y sin ponerse nervioso, Van se acercaba al micrófono para decir su discurso de agradecimiento:

—Damas y caballeros, me siento muy honrado de recibir este premio… especialmente ahora. Como algunos saben, acabo de retirarme de sus filas. "El Mensajero" —continuó, levantando en sus manos la estatua de plata—, me servirá para recordar a las personas que he conocido en estos años. Siempre he creído en lo que nosotros tratamos de hacer… y siempre estaré orgulloso de haber sido uno de ustedes. Por ese privilegio y por este premio, muchas gracias.

Era el discurso más corto de la noche, pero su sinceridad fue indiscutible y el aplauso ensordecedor.

Kate aplaudió tanto como los demás y al ver que algunos hombres se levantaban para estrechar su mano, recordó la ocasión en que Howard lo describió como un hombre digno de conocerlo. De pronto se sintió perdida, y supo que no lo conocía.

Al pasar junto a una mesa lo detuvo un hombre y Owen murmuró con desdén:

—Cutler. Apostaría a que le está ofreciendo trabajo.

—¿Cutler? —preguntó Kate.

—El editor de uno de los dominicales. Tal vez cometerá la estupidez de ofrecerle a Van una sub-dirección.

—¿Y eso es malo? —inquirió Kate.

—No para alguien a quien le agrade la vida tranquila, pero Van es un corresponsal, dudo que acepte un trabajo de escritorio como compensación de su incapacidad física.

—¿Cuánto tiempo hace que sufrió el accidente? —preguntó Kate.

Owen la miró, perplejo, y contestó:

—Van no sufrió accidente alguno.

—Pero yo supe… supuse que se había accidentado en un auto, o algo así.

—No, nada de eso —era claro que Owen no quería decir más, pero Kate lo miró fijamente hasta que él cedió—: Muy bien, tal vez debas estar enterada de la forma en que sucedió. Hace seis meses, Van se encontraba en Bowchasa, un pequeño país de África Occidental, reportando otra sangrienta guerra civil. Cuando sus historias comenzaron a llamar la atención, el régimen oficial decidió que sus reportajes no eran aceptables, así que unas tropas del gobierno se lo llevaron y lo internaron en la maleza, donde le dispararon. Le dieron por muerto, pero unos guerrilleros lo recogieron y se las arreglaron para vendarle la herida que tenía en el vientre. Sin embargo, no supieron tratarle la pierna y cuando estuvo en condiciones de que lo sacaran del país, el daño ya era permanente… No debí hablar tanto —dijo Owen al notar la palidez de Kate—. Van me matará si sabe que te he contado historias sangrientas.

—El nunca lo mencionó —dijo Kate.

—Sí, bueno, ya conoces a Van —dijo Owen, como si eso lo explicara.

Y Kate pensó de nuevo: "No, no lo conozco".

—No volverá él a esa clase de trabajo, ¿verdad?

—Podría hacerlo si quisiera, pero aunque dice que ya está retirado, sólo espero que *pueda* conformarse con hacer otra cosa.

—Ahora está escribiendo —indicó Kate.

—Quizá, pero Van es un escritor con mucha potencia para desperdiciar su tiempo produciendo novelas. Y si llegara a tener éxito, no imagino qué satisfacción obtendrá. Después de todo, con sus antecedentes, no necesita escribir un *best seller* —terminó Owen con ironía.

—Pues estoy segura que tendrá éxito —dijo enfática—. Usted no considerará importante la novela de ficción, pero creo que está equivocado. Una novela como la de Van conmoverá a más lectores que cualquier reportaje periodístico, porque en ella dice la verdad, porque cambiará los corazones y las mentes de los lectores. ¡Y eso es lo que cuenta!

Owen la miró sorprendido, Kate se quedó callada. ¿Qué hizo? Van Fitzgerald no necesitaba que ella defendiera su trabajo. Se dio cuenta de ello aun antes de volverse para evitar la mirada curiosa de Owen y descubrir que tenían público.

Por un momento Kate miró a Van con horror, recordando cada palabra que pronunció impulsivamente. Bajó la vista, ruborizada y deseó con desesperación encontrarse en otro lugar.

Owen era el único que estaba a la altura de la situación, y le dijo:

—Van… en este momento discutíamos tu libro. Parece que tienes una ardiente admiradora en Kate.

—Eso escuché —murmuró, distraído.

—Pero no en detalle —contestó Owen—. Temo que demostré cierta falta de fe en ti, y ella me ha puesto en mi lugar, de forma muy elocuente. Puedes considerarte muy afortunado en tener una… secretaria como ella.

—Oh, ya lo sé —dijo Van con tanta indulgencia que Kate se volvió a mirarlo. Sólo que ahora él sonreía, no estaba molesto. Y sosteniendo su mirada, le dijo a Owen—: y no me separaré de ella, Owen, así que no te hagas ilusiones.

—Ah, si tan sólo pudiera —suspiró—, pero como en ocasiones trabajo hasta muy tarde, prefiero tener una arpía de cincuenta años. Tú sabes cuan recelosas pueden ser las esposas —dijo eso para que lo oyera Barbara, quien charlaba con otra pareja.

—No creas lo que dice mi marido —le dirigió una mirada siniestra a Owen—. Por ese comentario que acabas de hacer, harás penitencia en la pista de baile.

Por la forma en que gruñó, el baile no era el pasatiempo favorito de Owen, pero se puso de pie, obediente.

—Son agradables —comentó Kate cuando se fueron a bailar.

—Sí —dijo Van—. Y es obvio que has impresionado a Owen.

"¿Bien o mal?", se preguntó Kate.

—A propósito, felicidades —murmuró señalando la presea.

—Gracias —contestó él y sonrió con ironía al darse cuenta de que cambiaba el tema.

—Es obvio que no la esperaba —continuó ella.

—No, aunque debí adivinar que Owen tramaba algo.

—Tal vez sabía que si hablaba, usted no asistiría.

—No sé si lo dices como un insulto o como un halago.

—Sólo quise decir que su discurso fue muy bueno.

—Oh —no parecía convencido—. Bueno, te creeré. Para ser sincero, no recuerdo lo que dije.

—¿No se puso nervioso?

—¿No me crees? He odiado hablar en público desde que era niño, y cuando lo hice, tartamudeé a lo largo de todo el discurso. Sólo tenía que decir unas cuantas líneas, pero hablé tan mal que casi terminé llorando.

Kate no pudo reprimir una sonrisa ante aquella imagen inverosímil.

—Quiere decir que fue un discurso en la escuela…

—No, fue en una de las reuniones de mi padre. El era candidato al Senado… por primera vez, si bien recuerdo. De cualquier modo, yo debía hablar en público para promover su imagen.

Aunque lo que decía era gracioso, Kate detectó en su voz cierta amargura.

—¿Y él ganó la elección? —preguntó.

—Sí, a pesar de mis esfuerzos. O tal vez conseguí para él el voto de compasión por tener un hijo tonto —rió.

—¿Y él se enojó mucho?

—Bueno, no me gritó o algo parecido; no es el estilo de mi padre. Pero después de ignorarme durante una semana, comprendí que no estaba muy contento con mi actuación.

—A usted no le agrada mucho su padre, ¿verdad?

—No mucho. Para ser sincero, hace tres años que no lo veo. Me desconoció cuando me convertí en corresponsal, después de que terminé mi servicio en Vietnam.

—El quería que usted fuera abogado…

—No era eso, pero sí, tenía planes distintos para mí.

—¿Y usted no los compartía?

—Oh, le seguí el juego. En realidad, pasé los primeros veintitrés años de mi vida así. Pero cuando salí de la escuela de leyes me reclutaron para Vietnam y entonces descubrí que había cosas peores que el disgusto de mi padre… —movió la cabeza y rió—. No sé por qué te aburro con estas cosas… aunque te estoy pagando por el privilegio.

—¿Tiene que expresarlo así?

—Lo siento, sólo bromeaba. Preferiría que habláramos de cosas más interesantes.

—¿Como qué?

—Oh, de ti, tal vez.

—Temo que he llevado una vida muy aislada comparada con la suya, señor Fitzgerald.

—Tengo la sensación de que no quieres que me entremeta en lo que no me importa.

No estaba segura de lo que debía contestar y sintió alivio al ver que los demás regresaban. Pero a Van no pareció agradarle la interrupción. Se puso de pie y acercándose a ella, le dijo:

—Vamos.

Tomó su mano y cuando él se detuvo a la orilla de la pista de baile, ella le preguntó, incrédula:

—¿Quiere bailar? Pensé que había dicho que ya no bailaba.

—He cambiado de parecer —la tomó de la cintura y sonrió—. No te preocupes, no voy a pisarte.

—No es eso lo que me preocupa.

—Sí, lo sé —replicó él—. Sin embargo, estoy seguro que puedo hacerlo.

Se movieron al ritmo de una lenta melodía; Van la acercó más a sí y puso su mejilla contra la de ella. Bailaron y bailaron, hasta que después sólo oscilaban al compás de la música.

—¿Te has quedado dormida? —murmuró Van, rozando su frente con los labios—. ¿Cansada?

—Un poco.

—Entonces, te llevaré a casa. No nos gustaría que llegaras tarde al trabajo, ¿verdad? —dijo con fingida severidad.

—No, señor —contestó, divertida.

Se despidieron de los demás y cuando salieron, inesperadamente Van comenzó a caminar por la acera. Kate sonrió, curiosa.

—Si piensa en acompañarme a casa caminando, señor Fitzgerald, le advierto que vivo muy lejos.

—No he caminado con una chica hasta su casa en muchos años.

—También ha empezado a llover —anunció ella.

—Así es. En ese caso, es mejor que corramos.

Un auto nuevo estaba estacionado al dar vuelta a la esquina del hotel. Kate vio que era un Mercedes.

—¿Es suyo? —preguntó y él abrió la puerta para que ella subiera.

—Bonito, ¿verdad? Me declararon capacitado para conducir la semana pasada y lo compré para celebrar. Sube.

Kate se hundió en la tapicería de un lujoso terciopelo marrón.

—Muy bonito —dijo cuando él estaba al volante—, pero debió costar una fortuna.

—No te preocupes; sé, de buena fuente, que mi libro tendrá un éxito enorme —Van sonrió y encendió el motor.

De camino a casa, Kate le dijo:

—Owen opina que usted volverá a trabajar como corresponsal.

—No lo he planeado —contestó él con indiferencia. —¿Lo extraña?

—A veces —aceptó después de pensar un momento—. Pero con los años he perdido la convicción de que puedo hacer que la gente cambie de opinión reportando los horrores de la guerra.

—Entonces, ¿no volverá?

Van captó su expresión de inquietud.

—¿Te preocuparía que lo hiciera, dulce Kate?

—Sí, por supuesto. Me quedaría sin trabajo.

—Creo que me merezco esto —repuso él, irónico.

El resto del camino Kate lo ignoró. Llegaron a la calle donde vivía sin que ella lo dirigiera; estacionó el auto y la acompañó a la puerta.

—Supongo que no me ofrecerás una taza de café —comentó cuando ella sacaba la llave de su bolso.

Kate no supo qué contestar.

—Estupendo —él tomó su silencio como una invitación y le quitó la llave de la mano—. Permíteme.

—Escuche, mi apartamento está en desorden y…

—No importa —él se encogió de hombros y abrió la puerta.

Tomando en cuenta lo desordenado que era, tal vez a Van no le importaba, pero cuando Kate encendió la luz, se quedó horrorizada al ver que el apartamento estaba en peor estado de lo que ella recordaba.

—Dios mío —dijo Van—. Creo que encontré mi alma gemela.

—Normalmente no está así… de veras —dijo en su defensa y comenzó a recoger algunas cosas.

—Está bien, déjalo —pidió riendo, pero eso sólo sirvió para que Kate, avergonzada, acelerara sus esfuerzos para poner un poco de orden. Van la detuvo y repitió con firmeza—: He dicho que dejes eso.

—No me tomará… —empezó a decir y se sorprendió cuando él le quitó de los brazos la ropa que llevaba y la arrojó, sin miramientos, sobre el sofá.

—¡Diablos, Kate! ¿Por qué tienes siempre que discutir? Hay tiempo para pelear y tiempo para… Para otras cosas.

¿Otras cosas? se preguntó al mirarlo a los ojos. Van alargó las manos hacia ella una vez más y la sujetó de los brazos desnudos. La acercó a sí, dándole la oportunidad de protestar, pero como no lo hizo, rozó su frente con los labios al tiempo que murmuraba:

—Sólo un beso, Kate —luego puso su boca en la de ella, de manera suave y persuasiva, hasta que Kate abrió los labios.

Aquella caricia se convirtió en un beso fuerte e incitante, y Kate de forma instintiva, le rodeó el cuello con los brazos, enredando los dedos entre su cabello y él gimió con satisfacción.

El chal se había deslizado por sus hombros al suelo, dejando su espalda desnuda para que él la acariciara. Luego Van bajó los labios a su cuello y ella tembló con una mezcla de placer, deseo y miedo.

No se dio cuenta de cuando él bajó el cierre del vestido hasta que sintió su mano en un seno. Kate gimió de deseo mientras que los dedos la acariciaban y excitaban; pero al fin, el miedo la obligó a resistir, un miedo, que la hizo estremecer cuando él la apretó contra sí y murmuró con la boca en su cabello:

—Te deseo tanto, Kate, tanto…

—¡No, Van! —trató de apartarse de él, presa del pánico.

Observó el cambio de expresiones en el rostro de Van, una mezcla de emociones que ella no entendía. Y tembló cuando la volvió a acercar hacia sí, pero ahora con suavidad.

—No tengas miedo, Kate, por favor —murmuró con voz baja, acariciando su espalda desnuda antes de volver a subir el cierre de su vestido—. Yo no te lastimaría, sólo deseaba… Bueno, creo que fue obvio. Pero jamás te forzaría, Kate, créeme.

Kate le creía y aquella forma de disculparse la hizo sentirse avergonzada de su comportamiento; con las mejillas ardiendo de vergüenza le dijo:

—Lo lamento. No debí permitir…

—No fue culpa tuya, Kate. Me precipité demasiado porque ahora sé… sé cuan equivocado estuve al creerle a Howard; ahora todo será distinto. Puedo esperar hasta… hasta que tú sientas lo mismo.

Lo miró sin saber qué contestar, deseando fingir que aquello no había sucedido.

—Escucha, ¿por qué no preparas café y charlamos? —sugirió Van.

Kate asintió, agradeciendo la excusa para retirarse a la cocina.

De repente Fitzgerald apareció en la puerta de la cocina y preguntó con sarcasmo:

—¿Tú usas esto? —tenía en la mano una corbata a rayas; era la corbata de la escuela de Johnny.

—No, es de mi…

—¿Y las camisas de hombre que están en el ropero?

—¿Has registrado mi ropero? —demandó indignada.

—Estaba abierto. Quería saber si la corbata que estaba sobre el sofá era lo único que había, pero no lo es, ¿verdad?

Kate vio su mirada de desprecio y enmudeció.

—No uses tu imaginación para darme una explicación inocente —continuó, equivocando el motivo de su silencio—. Puedo hacer uso de la mía.

—Sí, ¡y ya sabemos lo exacta que es!

—No obstante, merezco que me expliques el motivo por el cual no me dijiste que estabas mezclada con alguien más… en vez de fingir inocencia —dijo arrojando la corbata al suelo, junto a ella.

—¿Y cuándo se supone que debí decírtelo… antes o después que intentaras conquistarme de esa forma tan torpe?

—Antes que empezaras a enloquecerme con tus dulces gemidos. ¿O es esa la forma en que te diviertes… excitando a un hombre hasta ponerlo en ridículo?

—Oh, usted no necesita mi ayuda para eso, señor Fitzgerald.

—Señor Fitzgerald —repitió él a punto de explotar—. ¿De modo que vuelves a actuar como la secretaria decente? Bien, en ese caso, señorita Gregory, ¡sugiero que recuerde quién es el jefe la próxima vez que abra esa remilgada boca inglesa!

—Señor Fitzgerald, por lo que a mí concierne, usted y su trabajo, así como su maldito y estúpido libro, pueden irse a Bow… Bow… ¡Como quiera que se llame!

—Es la República Central de Bowchasa, señorita Gregory… y como ésa parece ser la opinión sincera que tiene de mi libro, ¡quizá será mejor que haga eso exactamente! —la furia con que habló dejó a Kate pasmada. Demasiado tarde se dio cuenta de que lo había lastimado con sus palabras irreflexivas. El se dio la vuelta y salió dando un portazo.

Muy tarde, Kate dijo, ahogándose:

—No lo dije en serio.

Capítulo 8

Kate aún llevaba puesto el camisón cuando abrió la puerta a Sally, dos días después. No se habían visto desde la noche de la cena.

—Creí escuchar la radio. ¿Es tu día de descanso? —le preguntó Sally y sin esperar respuesta continuó, emocionada—. ¿Ya la viste?

—¿Qué cosa?

—Tu fotografía… en uno de los diarios; en la página de sociales —le dio el periódico que llevaba en la mano y recitó el texto al pie de la fotografía—… "Michael Fitzgerald III y su acompañante". Eres tú, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

—Entonces, ¿todo eso es cierto? —preguntó Sally.

Kate leyó las primeras frases.

—Sí, le dieron un premio.

—No me refiero a eso —dijo Sally—. La otra parte, más abajo… acerca de su familia.

Intrigada, Kate volvió su atención al artículo y leyó:

"Además de ser un célebre periodista, Michael Sullivan Fitzgerald pertenece a una de las principales familias de Boston. Educado en la famosa Academia Militar de Leyton y después en Harvard, es hijo del prominente senador del mismo nombre, y se rumora que ha heredado una considerable fortuna de su abuelo materno, Samuel Joyce, antiguo presidente de Rymer, uno de los bancos mercantiles más poderosos de América. A pesar de su origen, Van, como lo llaman sus amigos, prefiere nuestras costas al igual que su hermana, lady Ellen Dryden, esposa del Sexto Conde de Sanderford".

Había más detalles, lo típico en las columnas sociales, pero Kate se alegró de ver que su nombre no había sido mencionado.

—Bueno, ¿es verdad eso? —Sally estaba impresionada.

—Sí, su padre es senador, pero de lo demás no estoy enterada. El posible —agregó al recordar el comentario que hizo él acerca de ser más rico de lo que aparentaba.

—¿Nunca te lo dijo?

—¿Por qué habría de hacerlo? No soy más que su secretaria —Kate hizo una mueca—. Corrección, sólo *era* su secretaria.

—¿Quieres decir?… —los ojos de Sally se agrandaron, primero con asombro y después, para horror de Kate, con deleite; continuó—: Bueno, no te culpo. Si hemos de guiarnos por la fotografía, es un hombre estupendo, además de estar forrado de dinero. Siempre sospeché que te gustaba… por lo mucho que decías odiarlo.

—¡Sally! —exclamó Kate—. ¡No fue eso lo que quise decir! Además de que me ofendes, es lo más tonto que he escuchado, tomando en cuenta…

—Tomando en cuenta, ¿qué?

—Tuvimos un desacuerdo, y decidí dejar mi empleo.

—Es decir… él te atacó y tú le dijiste lo que podía hacer con su empleo. ¿Correcto?

—Más o menos.

—¿Tuviste que forcejear para librarte de él?

—No exactamente.

—¿Y él tuvo que hacerlo contigo?

—¡Sally! —exclamó Kate riendo a pesar de sí.

—Estás loca —afirmó Sally—. ¿Por qué no le dijiste que tu huésped era un hermano de quince años?

—No me dio la oportunidad. Y de cualquier modo, no creo que tenga derecho a enojarse si yo vivo con alguien.

—No es cuestión de derechos; ese hombre siente algo por ti. Lo sé, ya me lo has dicho, pero ¿cómo explicas su comportamiento?

—Es obvio que está acostumbrado a que las mujeres lo acosen y no le gusta que no lo hagan. Puedo apostar a que si yo hubiese actuado así, ni siquiera me habría mirado dos veces.

—Quizá, pero yo no lo pondría a prueba —aconsejó Sally.

—No volveré a tener la oportunidad —contestó Kate con un suspiró.

Sally frunció el ceño.

—Esto te ha desquiciado, ¿verdad? Es decir, haber perdido el empleo.

—Sí —Kate creía que esa era la razón por la cual no podía olvidar aquella escena—. No sé si me dará una recomendación, y pueden pasar semanas para que consiga otro empleo.

—¿Quieres que pregunte si hay algo en el club?

—¿Podrías hacerlo, Sally? —Kate suplicó, esperanzada.

—Kate, si yo te recomiendo con Brian Court, el gerente, y tú lo dejas después de un par de semanas, me pondrías en una situación comprometida…

—Lo entiendo y no sucederá… te lo prometo —le aseguró—. Aunque consiga otro empleo como secretaria, puedo trabajar en club los fines de semana. Y ese dinero extra significaría mucho para mí.

Kate se vistió mientras Sally iba al teléfono, y aunque se estremecía cada vez que pensaba en trabajar en un club nocturno, rogaba porque hubiese algo para ella.

Sally regresó, sonriente.

—Estás de suerte. Una de las chicas renunció, y Brian se alegró de la oportunidad de contratarte. Claro que ayudó que le dijera que eres lista y guapa… y que habías trabajado en *Les Etoiles*… es un club nocturno en París. Un lugar de mucha categoría. Brian quedó muy impresionado.

—Pero, ¿y si investiga con ellos? —preguntó Kate alarmada.

—No es probable. Aparte de la barrera del idioma, llamar a París no es barato… y nuestro Brian es tacaño. De cualquier modo, cuando yo haya terminado contigo, sabrás repartir cartas con los ojos vendados.

Kate lo dudaba mucho, pero se dejó llevar por el entusiasmo de Sally. Primero estaba el asunto de adquirir un vestido adecuado, y después de revisar su guardarropa, Sally dijo:

—Demasiado decente, si es que me entiendes.

Kate no le entendió bien hasta que la llevó a las tiendas y la hizo que comprara tres vestidos. Eran baratos, llamativos, y de acuerdo con Sally, ideales para el *Genevieve*.

Regresaron a casa para una sesión de práctica que duró cuatro horas, en las cuales Sally le enseñó las reglas del juego así como todo un vocabulario de términos de los juegos de azar.

Kate estaba menos nerviosa cuando se encontró en la sala de juego del *Genevieve*. Como le dijo Sally, no era Montecarlo, pero tampoco era el tugurio que Kate imaginó. Y aunque Brian Court pasó las primeras dos horas rondándola, parecía más resuelto a mirarla con lascivia que a observar cómo repartía las cartas.

—Tendrás que vigilarlo… él se cree irresistible —advirtió Sally cuando iban en taxi de camino a casa.

Kate se encogió de hombros. Después de siete horas en la mesa de juego estaba demasiado cansada para preocuparse. Cuando se separaron en el vestíbulo, apretó el brazo de Sally y sonrió, agradecida.

—Gracias por todo, Sally.

—Fue un placer. Ojalá sobrevivas al fin de semana.

De alguna manera, sobrevivió, aunque el domingo por la noche estaba tan fatigada que durmió hasta por la tarde del lunes. Las propinas que recibió no cubrirían la colegiatura de Johnny, pero servirían de algo.

Iba a subir para volver a darle las gracias a Sally cuando vio una carta en su buzón. Regresó a su apartamento, abrió el sobre y sacó la nota, fechada el viernes anterior, y que decía:

"Querida señorita Gregory:

¿Debo suponer, por su ausencia de los dos últimos días, que desea dar por terminado su trabajo, oficialmente?

Fitzgerald".

¿Había esperado que ella regresara? No, eso no era posible. Pero lo que decía la carta lo implicaba. ¿O acaso le pedía su renuncia por escrito? Por fin le llevó la carta a Sally quien la leyó y comentó:

—Quiso decirte: "Regresa, todo está perdonado".

—Sally, a mí me parece lo contrario. Es más, dudo que la haya escrito Fitzgerald.

—De acuerdo, no está suplicando pero te ofrece una oportunidad. Yo, en tu lugar, al menos lo llamaría por teléfono. Después de todo, ¿qué pierdes?

Se dejó convencer por Sally de que debía hacerlo, pero él había salido, y aunque la señora O'Reilly se ofreció a tomar el mensaje, ella no encontró qué decir. Colgó sin esperar que él se reportara y cuando le avisaron que la llamaban por teléfono, creyó que sería su hermano.

—Johnny —saludó con alegría.

—No; habla Van Fitzgerald. Creo que me llamaste.

—Sí, sí, lo hice —balbuceó, nerviosa.

—¿Y bien? —dijo Van al ver que su silencio se prolongaba.

—Recibí su carta y quería… quería decirle que lo lamento.

—¿Puedo preguntar qué lamenta, señorita Gregory? —le preguntó con sarcasmo.

¿Qué lamentaba? Eligió la única cosa de la cual podía disculparse con sinceridad.

—No debí decir que su libro era estúpido.

—No imagina el alivio que siento de escuchar eso, señorita Gregory —replicó aún con más sarcasmo—. ¿Hay algo más?

La tensión de colgar de golpe el teléfono era casi irresistible. Perdía su tiempo. Ni siquiera sabía si deseaba recuperar su empleo.

—Pensé que… —empezó a decir, pero supo que no podía seguirse humillando, y murmuró—: No me haga caso; no importa.

—¡No cuelgues! —él anticipó su intención con una fuerza tan inesperada que Kate se sobresaltó. Y después de una pausa, volvió a hablar con más calma—. Después de todo, uno nunca sabe… Pide y se te concederá.

—¿Sería posible que yo pudiera revocar mi renuncia, señor Fitzgerald?

—Te veré mañana —murmuró él al fin y cortó la comunicación.

Ella llegó temprano el día siguiente, sin tener idea de por qué le daba una segunda oportunidad y temerosa de su primer encuentro, sintió alivio cuando la señora O'Reilly le dijo que aún no se había levantado.

—Ha estado trabajando hasta muy tarde de nuevo —informó, al servirle una taza de café—. Pero no ha tenido mucho éxito, y está de terrible humor. Me alegro de

que haya regresado, querida —agregó la señora O'Reilly, sonriente—. Creo que usted lo va a poner en orden.

Kate no estaba segura de lo que eso significaba.

—Debo decirle que tuvimos una discusión la semana pasada.

—Oh, bueno, es de esperar con el temperamento de él —contestó, como si fuese otra de sus admirables cualidades—. Tiene el genio irlandés… igual al de mi marido Liam.

—¿Y cómo fue que lo puso usted en orden, señora O'Reilly?

—Oh, una mujer tiene distintas maneras de hacerlo, querida —replicó con una sonrisa maliciosa que hizo reír a Kate.

En eso estaban cuando una tercera voz interrumpió la conversación:

—Cuando haya terminado, señorita Gregory, tal vez no le moleste ponerse al corriente en su trabajo atrasado.

Ambas se volvieron y vieron a su jefe, todavía en bata, ante la puerta. Kate se sorprendió de aquella crítica. ¿Cuántas veces le había dicho él que no trabajara durante la hora de su almuerzo, y que tomara períodos de descanso cuando lo deseara?

—¿Quería decir algo, señorita Gregory? —inquirió, seco, al ver su expresión de sorpresa.

Kate contuvo el deseo de decirle lo que pensaba y él se marchó después de dirigirle una mirada severa.

Van estuvo de un humor negro toda la semana; nada de lo que ella hacía le parecía bien.

Ella no supo cómo empezó todo… si fue por el malhumor de Fitzgerald o por su nerviosismo, pero el viernes por la mañana Kate le preguntó, tentativamente, si podía adaptar su horario de manera que empezara a trabajar más tarde los lunes, y cuando él exigió que le explicara el motivo, no pudo contestar antes que él se marchara, dejando la pregunta sin respuesta. Kate supuso que aquella actitud significaba "no", y sólo deseaba que después de trabajar en el *Genevieve* hasta las primeras horas del lunes, no se quedara dormida.

Esa tarde, mientras ordenaba su escritorio, él apareció con una carta que había recibido del profesor francés y le pidió que la tradujera. Normalmente él le permitía estudiar primero las cartas del profesor, pero en esa ocasión tan pronto como la sacó del sobre, vociferó:

—¿Y bien, qué dice?

El francés de Kate era lo bastante bueno para sostener una charla informal, pero después de los saludos iniciales, el texto se volvió más complejo. Si Fitzgerald no hubiese arrugado el ceño cada vez que ella titubeaba, habría podido leer con fluidez la extensa misiva, pero por fin, después de una sarcástica interrupción, se sintió tan humillada que estuvo a punto de llorar.

—Lo siento… no puedo seguir —balbuceó y se puso de pie para tomar sus cosas, decidida a escapar antes de derrumbarse ante él.

Pero Van la sujetó de un brazo, y aunque ella inclinó la cabeza, él vio el brillo de las lágrimas en sus pestañas.

—Kate, ¿te encuentras bien?

—Sí —un sollozo ahogó su voz—. Por favor, permita que me marche.

—¿Volverás el lunes? —preguntó ansioso—. A la hora que quieras.

Confundida por el cambio repentino, Kate alzó la cabeza y observó la expresión desolada en su rostro. Asintió con la cabeza, y en cuanto él soltó su brazo, fue a la puerta.

—Todo será diferente, Kate, ya lo verás —dijo él a su espalda pero ella no se volvió.

Si lo hubiera hecho, él habría visto el temor y la desconfianza en sus ojos.

Capítulo 9

Pero si Kate tenía sus reservas cuando llegó a trabajar el lunes siguiente, la actitud de Van las disipó.

Ya no era el jefe ceñudo y tirano, sino que era el escritor amable y sonriente, y estuvo de acuerdo con la señora O'Reilly en que Fitzgerald podía ser un "hombre encantador" cuando se lo proponía.

Cuando Johnny llegó a casa a mediados de la semana siguiente, para un período de descanso a la mitad del curso, no tuvo que fingir el entusiasmo que sentía por su trabajo. Tampoco tuvo que esforzarse para exaltar las cualidades de Van cuando Johnny le pidió una descripción de su nuevo jefe.

Aunque quizá exageró un poco, pues cuando le dijo a Johnny que debía salir las tres noches del fin de semana… para no explicar lo de su trabajo en el *Genevieve*… su hermano de inmediato saltó a la conclusión de que era con el estadounidense con quien salía.

Por supuesto, después se dijo que fue una tonta al no haberlo desengañado, pero por el momento, eso había sido lo más conveniente; una mentira inofensiva que le agradara a Johnny y que a ella le evitara tener que decirle todo. Así fue, hasta un día, después de cuatro semanas…

Era un frío viernes a fines de noviembre y además del clima que deprimía el ánimo, había un paro en el sistema de transporte de Londres. Kate llegó a su trabajo muerta de frío y pensó en la manera de como volvería a casa para tomar un baño antes de ir a trabajar al club.

La señora O'Reilly le sirvió té caliente y pasó una mañana descansada, revisando todo el trabajo que Fitzgerald le dejó. El había ido a París para entrevistarse con el profesor, y lo esperaban de regreso esa noche.

Pero llegó cuando Kate y la señora O'Reilly almorzaban en la cocina; ella se sorprendió cuando lo vio parado ante la puerta, muy apuesto con una camisa blanca de seda y un traje gris. Y tal vez porque su apariencia la tomó desprevenida, experimentó un extraño placer porque había regresado antes de lo previsto.

Trató de no demostrarlo, pero sintió que se sonrojaba cuando él sonrió sin ocultar su alegría de volver a verla.

La señora O'Reilly lo saludó con alegría:

—¿De veras es usted, señor Van? ¿Y cómo está el alegre París?

—No tan alegre como dicen —contestó sonriente y se sentó con ella—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Muy bien —repuso Kate.

La señora O'Reilly fue más prolija:

—Bueno, además del clima… Kate llegó helada esta mañana con eso de la huelga… autobuses y el metro en esta ocasión. Por fortuna usted dejó su auto en el aeropuerto.

—Sí, aunque quedé atrapado en el tráfico desde allá.

—No habrá comido —dijo la señora O'Reilly y de inmediato fue a la estufa—. Pudín de carne e hígado… cociné para tres para estar preparada.

Mientras la señora servía, Kate aprovechó para escapar, murmurando algo sobre un trabajo imaginario. Se puso tensa cuando él apareció en el estudio a media tarde y la encontró asomada a la ventana. El sólo sonrió y sugirió:

—Si has terminado, ¿por qué no te marchas? Yo te llevaré a tu casa.

—¿Está seguro? Puede ser que el tráfico siga congestionado.

—En realidad, no tengo deseos de trabajar, y no tengo otra cosa que hacer.

Al recordar lo desagradable que fue caminar desde su casa al trabajo, Kate aceptó; había mucho tráfico pero a él parecía no importarle. Van le contó algunas historias divertidas acerca de su visita a la Sorbona. El profesor resultó algo excéntrico y aunque él decía que hablaba inglés, fue muy difícil entenderlo.

—Debiste acompañarme —dijo Van mientras ella reía de una de las peores confusiones que había provocado la barrera del idioma—. Te habrías divertido.

—Sí, tal vez —dijo ella sonriente—. Parece que es todo un tipo.

—Lo es —Van se rió y luego agregó—. Y yo lo habría disfrutado más si hubieras estado conmigo, Kate.

Lo miró para confirmar la seriedad con la que había hablado. Tenía la sensación de que esperaba que ella dijese algo, pero no pudo responder.

Había pasado más de un mes desde su última disputa, pero de vez en cuando él hacía algún comentario que amenazaba con romper aquella frágil paz que habían logrado.

Le pareció que tardaban un siglo en llegar a Notting Hill Gate y estuvo a punto de sugerir que la dejara bajar allí, en la calle, cuando divisó a Sally, quien caminaba hacia la casa con dos bolsas.

—Esa chica es mi vecina —dijo cuando la alcanzaban—. ¿Sería posible llevarla con nosotros?

—Claro —Van se apartó del camino y Kate bajó la ventana para llamar a Sally. Cuando estuvo instalada en el asiento posterior, Kate los presentó refiriéndose a él como el señor Fitzgerald.

El se volvió para estrechar la mano de Sally y dijo:

—Mucho gusto, y mi nombre es Van.

—Sí, Kate me ha hablado de ti; y hemos hablado por teléfono.

—¿De veras? Ah, sí, ya recuerdo —dijo—. Entonces, debo disculparme por hacerte la portadora de malas noticias en aquella ocasión particular.

—Está bien. Y gracias por llevarme.

—Encantado —sonrió de manera encantadora.

Sally le dirigió a Kate una mirada burlona como preguntándole si ése era el mismo hombre que le describió tantas veces como insolente, arrogante e insoportable.

Cuando llegaron a casa, Kate se dio cuenta de que no fue muy cortés. Van no sólo le había permitido marcharse dos horas antes, sino que le ahorró la caminata hasta su casa. Y pensó que era un detalle de cortesía ofrecerle una taza de café; también invitó a Sally.

Sintió alivio al ver que el apartamento estaba relativamente ordenado. Fue a la cocina y preparó una bandeja con café y panecillos, deseando que Sally no se sintiera incómoda por haberse quedado a solas con el escritor. Pero cuando regresó a la sala, los halló enfrascados en una conversación acerca de la carrera de modelo de Sally.

Y mientras Sally charlaba con su entusiasmo habitual, Van estaba en su mejor momento de encanto y buen humor; para dos personas que tenían tan poco en común, se llevaban muy bien, y resentía eso.

No sabía por qué, pero cuando su amiga indicó que debía retirarse no trató de retenerla. Es más, casi la empujaba hacia la puerta cuando Sally se volvió y se golpeó la frente con una mano.

—Oh, diablos, olvidé decírtelo. Johnny llamó temprano. Viene a pasar aquí el fin de semana.

—¿Viene? —repuso Kate.

—Sí, no tenía mucho tiempo para hablar, pero me dijo que no te preocuparas.

—¿A qué hora llegará?

—Alrededor de las cuatro, pero es probable que tenga problemas para cruzar la ciudad, por lo del paro —Sally observó la expresión de preocupación de Kate—. ¿Supones que le ocurrió algo malo?

Kate movió la cabeza, sabía que Sally pensaba en una expulsión.

—Me cuentas después —agregó la modelo, recordando que tenían que ir al club. Luego añadió—: Adiós, Van. Quizá volvamos a vernos.

—Cuenta con ello —contestó.

En el momento en que Kate cerró la puerta, Van comentó con brevedad:

—Agradable chica —pero su sonrisa sugería que se refería a algo más que a la personalidad de Sally.

—No se preocupe, ¡estoy segura de que ella notó su admiración!

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a su interés en Sally —contestó—. Me pareció demasiado obvio para expresarlo con palabras.

—Mi interés en Sally —repitió él—, si acaso existiese fuera de su imaginación, señorita Gregory, es asunto mío.

Kate no supo qué contestar; estaba avergonzada y furiosa. El tenía razón… no era de su incumbencia. Se refugió en recoger las tazas del café y él la siguió a la cocina.

—Todavía no contestas mi pregunta.

—¿De veras? Temo que la he olvidado.

—¿Quieres que la repita?

—¡No!

—¿Por qué te enfadas? Si no te conociera, diría que estás celosa.

—¡Celosa! —Kate se volvió, furiosa—. ¡Eso es ridículo!

—¿De veras?

—¡Sí!

—¿Y por qué gritas?

—¡Yo no estoy… gritando! —y al ver la burla en sus ojos, dijo—: Si no tiene inconveniente, creo que es mejor que se marche —salió de la cocina antes que él, pero nunca llegó a la puerta de entrada.

Van la atrapó al entrar en la sala y la hizo girar. Kate no lo esperaba y sus ojos revelaron el pánico que sintió.

—Eh, sólo quiero hablar —Van la soltó y la miró, detenidamente—. No tienes por qué asustarte.

—¡No sea tonto! —trataba de ocultar su nerviosismo—. No estoy asustada. ¿Por qué habría de estarlo?

—No lo sé… dímelo tú. Quizá te preocupa que a tu amigo no le agrade mi presencia aquí.

—¿Mi amigo? —Kate frunció el ceño.

—Johnny, ¿no se llama así?

—Sí —confirmó Kate.

—Siempre me he preguntado por qué contestaste que sí en el parque cuando te pregunté si ibas a reunirte con tu "Johnny". Debió hacerte gracia mi ignorancia.

El tono duro de su voz le decía a Kate que él no compartía la supuesta diversión, pero contestó:

—Fue muy divertido.

—Entonces, ¿es el mismo hombre… el hombre con quien vives? —cuando ella asintió con la cabeza, añadió—: Me pareció que no era más que un chico.

—Es mayor de lo que parece —mintió.

—Debe serlo —murmuró Van, irónico.

—Y eso, ¿qué se supone que significa?

—Vamos, Kate… puedes dar la impresión de que eres de hielo —sin advertencia alguna, sujetó la nuca de Kate, y como jugando, acarició su piel—. Pero hay ocasiones… como aquel día en el parque, ¿recuerdas? Reaccionaste y en ese momento deseaste…

—¡Usted me obligó!

—Y odiaste cada momento, ¿verdad? —se burló él.

—¡Sí!

—Embustera —le dijo con voz baja, muy ronco.

—Supongo que su vanidad masculina… —comenzaba a decir Kate cuando él, de repente, le rodeó la cintura—. ¿Qué hace?

—Satisfago mi vanidad masculina —contestó y la atrapó contra la pared—. Cálmate, ¿quieres? Sólo un beso… nada más.

—¡Ya conozco lo que quiere decir con "sólo un besó", Van Fitzgerald!

—Qué bueno… ha pasado tanto tiempo que creí que lo habías olvidado… y yo no he podido —terminó en un susurro.

Ya no había ironía en sus ojos y Kate sintió que su ira se desvanecía. Quiso volver la cabeza, pero él atrapó su barbilla y la forzó a mirarlo.

—¿Por qué haces eso, Kate? ¿Por qué miras hacia otro lado cuando trato de decirte?… —su voz se desvaneció cuando Kate levantó un poco la cabeza, y él tomó ese movimiento como una invitación.

Kate se estremeció al sentir los labios de él en los suyos, excitantes, acariciantes, seductores… y de pronto, cuando él había adormecido sus sentidos, la besó con intimidad.

Sorprendida, trató de apartarse, pero él la obligó a permanecer quieta, a que aceptara aquel beso hambriento, penetrante, que no la dejaba respirar, que tomaba lo que deseaba mientras el frotaba su cuerpo contra el de ella.

Y cuando Van liberó su boca, Kate no gritó ni forcejeó cuando desabotonó su blusa.

Se aferró a los amplios hombros cuando él se inclinó para besar y mordisquear la piel de su cuello; ella alzó una mano para acariciarle la nuca.

Y cuando él respondió con un ronco murmullo, ella deseó complacerlo más. Deslizó los dedos entre su pelo, besó su sien y luego sus mejillas hasta que sus bocas se encontraron y quedaron fundidas de nuevo.

No sintió temor cuando él deslizó una mano bajo la blusa y acarició sus senos, despacio, mientras ella gemía de placer y deseo.

—Kate… —dijo él tomando su rostro entre las manos para contemplarlo como si eso le bastara. Y cuando habló de nuevo fue para murmurar—: Kate, permite que te demuestre lo que siento…

—Van, yo…

—Por favor, Kate —no había arrogancia en su voz—. Sé que no sientes lo mismo que yo, pero experimentas algo, ¿no es así?

—Sí… no… No estoy segura… —dijo titubeante. Estaba muy confundida—. No debí… —avergonzada, trató de abotonarse la blusa pero él fue más rápido y la detuvo.

—¿Por qué no, Kate? —preguntó con ternura.

—No puedo… no quiero mezclarme contigo —le dijo.

—¿Por qué? No te haría daño, Kate, no podría…

—No es eso —contestó; sabía que no debía seguir escuchándolo. Desesperada, mintió—: Parece que has olvidado que tengo otro… compromiso.

La ira que él demostró sugería que lo había olvidado.

—Quizá, pero te sucede lo mismo —le reprochó. Tomó sus manos y después de estudiarlas, continuó—: No hay anillos, Kate. Eso no es un compromiso, y si ese tipo está tan loco para tratarte como una basura…

—¡No me trata así!

—¿No? Se sincera, Kate. Yo no te pago una fortuna, pero estoy seguro de que puedes vivir en un lugar mejor que éste. ¿A dónde va tu dinero? Además, odiabas la idea de ir a suplicarme que te diera de nuevo el empleo, pero algo te obligó a hacerlo, ¿no es cierto? ¿O alguien?

—Tú no entiendes —gimió, desesperada.

—Entonces, explícame.

—No puedo… Es demasiado… —bajó la vista para no ver la ansiedad en los ojos de él.

Van interpretó eso de otra forma y puso sus manos en los hombros de ella.

—No tengas miedo, Kate, yo puedo protegerte de él —la apretó contra sí y cuando Kate tembló continuó—: quieras o no, yo cuidaré de ti, Kate. Sin compromiso, lo juro. Podrías venir a…

—¡Por favor, Van! —suplicó para que no dijera más.

El pareció comprender, pues calló; le acarició la cabeza y ella lo abrazó, deseando aferrarse al calor y a la fuerza que le ofrecía.

No pudo culpar a Van de lo que pasó después. Cuando él sintió que lo abrazaba con fuerza, se acercó más a ella y besó su cuello, repitiendo su nombre como una caricia.

Kate apenas se dio cuenta del ruido de una llave en la cerradura, y cuando miró por encima del hombro de Van y reaccionó ante la súbita aparición de su hermano en la puerta.

Johnny se quedó paralizado por un momento, y al verla forcejear, se abalanzó sobre Van, quien soltó a Kate y giró. Su hermano lo hizo perder el equilibrio y ambos cayeron al suelo, derribando la mesita del café. Johnny quedó encima de Van, pero no conservó la ventaja, pues Fitzgerald era más fuerte y lo puso de espaldas con facilidad y lo apresó contra el suelo. Luego levantó el puño… Kate salió de su aturdimiento y gritó:

—¡Van, por Dios, no!

Su súplica no fue necesaria. Van se había quedado paralizado y miraba, incrédulo, el rostro casi infantil.

—¡Es mi hermano menor… sólo tiene quince años! —gimió desesperada.

Johnny tiró un golpe cuando recobró el aliento, pero Van lo detuvo, apresando sus brazos.

—Calma, muchacho. No hacía daño a tu hermana. ¡Díselo, Kate!

—Sí, Johnny, él no estaba… —comenzó a decir, pero titubeó al ver que su hermano miraba su blusa abierta. Se ruborizó, trató de abotonarla y dijo precipitadamente—: El es Van… el hombre de quien te he hablado. Estaba… —calló, avergonzada.

Johnny miró de uno al otro, golpeó su cabeza en el suelo y cerró los ojos.

—¡Demonios! —exclamó.

Por alguna razón eso le pareció gracioso a Fitzgerald, quien sonriendo se puso de pie. Kate se hincó junto a su hermano.

Johnny abrió los ojos y murmuró:

—Lo siento, Kate, me comporté como un tonto.

—No, yo tuve la culpa. ¿Estás bien?

—Sí, claro —sonrió para probarlo.

—Vamos —Van se inclinó para ayudarlo a ponerse de pie y le ofreció la mano—. Quizá sea un poco tarde para cortesías, pero de todos modos… encantado de conocerte… Johnny.

—Digo lo mismo, señor Fitzgerald.

—Van —insistió el escritor antes de sentarse.

Después de un momento de silencio, Johnny se sentó junto a él.

—Escuche, señor… Van. Lamento haber actuado como lo hice…

—Olvídalo —dijo Fitzgerald—. Nada pasó, y comprendo que hayas tratado de proteger a tu hermana… Créeme.

—Pues, sí —continuó Johnny—, pero no quiero que creas que voy a inmiscuirme en sus asuntos. Kate me dijo que ha salido contigo, además de que eres su jefe, quiero asegurarte que… que yo… —no pudo seguir, inhibido por el silencio y el asombro de Van.

Fue tarde para que Kate salvara la situación, y se dejó caer en un sillón, esperando que Fitzgerald dedujera que él no era el único a quien había engañado. Van la miraba fijamente, y ella tuvo miedo de lo que pudiera decir en presencia de Johnny.

Lo que menos esperaba de él era que tranquilizara al chico:

—Espero que lo apruebes —le dijo.

—Por supuesto. Kate me ha contado que fuiste corresponsal de guerra. ¡Eso debe ser muy emocionante!

—A veces —contestó Van con indiferencia.

—Y peligroso… —agregó Johnny, fascinado.

—Johnny, ¿qué haces en casa? ¿Ha sucedido algo en la escuela? —intervino Kate.

—Envenenamiento de la comida —replicó, pero cuando vio que Kate se alarmaba, explicó—: Yo no enfermé; sólo uno o dos de los chicos, por eso quisieron que los que podíamos hacerlo, volviéramos a casa este fin de semana, mientras localizan la causa.

—¿Estás en un internado? —preguntó Van.

—Sí, en Suffolk —contestó Johnny antes de pensar en lo extraño de la pregunta—. ¿No te lo ha dicho Kate?

—Sinceramente, no —aceptó Van—. Ha sido un poco reservada acerca de algunas cosas. Imaginé que serías algo mayor. De cualquier modo, ahora que nos conocemos podrás completar los detalles que ella no me ha dicho —consultó su reloj y dijo—: ¿Qué les parece si salimos todos a comer algo? Todavía es temprano, pero podríamos comer hamburguesas o *pizza* lo que prefieras…

—Hamburguesas —aceptó Johnny.

Pero su entusiasmo se enfrió cuando Kate dijo:

—Temo que hoy no puedo.

—¿Por qué no? —demandó su hermano.

—Tengo otros planes.

—¿Planes?

—Una cita —dijo, después de buscar en vano una disculpa.

—Una cita —su hermano miró a Van y de nuevo a Kate—. ¿Con alguien más? —preguntó incrédulo.

—Yo… Sí —murmuró, deseando que su hermano se callara.

—Tal parece que tú y yo no somos los únicos peces en el mar, Johnny —comentó Van.

—Pero yo pensaba que tú y Kate… —comenzó a decir Johnny y terminó en un murmullo—: Parece que he equivocado las cosas.

—No por completo —aseguró Van, mirando a Kate.

¿Qué debía entender Johnny? Ella miró a Van con exasperación.

—Mientras tanto —añadió él, sonriendo al chico—. ¿Por qué no vamos tú y yo por esa hamburguesa? ¿De acuerdo?

—Si quieres —accedió Johnny, con timidez.

—Y quizá después podamos ir a ver una película —continuó Van.

—¿No has visto "Galáctica Siete"? —se encendió de nuevo su entusiasmo.

Van movió la cabeza, evidentemente preparado para aguantar cualquier cosa que el chico eligiera.

Si Kate hubiese podido, se habría opuesto a que salieran juntos, pero no encontró algún pretexto.

En todo caso, Fitzgerald estaba en uno de esos momentos en que nada lo podría detener. Se marcharon antes que ella pudiera pedirle a Johnny que fuera discreto.

Cuando iban al club, Sally tocó el tema del estadounidense, pero pronto la desanimó la falta de respuesta de Kate.

A pesar de una noche agotadora, cuando se acostó no pudo dormir recordando las palabras de Van y la preocupación que vio en sus ojos… aquella promesa de que no habría compromiso si fuese a… ¿vivir con él? ¿Qué estuvo a punto de decirle?

Le parecía imposible, tan difícil como antes le pareció trabajar con él. Pero no era así cuando la imagen de Van invadía su mente: desordenado, despreocupado, a veces exasperante… pero inteligente y divertido, además de cariñoso.

No, cariñoso no… eso era una ilusión. Sólo era deseo mezclado con ternura, una pasión que ansiaba proporcionar placer y recibirlo.

Era muy poco para que ella se arriesgara a amarlo.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, Johnny estaba feliz. Kate agradeció que le entusiasmara más hablar de lo bien que pasó la noche anterior que preguntarle cómo la había pasado ella.

Entonces se dio cuenta de que Johnny sufría de un severo caso de veneración hacia Van, y parecía que la admiración era mutua. Con la aprobación de ella, el escritor volvió a invitar a Johnny a salir, y al pensar en la noche que le esperaba en el club se sorprendió envidiando a Johnny. Era un sentimiento desconcertante que trató de ignorar.

Pero el domingo volvió a experimentarlo mientras Johnny hablaba acerca de su salida con Van. Era el mismo resentimiento que le causara Sally dos días antes.

—¿Qué te pasa? Y no digas que "es nada" —ordenó Johnny al observar su aparente falta de interés—. No quieres que hable de Van.

—Preferiría que hablaras de cómo vas en la escuela. Tendrás exámenes la semana próxima, ¿verdad?

—Sí, y he estudiado mucho, te lo aseguro. ¿Por qué ya no te agrada él, Kate? Yo creo que es estupendo.

—Ya lo he notado —comentó ella.

—En serio —le reprochó.

—De acuerdo… Si me agrada, Johnny, pero no quiero que… —se interrumpió a punto de decir que lo que no deseaba era que le gustara demasiado. ¿Lo entendería Johnny?

—¿Es por el otro tipo con quien sales? ¿Te gusta más?

—Quizá —replicó, pensando que así no mentía.

—Pero la última vez que vine te gustaba Van… y de eso hace apenas un mes.

—Sí, lo sé, pero conocí a este otro hombre y… —¿Cuál es su nombre?

—¿Su nombre?

—¿Y en dónde lo conociste? —insistió, como si supiera que mentía.

—Escucha, Johnny, él tampoco es importante para mí. No es más que un amigo.

—Pero siempre sales con él, y regresas muy tarde a casa. Anoche llegaste después de las cuatro.

—La hora en que regreso es asunto mío, y no necesito que espíes. ¡Así que dejemos el tema!

—No te espiaba, Kate: desperté cuando abriste la puerta. Sé que soy muy joven para decirte lo que tienes que hacer, sólo que me preocupo por ti porque… bueno, tenemos que cuidar uno del otro, ¿verdad?

—Oh, Johnny, lo siento —Kate lamentaba su falta de comprensión y corrió a abrazarlo—. Por supuesto, pero no tienes por qué preocuparte.

—¿De veras, Kate?

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Por favor, Johnny, todo está bien.

El estuvo tranquilo el resto de la tarde y cuando se despidieron la mañana siguiente.

Kate fue a trabajar el lunes al mediodía, y como siempre, Van se comportó de forma imprevisible. Esperaba que le hiciera preguntas o recriminaciones, pero sólo le hizo una pregunta personal; si Johnny había regresado a la escuela.

Por lo demás, era como si nada hubiera sucedido. La desconcertaba su actitud hasta que eventualmente imaginó el motivo: había perdido interés en ella.

Obstinada, se rehusó aceptar que el desaliento que la dominó durante toda la semana se debía a algo más que al cansancio.

Las semanas que llevaba cumpliendo con dos empleos empezaban a afectar a Kate. De cierta forma el trabajo en el club era más agotador que sus deberes de secretaria.

Y aquel fin de semana fue especialmente molesto, pues no estaba Sally para darle apoyo moral. El miércoles anterior ella había conseguido su primer trabajo importante como modelo y de inmediato dejó de trabajar en el club.

Sally se daba cuenta de la tensión bajo la cual se encontraba Kate y trató de persuadirla de que dejara el club al mismo tiempo que ella, y Kate estuvo tentada a hacerlo. Con el pago que recibiría ese mes siguiente, podría pagar la colegiatura de Johnny del período siguiente, pero al recordar que se acercaba la Navidad se detuvo. Quería compensar a Johnny por el horrible ambiente que existía en el apartamento con el único regalo que garantizaba que lo olvidaría todo… una micro-computadora.

Y decidió seguir trabajando. Sin embargo, ese domingo se sentía agobiada, y cuando uno de los clientes habituales del club, Bernie Leyton, apareció en su mesa, se desalentó más.

Bernie era promotor de box y los dos tipos que lo acompañaban sin cesar tenían aspecto de boxeadores retirados, con sus caras estropeadas y cuerpos musculosos. El mismo Leyton era un cliente raro.

Podía tolerar el silencio, pero su mirada vidriosa era lo que la molestaba. Cada vez que levantaba la vista de la mesa, sus ojos estaban fijos en ella y no en las cartas. No podía ignorarlo, pues era el único cliente en la mesa que ella atendía, siempre con sus dos acompañantes, y se tranquilizó cuando la cuarta silla quedó a ser ocupada por otra persona. Alzó la vista para mirar a su nuevo cliente y su sonrisa murió por el *shock* que sufrió al reconocer aquellos ojos azules. Pero en la expresión de Van Fitzgerald no había sorpresa, sólo desprecio.

Se quedó paralizada al estar repartiendo la mano siguiente y una voz áspera demandó:

—¿Le pasa algo?

Su mirada sorprendida voló a Bernie Leyton; se controló y continuó con su trabajo, pensando que Van no haría una escena en público.

—*Carta*, señor —dijo, pero él no habló ni hizo seña alguna, sólo mantuvo su mirada fija en ella.

Maldito, pensó Kate, su desconcierto se había convertido en ira.

—Por favor, Van…

—¿Qué diablos haces en este antro, Kate?

El tono con el que habló hizo que lo mirara con exasperación. Y cuando Bernie Leyton volvió a hablar, fue para preguntarle:

—¿La está molestando este hombre?

—¡No! —exclamó con precipitación—. No, está a punto de marcharse, ¿verdad? —añadió dirigiéndose a Van.

—No… a no ser que vengas conmigo.

—Van —dijo con los dientes apretados—, por favor, márchate.

—No me iré sin ti —replicó, obstinado.

Una vez más, Bernie Leyton intervino:

—Me parece que está molestando a la señorita, señor; eso no me gusta, y tampoco a mis muchachos.

—En ese caso, sugiero que usted y sus muchachos vayan a otra mesa… Esta está a punto de cerrar —diciendo esto se levantó y extendió un brazo hacia Kate. No había agresividad en aquel gesto, pero nunca alcanzó a tocarla.

Aterrada, Kate miró cómo uno de los muchachos de Leyton hacía girar a Van y, mientras el otro lo sujetaba de los brazos, le asestó una sucesión de golpes brutales en las costillas, antes de derribarlo de otro golpe a la mandíbula.

Fue un trabajo limpio y profesional que dejó pasmada a Kate. Pero cuando vio que Van seguía consciente y se preparaba para levantarse, se arrodilló junto a él para contenerlo:

—¡Por Dios, no te levantes!

Para tranquilidad de Kate, en ese momento apareció el gerente acompañado del encargado de echar fuera a los alborotadores.

—¿Qué pasa aquí? —demandó Brian Court.

—Un malentendido —contestó Kate.

Court señaló con el dedo a Van quien no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor.

—¿Conoces a este vago?

—De cierto modo —admitió ella.

—Bien, querida; si él vuelve a entrar aquí, los dos se largan… ¿entiendes? —Kate asintió con la cabeza y Court se volvió para hablar con el portero del club—: ¡Échalo, Harry… y dale duro!

—¡No, no puede hacerlo! —protestó Kate—. Está lastimado, por Dios. ¡No les causará más problemas!

—Échalo, Harry —repitió Court—, y asegúrate de que no vuelva.

—Si lo tocan yo… haré una escena tal, que no quedará un solo cliente en este lugar —amenazó Kate.

—Muy bien, Harry, sólo levántalo y sácalo de aquí. Y tú, ¡regresa a tu mesa!

Kate miró a Court, luego a Van y dijo:

—No; lo siento, pero debo ir con él. ¿No ve que necesita ayuda?

—Si te vas ahora, no te molestes en regresar.

Kate lo miró preguntándose cómo había soportado su tiranía durante tanto tiempo.

—De acuerdo, me ha convencido —contestó y agregó—: Y permítame decirle que trabajar para usted ha sido el *nadir* de toda mi existencia.

—¿El *qué*?

—Consulte un diccionario —murmuró Kate—. Harry, ¿me das una mano?

Sin esperar más instrucciones, Harry pasó por su hombro el brazo de Van y Kate se adelantó para abrir la puerta.

Por fortuna había un taxi afuera.

—¿El tipo se encuentra bien? —preguntó el chofer, preocupado, y ayudó a Kate a instalarlo en el asiento posterior.

—Nunca he estado mejor —replicó Van—. Como puedes ver, misión cumplida.

El taxista sonrió a Kate, cerró la puerta y se instaló en su asiento.

Van se desplomó en el asiento. EJ taxista opinó:

—Se ha desmayado, ¿cree que deberíamos llevarlo a un hospital?

El chofer se volvió, miró a Van y movió la cabeza.

—Tendría que esperar durante horas en emergencias, un domingo por la noche. Estará mejor en casa, y si sigue mal, llame a un doctor.

A Kate le pareció un buen consejo y el chofer los llevó rápidamente al apartamento de Van. Cuando llegaron, él había reaccionado lo suficiente para caminar sin ayuda, pero era obvio que le dolía algo.

—¿Cuál es el número telefónico de tu médico? —le preguntó.

—¿Médico? No necesito un médico.

—¿No te parece que hemos tenido suficiente heroísmo para una noche? Vamos… el número.

—De acuerdo. Está en la libreta junto al teléfono, en la "d"…

—Creo que puedo encontrarlo. Desvístete mientras lo llamo.

—¿Y si necesito ayuda? —le preguntó con una trémula sonrisa.

Eso fue demasiado para Kate. Dio un portazo al salir de la alcoba .para ir al vestíbulo. El utilizaba un servicio médico privado y el doctor prometió llegar en media hora. Preparó té y al regresar a la alcoba se detuvo ante la puerta.

Van se había quitado la ropa, pero no se había puesto un pijama. Sólo una sábana lo cubría hasta la cintura.

—Puedes entrar —dijo él al verla—. No corres peligro.

—Toma —puso la taza en la mesita de noche.

—¿Qué es?

—Té con arsénico.

—Preferiría un trago.

—Bueno, ¿ya sabes dónde está el maldito gabinete de las bebidas?

Con un tono de disculpa, Van repuso:

—El té está delicioso, Kate, gracias.

Pero aquellas palabras no la ablandaron. Su comportamiento en el club había sido imperdonable.

—Por favor, Kate —murmuró—, tenemos que hablar.

—¿Por qué? Hiciste lo que te habías propuesto. No hay más que decir, no tengo la culpa de que te hayan lastimado.

—Ya lo sé… estallé —aceptó—. Fue por ese tipo… la forma en que te miraba.

—¿Cuál tipo? —preguntó, irritada.

—El que estaba en la mesa. Durante un rato estuve sentado al bar y en ese tiempo no te quitó los ojos de encima.

—¿Y qué? La forma como emplee mi tiempo fuera de las horas de trabajo, es asunto mío. No tienes derecho de interferir en mi vida.

—Sí, lo sé, y no fue mi intención. Es más, se lo dije a Johnny.

—Johnny… ¿se lo dijiste a Johnny?

—Eh, contrólate, Kate. Yo le dije que no podía interferir, pero fue él quien me dijo lo del *Genevieve*.

—¿Cómo lo supo?

—El domingo pasado las siguió.

—Nos siguió… ¿Y por qué lo hizo?

—Dice que él no creyó que estuvieras saliendo con otro —explicó Van—. De cualquier modo, cuando vio que salías con Sally, decidió jugar al detective.

—Pero, ¿cuándo te dijo todo esto?

—Hace unas horas. Me llamó por teléfono el viernes, pero yo había ido a visitar a mi hermana Ellen. Al regresar hoy por la tarde encontré un mensaje y decidí ir hasta su escuela para hablar con él.

—¿Está muy disgustado? —preguntó preocupada.

—Le dolía mucho que se lo hubieses ocultado… y no podía imaginar por qué trabajabas de noche.

—¿Y tú, imaginas por qué? —le preguntó con cautela.

—Sí, diría que lo has hecho para pagar su colegiatura, aunque él cree que todo está solucionado con un fondo de alguna clase —replicó Van, frunció el ceño y añadió—. No me equivoco, ¿verdad?

Kate no pudo negarlo y afirmó con la cabeza.

—Pero si le dices algo a Johnny, nunca te lo perdonaré. ¡Jamás!

—Kate, ¿todavía no te das cuenta de que sólo quiero ayudarte?

—¿De veras? Entonces, no te metas en mis cosas. Johnny no debió haberte mezclado en esto —estaba más desalentada que enojada, y sintió alivio cuando escuchó que llamaban a la puerta.

Hizo pasar al doctor y lo dejó con Van para que lo revisara. El examen pareció durar horas, y por fin fue a esperar en el pasillo.

—¿Cómo lo encuentra? —preguntó al médico en cuanto salió.

—Oh, vivirá —aseguró con ironía—. Tiene unas costillas lastimadas y se las he vendado. Sólo asegúrese de que tome los analgésicos que le dejé.

Cuando volvió a la alcoba vio que él tenía vendado todo el pecho, pero ya no parecía dolorido.

—¿Has tomado las pastillas que te dio el doctor? —preguntó.

—Aún no. Escucha, Kate —empezó a decir, pero ella lo interrumpió diciendo que iba a buscar agua para que tomara las tabletas.

Pero él estaba decidido a que lo escuchara y cuando regresó, extendió la mano y sujetó su brazo.

—Por favor, Kate, quédate quieta un momento.

—No tengo alternativa —dijo al no poder librarse de él.

—¡Demonios, Kate, trato de disculparme!

—¿De veras?

—Sí. Acepto que tienes todo el derecho de estar enojada. Me comporté como un idiota, pero deseo compensarte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con desconfianza.

—La colegiatura de Johnny. Si necesitas dinero, Kate…

—Puedo arreglármelas.

—¿Sin el otro empleo?

—Sí. Sólo fui a trabajar allí para tener dinero para la Navidad.

—Entonces, déjame darte eso —oprimió su brazo con suavidad—. Quisiera ayudarte… a ti y a Johnny. El me dijo que has pasado tiempos muy difíciles desde que murieron tus padres, y a mí no me hace falta el dinero.

Era tan obvio que deseaba ayudarla que Kate dudó por un momento. Luego se preguntó si se mostraría tan generoso si supiera la verdad acerca de ella.

—No, gracias. Puedo hacerlo sola.

Van notó que estaba cansada.

—De acuerdo. Hablaremos de esto mañana, al levantarme.

—¿Qué? —exclamó.

El motivo de su asombro no pasó inadvertido para Van.

—Si piensas lo que creo, dulce Kate, no estoy en condiciones de justificar tu alarma.

—¡En nada pensaba!

—Qué bueno… porque no quiero tener que pasar la noche tratando de convencerte de que utilices una de mis alcobas.

—Mejor me voy a casa —dijo Kate.

—¿Así? —pasó la mirada por su vestido de cóctel. Era uno de los vestidos llamativos que había comprado para el *Genevieve*, y de pronto recordó que salió del club sin su abrigo ni su bolso.

—¿Puedes prestarme un abrigo y dinero para pagar un taxi?

—Por supuesto que no. Llámame anticuado, si quieres, pero no estoy de acuerdo en que una mujer vaya sola a su casa a esta hora. Y, además —continuó—, puedo necesitar de tu ayuda para que arregles mis vendajes por la mañana.

—¿En dónde tienes las llaves de la casa? —preguntó ella.

—¿Las llaves? Están en la cómoda, ¿por qué?

Kate no contestó hasta que las encontró, y se paró ante la puerta.

—Sólo como una medida de seguridad, en caso de que tus vendajes se sientan solos durante la noche —respondió con ironía y cerró la puerta. Y al oír el sonido de la llave en la cerradura, sonrió por primera vez en esa noche.

Capítulo 11

Kate despertó temprano en aquella cama extraña, y se quedó acostada escuchando cantar a los pájaros, sorprendida de cuan diferente le parecía todo por la mañana.

Cuando pensó en el club descubrió que sentía alivio de no tener que volver allá. ¿Y Johnny? Bueno, tal vez si lo llamaba por teléfono esa noche, se tranquilizaría. En cuanto a la Navidad, tendría que conformarse con comprar a su hermano un regalo más modesto. Debía agradecer que tenía el dinero para pagar su colegiatura.

Pero la confianza que sentía llegó a su fin cuando escuchó un ruido que llegaba del cuarto vecino. Se inquietó pensando que él podía entrar antes que ella terminara de vestirse; luego recordó que la noche anterior cerró la puerta con llave y se levantó de un salto.

Tomó una bata vieja que colgaba en el armario y salió al corredor. Con cautela metió la llave en la cerradura; si estaba despierto, era seguro que la había escuchado.

Acercó un oído a la puerta y oyó algo. Abrió un poco la puerta y descubrió que el seguía dormido. Alarmada, se acercó a la cama. Van estaba tendido de espaldas, con los ojos cerrados y su rostro parecía muy pálido.

—Van —murmuró.

El volvió a gemir y siguió con los ojos cerrados.

—¡Van! —repitió aún con voz baja, pero ahora de modo apremiante. Se hincó en el lecho para despertarlo.

Y cuando tocó su hombro con suavidad, él reaccionó tirando de ella para colocarla debajo de sí.

—Buenos días, Kate —le plantó un beso en la boca.

—Eres —se dio cuenta de que se había burlado de ella y lo empujó. Tenía en la punta de la lengua una respuesta airada, pero cuando vio que él se apretaba el pecho, preguntó con ansiedad—: ¿Te encuentras bien, Van? No fue mi intención… lo olvidé…

—Sí —hizo una mueca de dolor—. Debí haberlo imaginado.

—¿Y qué esperabas que hiciera? —preguntó Kate, a la defensiva.

—Oh, nunca pierdo la esperanza —contestó sonriente e hizo que Kate recordara la situación en que se encontraba. Cuando intentó bajar de la cama, él la detuvo—. Quédate un minuto más, Kate. Ahora soy inofensivo.

Era una súplica, y como había implicado, en su condición no podía forzarla.

¿Por qué permitió que la hiciera volver la cara hacia él? ¿Por qué se tendió a su lado como si fuese una estatua… y por qué al encontrar su mirada se sintió excitada en vez de atemorizada?

—Encantadora Kate, no sabes cuánto he imaginado esto… despertar por la mañana contigo a mi lado…

—Van… —protestó ella con voz ronca.

—Sólo son sueños, Kate, nada hay que temer —acarició su mejilla con el dorso de la mano.

—¡Van, basta ya!

—¿Por qué? Estaba a punto de llegar a la parte interesante. ¿No quieres saber lo que sucede a continuación?

—¡Me lo imagino!

—¿De veras? Eso sí me sorprende. Después de todo, la imaginación se basa en experiencias directas y algo me dice que ésta es una situación nueva para ti.

—¿Cuál situación?

El tomó su tiempo para contestar, estudiando su cuerpo.

—La de estar con un hombre en la cama.

El sonrojo de Kate se acentuó y repuso, furiosa:

—¡No estoy en la cama contigo! Estoy… —se interrumpió, exasperada. ¿Por qué escuchaba sus tonterías?

—Vamos, no te enojes. Sólo bromeaba, Kate.

—Para ti todo es una broma, ¿verdad?

—No, no todo. —la tomó desprevenida y la apretó contra las almohadas, colocándose de nuevo sobre ella—. Y si eso es una invitación para que hable en serio…

—¡No lo es! —contestó, furiosa—. Y es mejor que te apartes en este momento, si no…

—Si no… ¿qué? —la desafió, divertido.

—Haré algo que lamentarás.

—No te atreverías.

—¡Inténtalo!

—Eso sí es, definitivamente, una invitación —dijo y se inclinó de nuevo hacia ella.

—Lo haré… ¡y hablo en serio, Van!

—Ya lo creo —contestó con voz baja antes que su cabeza descendiera hacia ella.

Kate no tuvo tiempo de pensar, sólo percibía, y la envolvió una oleada de sensaciones cuando él le dio un beso profundo y apasionado. Luego Van abrió la bata que ella llevaba puesta, y sus manos se extendieron sobre la piel desnuda.

Una voz rompió el silencio, procedente del pasillo:

—Señor Van, ¿está usted?…

La voz se desvaneció cuando la señora O'Reilly se detuvo ante la puerta abierta, paralizada por la sorpresa.

Van levantó la cabeza y ambos vieron el rostro de la señora O'Reilly, que era una horrible máscara al reconocer a la chica que estaba con él. Sin decir otra palabra ella dio media vuelta y se marchó.

—¡Maldición! —exclamó Van al escuchar que la puerta de la cocina se cerraba de golpe. Mortificada y avergonzada, Kate dijo:

—Debió pensar… Oh, Dios, ¿qué haremos?

—No puedo esperar que crea que estábamos trabajando.

—¡No me parece gracioso! —exclamó Kate.

—No lo es. Ella es una buena empleada; lamentaría mucho que se marchara a causa de esto.

—¿Eso es todo lo que te preocupa?

—Piensas en tu reputación, ¿verdad?

Furiosa, Kate bajó de la cama.

—No estaré preocupada por la tuya, ¿verdad?

—No, imagino que no. Bien, hablaré con ella.

—¿Cuándo?

—¿Te parece bien ahora mismo? ¿O puedes esperar el tiempo suficiente para darme la bata que está detrás de la puerta del baño?

—¿Qué le dirás? —preguntó Kate al darle la bata y volverse de espaldas.

—Le explicaré lo que pasó anoche… sólo que no estoy seguro de que lo creerá. Hasta yo lo encuentro difícil de creer —dijo divertido.

—Van, por favor, toma esto en serio —suplicó—. No sólo concierne a mi reputación. La señora O'Reilly parecía muy molesta.

—Sí, lo sé. Kate, lo último que deseo es que nadie, incluso tú, piense que lo nuestro es sólo una aventura. ¿De acuerdo?

La obligó a mirarlo a los ojos.

—De acuerdo.

—Yo arreglaré el problema. Espera aquí.

Esperó durante ocho minutos; supo exactamente el tiempo porque veía su reloj cada treinta segundos, tratando de olvidar todo lo que había sucedido desde que despertó aquella mañana.

—¿Te creyó? —preguntó cuando Van regresó y cerró la puerta.

El se reclinó contra la madera, en silencio.

—No te creyó —concluyó Kate con un

suspiro. —No completamente —aceptó él. —

¿Cuánto fue lo que creyó?

—Bueno, para serte sincero… No le conté la historia completa; casi no pude decir una palabra. Es obvio que te aprecia mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo te explico lo difícil que fue. Cuando entré en la cocina me dio un sermón sobre mi degeneración moral, y cuando terminó me sentía muy culpable y estaba casi convencido de que te había seducido.

—Pero le habrás dicho que no fue así —insistió Kate.

—No con esas palabras. ¡No quiso escucharme! Tuve suerte de convencerla de que no se marchara.

—Pero, ¿qué le dijiste? —exigió, impaciente.

—Que las cosas no eran como parecían. Que tú y yo somos sensatos y que… bueno, que pensábamos casarnos —concluyó.

—¿Le dijiste, qué? —exclamó Kate aterrada.

—Que pensábamos…

—¡Escuché lo que le dijiste! —la voz de Kate temblaba de rabia.

—¿No te agrada la idea? —preguntó mirándola de soslayo.

—¿Agradarme? Es la excusa más tonta que podías haber encontrado para algo que no estábamos haciendo.

—Si crees que tú puedes lograr algo mejor con la señora O'Reilly, no seré yo quien te lo impida —rugió indignado.

—No me lo vas a impedir.

—A propósito —le dijo él deteniéndola cuando salía—. Sugiero que trates de recordar, cuando protestes tu inocencia, que si nada estábamos haciendo, dimos la impresión de que estábamos a punto de hacerlo.

—Yo… Yo no —dijo Kate tartamudeando, aturdida.

—¿No dabas la impresión, o no estabas a punto de hacerlo?

—Yo… yo…

—No te preocupes; me lo dirás cuando regreses.

Kate observó que había vuelto la ironía a su rostro. Quince minutos después aún recordaba aquella sonrisa de burla… pero ahora comprendía su significado. Estaba segura de que él sabía cómo se desarrollaría su conversación con la señora O'Reilly, y no hubo necesidad de que se molestara en volver para informarle el resultado. Fue Van quien la buscó, estaba sentada en la alcoba de los huéspedes, donde se sentía como un tonta con su vulgar vestido de cóctel.

—¡Ah, aquí estás! ¿Y bien? —le preguntó.

—Y bien, ¿qué?

—Entiendo que todo está arreglado —continuó.

—No completamente.

—Vamos, Kate, por lo menos debemos decirnos la verdad. ¿Fue brusca contigo? ¿Por eso estás molesta?

—No, en realidad, no. Me dijo…

—¿Qué te dijo? —tomó su barbilla para obligarla a volver la cabeza hacia él—. Escucha, si ha sido grosera contigo, le diré que se marche ahora mismo.

—No, en realidad se portó muy bien. Antes que yo pudiera decir una palabra, ella… no te reirás, ¿verdad?

—Te lo juro —dijo solemne.

—Dijo que no era tan vieja para no recordar lo que era ser joven y estar… enamorada. Y que ahora sabía que tú no te estabas aprovechando de mí, y que se sentía muy contenta por nosotros porque… porque siempre pensó que estábamos hechos el uno para el otro.

—¡Qué romántico! ¿Y tú, qué dijiste?

—Sólo le di las gracias por sus buenos deseos —contestó, afligida.

—¿Le diste las gracias? —preguntó él con una sonrisa.

—Sí, y prometiste no reírte —le recordó, amenazadora.

—Ya lo sé, pero…

—¡Van! —vio la diversión en sus ojos azules.

Histeria, pensó Kate al darse cuenta de que ella fue la primera en reír, y pronto los dos estaban riendo como niños sorprendidos en una travesura. Ya no eran enemigos, sino conspiradores.

—¡Somos unos cobardes! —afirmó Van, risueño.

—No hay duda —aceptó Kate divertida—. ¿Qué haremos, Van? No podremos fingir mucho tiempo.

—¿No? —preguntó él, y al ver que ella fruncía el ceño, añadió—: No, creo que no. En la primera oportunidad que tengamos, le diremos la verdad.

A él le parecía muy sencillo y Kate estaba casi convencida de que así era cuando él insistió en llevarla a casa para que se cambiara de ropa. Pero cuando regresaron, ya no le pareció tan sencillo.

En cuanto entraron en el apartamento, la señora O'Reilly salió de la cocina y dijo:

—Oh, señor Van, qué bueno que ha regresado… Hice algo terrible —y procedió a confesar su "crimen".

La hermana de Van había llamado cuando ellos salieron. La señora O'Reilly sabía que él la visitó durante el fin de semana y dio por hecho que lady Ellen sabía todo acerca de su compromiso, así que le dijo que Van había salido con su "prometida". Naturalmente, la hermana quedó pasmada ante la noticia.

—No se preocupe —le dijo Van, y Kate lo siguió al estudio.

—Pero tu hermana estará desconcertada —protestó la joven y él, sin preocuparse, se sentó al escritorio.

—No Ellen. Ha dedicado mucho de su tiempo y energía a lograr que me case. Créeme, estará feliz.

—Pero no vas a casarte —le recordó.

—Sí, es cierto. Supongo que no considerarías…

—¡No!

—De acuerdo, de acuerdo. Cálmate —le dijo sonriente, levantando las manos en un gesto de rendición—. Yo hablaré con ella.

—¿Cuándo?

—Cuando vuelva a llamar —consultó su reloj—. Me imagino que dentro de la hora siguiente, más o menos.

Imaginó bien, pero Kate tenía razón al dudar de su talento para arreglar las cosas. Para ser justos, ni siquiera tuvo la oportunidad. Hasta el otro extremo del cuarto, pudo escuchar las incesantes respuestas de Van:

—Sí, es inglesa… Mi secretaria, correcto… Lo sé, pero no quería que la asustaras con tus comentarios, hermana… Alrededor de veintidós años… No, no es rubia… cabello castaño oscuro, ojos de color café y absolutamente bonita… —la descripción la hacía a su hermana, pero su mirada examinaba a Kate mientras continuaba contestando—. Quizá ya sea tiempo… ¿Navidad?… No, no tiene padres… le preguntaré… Sí, está aquí conmigo… —cubrió la bocina con una mano, le pasó el teléfono a Kate—. Mi hermana quiere hablar contigo.

—¿Qué esperas que le diga?

—Por favor, Kate, no puedo explicar la situación por teléfono. Sólo salúdala, ¿sí?

A punto de rehusarse, Kate recordó la decencia con que él trató a Johnny en circunstancias similares. Vacilante, murmuró un saludo y descubrió que no debía preocuparse por lo que diría después.

No era que su hermana dominase la conversación, sino que intercalaba las frases de forma encantadoramente ilógica. Para entenderla, Kate requería de toda su concentración. El hecho de que estaba encantada por el compromiso, era clarísimo y le fue imposible rechazar su invitación de pasar la Navidad y el Año Nuevo en *Ashbourne Manor*, la casa del aristócrata marido de Ellen. Al mencionar a Johnny como un excusa, sólo hizo que lo incluyera en la invitación, asegurándole que sus dos hijos adolescentes serían compañía para él. Antes que pudiera encontrar otra

excusa, Van le pidió el teléfono y prometió a su hermana que él la convencería de que aceptara. Parecía una promesa irreflexiva, pero hasta que colgó el teléfono, Kate supo que él intentaba cumplirla.

—¿Estará Johnny aquí el día veintiuno? —preguntó, y cuando Kate afirmó, dijo—: Normalmente me voy unos días antes de Navidad.

—Oh, no, si tratas de decir lo que creo, olvídalo.

—Vamos, Kate —tomó su brazo para impedir que se marchara—. Escuchaste cuan contenta está. Si me acompañas, ambos podríamos decirle la verdad con tacto… y piensa en Johnny, él se divertiría mucho con los muchachos.

—No, Van, y no metas a Johnny en esto. No iré.

—Pero, ¿por qué?

—Porque yo… —comenzó a justificarse, luego se detuvo a pensar y dijo, con firmeza—: No tengo intenciones de discutir. No iré.

—Muy bien —él se encogió de hombros.

Kate esperaba que dijera algo más, pero no lo hizo; fue evidente que insistiría y ella se sintió desconcertada al ver que lo aceptaba con facilidad… incluso estaba un poco resentida.

Pero nada sospechaba, y debió desconfiar.

Capítulo 12

Ashbourne Manor, el hogar ancestral del Sexto Conde de Sanderfor, no era una construcción hermosa. La antigua piedra gris y su elevada simetría la hacían aparecer una casona desolada.

Llegaron por un camino sinuoso a través del bosque. La casa estaba edificada en lo alto de un panorama espectacular de jardines ornamentales, y aun en invierno el paisaje era magnífico.

—¡Cielos! —exclamó Johnny cuando llegaron al ante patio y señalando un grupo de setos a la derecha de los jardines preguntó, con asombro—: ¿Es eso un laberinto, Van?

—Claro que sí —confirmó él.

Kate nada decía. Permaneció inmóvil en el asiento, preguntándose por qué razón estaba allí. Cuando Johnny bajó del auto, ella no se movió.

Van aprovechó la oportunidad para murmurar.

—¿Sigues enfurruñada conmigo?

—No estoy enfurruñada, sino colérica. Y no espero que entiendas la diferencia.

—Sí, la entiendo, y acepto que jugué sucio.

¡Jugó sucio! Durante casi quince días, después de la llamada de su hermana, se había mostrado amable y nada más, y tres días antes se ofreció a llevarla a Suffolk para recoger a Johnny.

Ella lo consideró como un detalle de amabilidad… hasta que Van le dijo al chico de la invitación para pasar la Navidad con su familia, y Johnny apoyó con entusiasmo la idea. Por *eso* estaban allí.

Aparecieron algunas personas ante la puerta y eso hizo que dejara de pensar en todo lo demás.

Van estaba nervioso y le preguntó:

—No te pondrás pesada frente a mi familia, ¿verdad, Kate?

—¿Quieres ver cuan pesada puedo ser? —lo retó.

—¡Kate!

Kate no contestó. No se comportaría mal, pero lo dejó que se preocupara.

Ellen le agradó desde el principio; era una rubia alta que parecía que no representaba sus cuarenta años. Lady Ellen Dryden no se daba ínfulas. Mientras que un perro lobo irlandés y dos entusiastas adolescentes reclamaban la atención de Van, ella se presentó con una cálida sonrisa, disculpó a su esposo por no encontrarse presente para darles la bienvenida e identificó a sus hijos como Rick y Stephen.

Si la casa era austera por fuera, el interior era muy agradable. Ellen los llevó a un cuarto con mobiliario antiguo, chimenea y un gran árbol de Navidad frente a una de las ventanas, donde sirvieron el té.

Los dos chicos comieron torta y bocadillos y empezaron a preguntarle a Johnny acerca de sus pasatiempos. Luego, los tres fueron al salón de juegos.

—Bendita paz —dijo Ellen con un suspiro cuando se marcharon.

—Sólo hace tres días que llegaron a casa —indicó Van.

—Sí, y deseaba verlos, pero son incansables; especialmente Stephen… sólo tiene que mirar un objeto para que se rompa. Ayer fue un grotesco jarrón; no sé qué dirá Tommy cuando regrese y vea que ha perdido otra reliquia de familia.

—Quizá ni lo note —sugirió Van.

—Eso espero —contestó Ellen—. Pero olvídense de mis problemas. Prefiero saber cuáles son sus planes.

—¿Planes? —preguntó Kate.

—Para la boda —dijo Ellen; interpretó mal la mirada agitada que dirigió Kate a Van, y continuó—: No vas a privar a Kate de una boda con vestido blanco, ¿verdad, Van?

—No; sólo que tenemos uno o dos problemas, Ellen.

Kate frunció el ceño preguntándose qué seguiría, pero Ellen dijo:

—Es muy sencillo hacer los arreglos. Me encantaría que se casaran aquí; es más, pensaba sugerirlo. Ya lo he consultado con Tommy y él está de acuerdo.

—Eres muy amable, El —le dijo Van sonriente—, y de veras lo agradecemos, pero entre Kate y yo las cosas aún no están muy claras —y procedió a confesar a su hermana la verdad.

—Supongo que no te di oportunidad de que aclararas todo cuando te llamé —dijo Ellen con tono irónico.

—No mucha —aceptó Van.

Kate agregó:

—Lo lamento; debí decirte algo cuando me invitaste a venir. No quería aceptar, pero…

—Yo la convencí —dijo Van—, y antes que decida regresar a Londres, por favor, dile que quieres que se quede, hermanita.

—Por supuesto —afirmó Ellen y con tono de broma, añadió—: No estarás tan loca para dedicarte a mi hermano de forma permanente, pero ya que trabajas para él, tienes derecho a esta oportunidad.

—Gracias, El —dijo Van—. No estaremos comprometidos, pero no descartes la posibilidad, ¿de acuerdo?

—Oh. Entonces, sólo son… amigos.

—Algunas veces —replicó Van y evitó más preguntas poniéndose de pie—. Si estás de acuerdo, llevaré a Kate a su habitación.

—Claro —los acompañó al pie de la escalera e indicó a Van cuáles eran las habitaciones que les tenía preparadas.

El cuarto de Kate estaba situado en un extremo de la galería superior; tenía el techo alto y los muebles eran de roble, y el espacio estaba dominado por una cama de cuatro postes. Había un fuego encendido en la chimenea. La joven fue a mirar por la ventana.

Van se colocó junto a ella.

—¿Todavía estás enojada conmigo?

—No comprendo cuál es tu juego, Van.

—Querías que se lo dijera, ¿no?

—Por supuesto que sí, pero tú sabías que no sería difícil explicarle las cosas a tu hermana. Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Debe ser obvio.

—Quizá lo sea para ti.

—Maldición, Kate. ¿Por qué crees que estás aquí?

—¡No lo sé!

—Muy bien, te lo explicaré. Estás aquí porque quiero pasar la Navidad contigo. Y lo deseo porque… Bueno, ¡lo deseo! Eso es todo. Y ahora, ¿por qué no te pones algo más abrigador y damos un paseo por los jardines? —salió del cuarto dejando a Kate tan confundida como siempre.

Regresó quince minutos después.

—Tenemos habitaciones contiguas —informó y al ver su asombro, agregó—: No fue cosa mía, te lo juro. Ellen imaginó cosas, pero no te preocupes por eso.

—Oh, no me preocupo —contestó—, siempre que Ellen sea la única que se imagine cosas.

—Acabas de ponerme en mi lugar, querida Kate. ¿Crees que podrás relajarte y divertirte?

Kate lo dudaba mucho, pero estaba equivocada. Era imposible no relajarse en el ambiente agradable de los Dryden y no tomar parte en la animada conversación durante la cena. Observó que Johnny se había acoplado bien a los dos chicos, y ella misma pronto sintió que le simpatizaba mucho Stephen, con su cabello rubio y ojos azules.

—Es muy travieso —dijo Ellen.

—De ninguna manera —contestó Kate—. A mí me parece encantador.

—¿A pesar del parecido? —preguntó Van.

Ignorando sus protestas, Ellen sacó unas fotografías que confirmaban que Van había sido muy parecido a Stephen cuando tenía su edad.

También le mostró fotos de su madre, quien murió siendo ellos muy jóvenes y de quien habían heredado el cabello rubio. Sin embargo, el marido no aparecía en las viejas fotografías, y Kate pensó que Ellen compartía el desagrado de Van por su padre, pero más tarde supo que su actitud era más tolerante.

Estaban las dos junto al fuego y se volvieron al escuchar las risas de los chicos que jugaban.

—Los niños siempre disfrutan de la Navidad cuando Van está con nosotros —comentó Ellen con afecto.

—¿Viene todos los años? —preguntó Kate.

—Bueno, no… No lo hace cuando viene mi padre.

—Van me ha dicho que ellos no se han visto desde hace mucho.

—Sí, y he tratado de reconciliarlos, pero a Van no le interesa —se encogió de hombros—. Aunque no lo culpo. Nuestro padre fue muy injusto cuando Van decidió no seguir sus pasos en la política.

—¿Qué fue lo que hizo? —preguntó Kate con curiosidad.

—Usó su influencia para que despidieran a Van del primer periódico que lo contrató, pero Van se enteró y comenzó a escribir con otro nombre. Papá estaba convencido de que había actuado bien.

—Y ahora, ¿qué piensa?

—No estoy segura. Sé que desea ver a Van, pero mi hermano no parece dispuesto a llegar a un arreglo con él —Ellen movió la cabeza y cambió el tema.

Conociendo a Van, a Kate le sorprendía de que no quisiera perdonar a su padre; trece años era mucho tiempo para que durara un disgusto. Decidió que no era asunto suyo, sin imaginar que lo sería muy pronto.

Al día siguiente Ellen insistió en que los chicos pasaran el día ayudándola a distribuir juguetes para el Hogar de los Niños y Van llevó a Kate a Guilford, para hacer las compras de Navidad. Ella ya había comprado algunos regalos modestos para la familia y un reloj digital para Johnny, pero lo acompañó a todas las tiendas y Van la contagió de su buen humor.

Sólo hubo un detalle desagradable en aquella salida. Después que él hubo elegido los regalos para su familia, volvió su atención a Johnny, y cuando Van le dijo lo que compraría, ella lo miró perpleja.

—¡No! —exclamó. El precio era excesivo.

—Pensé que te interesaba esto —dijo él, ceñudo.

—Sí, pero no puedes… Es demasiado en comparación con lo que has comprado para Rick y Stephen. Ellos son tus sobrinos y…

—Y recibirán más regalos de los que necesitan. Me agrada tu hermano y quiero comprarle algo. Si te preocupa lo que opinen los demás, diremos que es tu regalo para él —lo compró y le dio a ella el paquete.

Regresaban a casa en silencio, hasta que Kate dijo:

—Lamento haber hecho tal escándalo por el regalo de Johnny.

—Olvídalo. Debiste pensar que lo hacía para congraciarme contigo… Y quizá así fue.

—Pero, eso no es necesario —le dijo, impulsiva.

—Me pregunto cómo debo interpretar lo que acabas de decir.

Kate no dijo más, no quería analizar sus sentimientos.

—Tommy regresó antes —comentó Van al llegar a la casa y ver un elegante Daimler.

Van había descrito al Sexto Conde como "un tipo divertido". Kate imaginó que Ellen estaría muy ocupada con su esposo y se sorprendió al ver que los esperaba en el vestíbulo. Parecía angustiada.

—Van, no sé cómo decírtelo… No estaba en mis planes, te lo juro. Tommy lo encontró en Washington y él se invitó en el último momento. Tommy trató de avisar, pero… —Ellen calló, pues Van ya no la escuchaba.

Kate observó que sus facciones se endurecían y de pronto aparecieron en la puerta de la sala dos personas.

Reconoció a Tommy Dryden por la fotografía que había visto… y supo que el otro hombre era el Senador Fitzgerald.

No existía parecido entre ellos; su rostro era anguloso y severo, y sus ojos eran grises y duros.

Nadie habló durante un momento; luego el senador tomó la iniciativa y avanzó, con la mano extendida.

—Sullivan —le dijo a su hijo.

Después de un notable titubeo, Van aceptó su mano y repuso:

—Señor.

—Y ella debe ser la prometida, de quien ya he oído hablar.

—Sí, ella es Kate… Kate Gregory.

El senador no dio señales de aprobar el supuesto compromiso.

—Señorita Gregory —se inclinó ligeramente—. Mis felicitaciones… tengo entendido que era usted la secretaria de mi hijo.

—Sí, y aún lo soy —replicó Kate esforzándose por ser cortés—. ¿Cómo está usted, señor Fitzgerald?

El senador ignoró su pregunta y la miró de forma especulativa; notó sus dedos desnudos y comentó con cinismo:

—Veo que no ha logrado que mi hijo haga oficial el compromiso.

Kate habría ignorado ese comentario, pero Van rugió:

—Ya es oficial. Kate no necesita un anillo para saber qué siento.

—En ese caso, debe ser única —dijo su padre, irónico.

—Lo es —afirmó Van—, aunque no espero que sepas apreciarlo. Si nos disculpan…

—¡Van! —fue Ellen quien lo llamó cuando se alejaba con Kate.

—Vamos a cambiarnos para la cena, El —explicó al ver su preocupación. Y mirando a su cuñado, dijo—: Me alegro de verte, Tommy.

—Y yo a ti. Dense prisa… empezaré a preparar los martinis.

Van subió por la escalera con Kate y cuando llegaron al cuarto de ella, dijo:

—¿Qué puedo decir, Kate? Lo siento. Si hubiese sabido que él vendría…

—No estarías aquí —concluyó ella.

—Sí, creo que eso fue obvio. No deseaba que pasaras por esta experiencia; el senador afecta de forma desconcertante a los desconocidos.

—Me lo imagino.

—Es horrible, ¿verdad?

—Temo que sí —contestó ella con sinceridad.

—Dios, me alegro de que estés de mi lado, Kate.

—Parece que Ellen no ha desmentido lo de nuestro compromiso.

—No. ¿Te importa mucho? —preguntó Van, ceñudo.

Kate imaginó cómo se sentía Van, pues recordaba lo incómoda que le resultaba la presencia de su padre.

—Supongo que yo podré explicar todo a Johnny, pero, ¿tu hermana?

—Ellen nada dirá. Si no lo has notado, todavía tiene esperanzas. —

¿Esperanzas?

—De que lleguemos a casarnos. Le simpatizas, Kate… piensa que hacemos una buena pareja —agregó sonriente, y ella pensó que bromeaba.

—Bueno, Ellen tal vez piense así, pero tu padre tiene otras ideas.

—¿Como cuál? —preguntó Van.

—Como que no te merezco. Y no es mi imaginación.

—Debí saber que eras demasiado astuta para no darte cuenta de sus indirectas, pero no dejes que te moleste, Kate. Yo nunca lo pensaría.

—¿Qué es lo que no pensarías?

—Que te casarías conmigo por mi dinero —le dijo con ironía.

—Pero es que no me casaré contigo.

—¿No? Pues, sí, es cierto. Es mejor que vayamos a cambiarnos. Ve a buscarme cuando estés lista y bajaremos juntos.

¿A la batalla?, se preguntó Kate.

Pronto se dio cuenta de que sería una guerra fría cuando estuvo sentada a la mesa con el senador.

Desde el principio vio que la presencia del senador tenía un efecto muy raro en Van, quien reducía su conversación a respuestas solemnes. Y cuando su padre comenzó a desafiarlo preguntándole sobre sus planes para el futuro, observó que su tensión aumentaba.

Luego, el senador volvió su atención a Kate. Los comentarios ocasionales que le hizo no fueron rudos, aunque sí de doble sentido. Al principio ella fingió no comprender las insinuaciones, pero cuando vio que el senador tomaba su cortesía como estupidez, su orgullo se rebeló; y entonces, aunque tampoco se mostró ruda, sus respuestas fueron también ambiguas.

Pero no era el mejor modo de pasar el tiempo… intercambiando insultos sutiles y miradas hostiles… y siempre que pudo hacerlo, evitó el contacto con el senador durante los días siguientes. Sólo por las noches le parecía difícil.

Fue el día de Nochebuena cuando él atacó directamente.

Tommy había ido a Londres y Van fue con Ellen a Guilford, para hacer unas compras de última hora. Kate estaba sola en la biblioteca, leyendo junto a la ventana, y cuando alzó la vista, el senador estaba en la puerta, observándola.

—Buenas tardes —dijo él con severidad.

Ella contestó, y esperó.

El procedió a aclarar que la consideraba muy poca cosa y que interfería con los planes que él tenía para el futuro de Van. Planes que había aplazado durante trece años, pero que resurgirían ahora que Van estaba obligado a dejar de perder su tiempo en aventuras "quijotescas". Planes que no incluían a una chica inglesa que mantendría a su hijo lejos de Washington.

Kate permaneció en silencio mientras que él enumeraba esos planes, y supuso que sus ambiciones eran una forma de amar a Van, la única forma en que un hombre como el senador podía expresar su cariño.

—Tiene razón… no tengo intenciones de dejar Inglaterra —repuso ella con indiferencia—. En cuanto a lo demás, sugiero que lo discuta con Van. El es capaz de decidir su futuro.

—¿Lo es? —el senador se interpuso en la puerta cuando ella trató de salir—. Vamos, señorita Gregory, hasta yo puedo ver que lo tiene muy ilusionado. Y por esa razón haré lo que sea para evitar que arruine su vida casándose con usted.

—¿Y cómo se propone hacerlo, senador?

—Es muy simple, señorita… Gregory… ¿O prefiere el St Gregory? Es un apellido más distinguido.

Kate abrió mucho los ojos, incrédula.

—¿Cómo se atreve?…

—Yo sabía todo acerca de usted antes de llegar aquí —la interrumpió y metió una mano en el bolsillo de su chaqueta—. Tome… es una lectura muy interesante.

Le dio una carta y ella la tomó con dedos temblorosos. Desdobló el papel y no le tomó mucho tiempo leer el contenido… desde los detalles de los tratos de su padre con armas, hasta la mención de las deudas que ella había dejado al desaparecer.

—Hice que la investigaran —continuó el senador—. Debo confesar que no esperaba que nuestros agentes en Londres descubrieran algo como esto.

—No comprendo —dijo Kate, alzando la vista—. ¿Por qué esperó?

—Deseaba evaluar la situación entre usted y mi hijo. Confío en que no tratará de negar lo que dice este reporte.

Kate movió la cabeza; sabía que no valdría súplica alguna ante ese hombre. En realidad, no le importaba lo que él pensara de ella, sólo le interesaba la opinión de Van… tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas en ese momento de revelación, al darse cuenta de por qué le importaba tanto.

—¿Le mostrará esto a él? —preguntó.

—Si usted me obliga —contestó el senador—. Pero preferiría que nos evitáramos este asunto tan desagradable y que usted desapareciera. Sabe, mi hijo tiene una opinión muy mala de la gente que saca provecho de las guerras, y por la experiencia que tengo, puedo asegurarle que no perdonará lo que está escrito en este reporte.

Aquella afirmación confirmaba lo que Kate siempre había temido. Con lo que le quedaba de dignidad, dobló la carta y se la devolvió. El se desconcertó ante las lágrimas que rodaban en silencio por sus mejillas. Cuando ella trató de llegar a la puerta, la detuvo.

—Aunque no lo crea, señorita Gregory, mi único propósito es proteger a Sullivan y su futuro —le dijo al abrirle la puerta; y se quedaron allí, paralizados, al ver que Van cruzaba el vestíbulo.

Era evidente que la buscaba, y la sonrisa murió en sus labios cuando vio su rostro afligido.

—¡Kate! —llamó cuando ella echó a correr y lo escuchó exclamar—: ¡Desgraciado! ¿Qué le has dicho?

Kate no se detuvo hasta llegar a su cuarto y allí pudo dar rienda suelta a su llanto, como si las lágrimas pudiesen ahogar el anhelo de algo que nunca tendría… El amor de un hombre digno de conocerlo.

Capítulo 13

Cuando más tarde llamaron a su puerta, Kate hizo lo único que pudo para conservar su orgullo.

Ellen asomó la cabeza por la puerta y vio que su maleta estaba abierta sobre la cama, y que ella guardaba su ropa.

—Kate, ¿qué haces? —preguntó, asombrada.

—Lo… lo siento. Tengo que irme. ¿Sabes en dónde está Johnny?

—En el ático… pero, por Dios, Kate, ¿qué pasa? —se acercó a ella—. Tú te marchas, y Van y el senador están abajo gritando como locos. Al menos Van lo hace… y por una vez el senador no ha tenido oportunidad de hablar.

—Ya hablará bastante —murmuró Kate con desesperación.

—¿Acerca de ti? No permitas que él te obligue a esto, Kate. Lo que diga no cambiará lo que Van siente por ti.

—Tú sabes que nada hubo entre nosotros. Todo fue como dijo Van… un malentendido.

—No debes creer eso. Cualquiera puede ver que está loco por ti, Kate; al senador sólo le cuesta aceptar que ya no tiene influencia sobre Van.

—¿De veras?

—Oh, no te desanimes por la forma en que Van ha actuado. Es lo que se conoce como resistencia pasiva. Y, de cualquier modo, parece que por fin se agotó su paciencia.

—Quizá, pero hay algunas cosas que Van ignoraba acerca de mí. Se pondrá furioso porque no se las dije antes que lo hiciera el senador.

—No entiendo… ¿Cómo es que mi padre sabe cosas de ti? ¡Acaba de

conocerte! —Hizo que me investigaran.

—¡Oh, Kate! —exclamó Ellen—. ¡Lo que pensarás de nosotros! No sé cómo disculparme…

—Por favor, no hay necesidad. Me parece que no entiendes. Esa investigación… ha descubierto muchas cosas…

Ellen esperaba que continuara; Kate se sentó en la cama y le confesó lo que decía aquel reporte.

—Debiste contarle todo eso a Van —le dijo—. Con un padre tan poco escrupuloso como el senador, Van sería el último en condenarte por algo que hizo el tuyo.

—Pero, ¿no entiendes? ¡Yo ayudaba a papá!

—Sin saber que lo hacías —insistió Ellen—. Y Van pensará lo mismo, Kate.

—¿Lo hará? —Kate recordó otras ocasiones cuando Van pensó lo peor de ella, sin tener evidencia alguna.

—Bueno, estás a punto de descubrirlo —murmuró mirando hacia la puerta.

Kate se volvió para ver a Van parado afuera. Era imposible saber cuánto tiempo permaneció allí. Ellen le preguntó:

—Van, ¿en dónde has estado? No estuvieron gritando todo este tiempo, ¿verdad?

—No. Al final alcanzamos un volumen civilizado… y algo así como, un entendimiento.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Ellen.

—Te lo diré más tarde. Ahora quisiera hablar con Kate —dijo él.

—Si Kate no tiene inconveniente —miró a Kate, de forma interrogante.

—No lo tiene —contestó Van—. Y creo que el senador necesita que lo tranquilices, hermana.

—Dios, eso no augura nada bueno —dijo ella, divertida.

Tampoco el silencio que siguió al marcharse Ellen. Kate bajó la vista; no sabía qué decir.

Eventualmente, Van se refirió a su hermana:

—Me pregunto qué creerá que voy a hacerte.

Y al escuchar aquella nota irónica en su voz, Kate lo miró, incrédula.

—¿Te lo mostró tu padre… el reporte sobre mí?

—Sí, lo revisé —contestó—. Temo que mi reacción lo ha desilusionado.

—Todo es verdad, sabes —confesó, deprimida.

—¿Lo es?

—Sí, y no voy a disculparme de nada —agregó con orgullo.

—Querida Kate, no espero una disculpa.

Ella se puso de pie, furiosa, comenzó a poner la ropa en la maleta y lo ignoró cuando se acercó a ella.

—Escucha, Kate, sé que mi padre te ha molestado. Pero no exageremos, ¿de acuerdo?

—¡Exagerar! —se volvió hacia él, rabiosa—. No estoy exagerando, ¡eres tú quien lo hace!

—¿Yo? Tomando todo en cuenta, creo que me comporté con calma.

—¡Exactamente! ¿Por qué no actúas como cualquier persona

normal? —¿Imaginaste que iba a enfurecer cuando leyera al reporte?

—¿Quieres decir que no te parece anormal que yo haya vendido armas a los terroristas? —lo desafió con ira y angustia.

—Espera, Kate. Estás sacando conclusiones equivocadas. Lo que quiero decir es que no creo…

—¡Que yo saco conclusiones equivocadas! —lo interrumpió, aún más furiosa—. ¡Qué atrevido eres, Fitzgerald! Primero, yo era una… prostituta, ¿verdad? Después vivía con un hombre. ¿Y ahora qué… seré… quizá una aventurera?

—Kate —la miró con indulgencia—. ¿De qué hablas?

—Oh, vamos, sé lo que tu padre debió insinuar acerca de una chica con mis antecedentes. Pero tú nunca lo habrías pensado, ¿verdad? ¿Era ése el juego, Van… dejarme actuar para saber si sólo quería tu dinero?

—Dímelo tú… parece que tienes todas las respuestas —repuso sin ocultar una sonrisa, lo cual fue más de lo que Kate pudo soportar.

Cerró de golpe la maleta, y al levantarla de la cama se abrió la cerradura y la ropa cayó en el suelo… arruinando el efecto de aquel momento dramático.

Y como si él fuera culpable, se volvió hacia Van, gritando de frustración:

—¡Tú no eres mejor que el tramposo, mañoso, obcecado de tu padre!

Lo dijo con la intención de que fuera un insulto y lo era, pero no estaba preparada para la forma en que Van reaccionó. ¡Se reía!

—Lo siento, Kate, pero… no puedes decir en serio toda esa basura.

La palabra "basura" fue lo que acabó de enfurecerla. Perdió el control y levantó una mano para abofetearlo.

Pero los reflejos de él fueron más rápidos y esquivó el golpe, atrapando su mano. Y antes de que Kate tratara de utilizar la otra, también la asió y la hizo perder el equilibrio.

Cayeron juntos sobre la ropa que estaba esparcida en la cama y se quedaron allí, tendidos, con los rostros muy juntos. Ninguno de los dos se movió, sólo se miraron fijamente… El había dejado de sonreír y ella no luchaba más.

Kate se preguntó cómo podía disiparse tan pronto la ira, y cómo se convertía el odio en un amor tan intenso que sin duda debía reflejarse en su rostro; trató de volver la cara hacia otro lado.

—No, Kate… No esta vez —dijo él tomando su barbilla en una mano, al reconocer el deseo que flotaba entre ellos. Luego bajó lentamente su boca a la de ella.

Kate abrió los labios para recibir su caricia, y se besaron con pasión desmedida, de forma tan profunda que Kate sintió que le daba el corazón sin pronunciar una palabra.

Van la miró como si no estuviese seguro de ella, y Kate vio en sus ojos un anhelo que era como una promesa de amor. Y en ese momento, lo único que deseaba era amarlo.

—No, Van, no esta vez —y él volvió a besarla.

La guió con toda ternura la primera vez que hicieron el amor y después ella se dio cuenta de cada uno de sus movimientos… Reconoció la tierna caricia de sus manos, el suave roce de los labios contra su piel.

Fue un amante silencioso, pero sus ojos expresaban placer al contemplarla, pálida y hermosa, entre las sombras de la tarde.

—Kate, ¿te sientes bien? —preguntó—. Traté de no lastimarte, pero…

—Sí… sí, estoy bien —le dijo avergonzada. —Ya verás, Kate, la

próxima vez no… —¡No! —exclamó ella, y se apartó de él.

—Por Dios, Kate, ¿qué te pasa? Ahora lo lamentas, ¿no es eso?

Ella movió la cabeza, con la espalda vuelta hacia Van.

—No, sabía lo que hacía. Es sólo que… no puedo tener unas aventura contigo, Van. No lo soportaría.

—¡Diablos, Kate! —exclamó incrédulo—. No creerás que es eso lo único que deseo de ti… ¡Una maldita aventura!

—¿Qué más? —dijo sorprendida.

—¿Qué imaginas? Quiero casarme contigo, por supuesto.

Kate lo miró como si dudara de su cordura.

—Bueno, di algo —suplicó Van ante su silencio.

—¿Por… por qué? —preguntó al fin.

—¿Por qué? —repitió, furioso.

—Sí, ¿por qué? —insistió Kate.

—Porque cuando un hombre propone matrimonio, espera una respuesta… Sí, o no, o lo pensaré.

—Entonces, ¡no! —repuso herida.

—¿Es lo único que vas a decir… no? —demandó con una furia que asustó a Kate, y él se apartó de ella cuando no contestó—. Bien. No haré el ridículo suplicándote.

Y antes que Kate se diera cuenta de sus intenciones, recogió su ropa y salió dando un portazo. Al principio permaneció donde la había dejado, sin moverse, sin poder llorar. Y cuando se levantó, siguió en el mismo estado de aturdimiento. Cada una de sus acciones… vestirse, levantar la maleta y ponerla de nuevo en la cama, recoger la ropa dispersa… fue ejecutada de forma automática.

Terminó de hacer el equipaje cuando Van volvió a aparecer en la puerta. Lo miró como si fuera un extraño. El caminó hacia ella y se detuvo a su lado. Su rostro reflejaba angustia.

—Oh, Kate, ¿qué hice? Te amo tanto que creí que podría hacer que también me amaras.

—¿Tú… me amas?

—Demasiado, quizá… Debes saberlo.

—No puedes amarme —murmuró para sí—. Es imposible, después… después de todo.

—Bueno, acepto que lo has hecho difícil a veces —tocó su mejilla—, pero nunca imposible. Lo único imposible es dejar de quererte; créeme, lo he intentado.

—También yo —confesó ella.

—¿Quieres decir?… —Van sonrió, y luego volvió a fruncir el ceño.

—Mucho… demasiado —y de pronto estuvo en sus brazos. El la levantó en un abrazo tan fuerte que ella protestó—: Van… me lastimas.

La bajó de nuevo y la miró con profundo amor.

—¿Estás segura?

—¿De que te amo? Sí —le contestó con timidez.

—¿Y en cuanto a casarte conmigo?

—Debes saber que tu padre tiene razón, Van. Una esposa con mi pasado perjudicaría tu futuro.

—¿Mi futuro? —la miró perplejo por un momento y luego rió—. No tomaste en serio a ese viejo, ¿verdad Kate?

—Yo… ¿por qué no? Dijiste que llegaste a un arreglo con él.

—Sí, pero no a esa clase de arreglo. Le aclaré que no tengo intenciones de marcharme de Inglaterra… y mucho menos de entrar en la política —la obligó a mirarlo, tomándola de la barbilla—. Lo que ves, Kate, es lo que obtendrás… un escritor que no tiene más ambición que su siguiente libro y una vida tranquila con cierta chica inglesa. Si necesitas algún pretexto, dime que soy demasiado viejo para ti o que no soy el hombre con quien deseas pasar el resto de tu vida, pero no utilices a mi padre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó.

—Y tampoco utilices al tuyo —continuó—, porque él me importa un comino. Esto es algo entre tú y yo, y se trata de que si quieres casarte conmigo o no, nada más. ¿Sí o no, Kate?

Ella supo que tenía razón… todo se reducía a una sencilla pregunta. ¿Lo amaba o no?

—Sí —contestó, pero fue obvio que Van no esperaba una respuesta tan simple. Frunció el ceño y demandó:

—Sí… ¿qué?

—Sí, ¿por favor? —dijo ella, sonriente.

Y antes de saber lo que sucedía la asió de la mano y casi la arrastró hacia la puerta.

—Van, ¿qué haces?

El se detuvo el tiempo suficiente para besarla en la boca.

—Sólo me aseguro de que no cambiarás de opinión, querida.

Cuando llegaron a la sala toda la familia estaba reunida. Lo que más recordaba Kate era el orgullo y la felicidad en la voz de Van cuando anunció que ella había aceptado casarse con él, y no se opuso cuando él dijo que lo harían lo más pronto posible.

Ellen, encantada, la besó en la mejilla y le dijo, irónica:

—Un malentendido, ¿eh? —los chicos sonreían y Johnny le dijo a Van:

—Sabía que lo lograrías —tal como si acabara de conquistar el Everest. Nadie parecía sorprendido… ni siquiera el senador.

Kate se volvió hacia Van, quien la miraba y pensó que estuvo ciega para no ver el amor en sus ojos, para no darse cuenta de lo que ella sentía desde hacía mucho tiempo.

—Mira —murmuró Van con voz baja y Kate siguió su mirada hasta el senador, quien alzaba su copa e inclinaba la cabeza—. Te dice que has triunfado. Sólo espero que te guste el premio.

Kate sonrió, confiada, y con su mirada le dijo lo que sentía por él.

Era un hombre que valía la pena conocer y digno de amarlo.

Fin